

Jordi Calvo Rufanges

**Globalización
capitalista
neoliberal
y movimientos
antisistémicos**

**Derechos
Humanos**



Deusto

Instituto de Derechos
Humanos Pedro Arrupe

Cuadernos Deusto de Derechos Humanos

Cuadernos Deusto de Derechos Humanos

Núm. 65

Globalización capitalista neoliberal
y movimientos antisistémicos

Jordi Calvo Rufanges

Bilbao
Universidad de Deusto
2011

CONSEJO DE REDACCIÓN

Felipe Gómez Isa, Instituto de Derechos Humanos Pedro Arrupe, Universidad de Deusto.

Marta Zubía, Instituto de Derechos Humanos Pedro Arrupe, Universidad de Deusto.

Susana Ardanaz, Instituto de Derechos Humanos Pedro Arrupe, Universidad de Deusto.

Trinidad L. Vicente, Instituto de Derechos Humanos Pedro Arrupe, Universidad de Deusto.

Xabier Etxebarria, Instituto de Derechos Humanos Pedro Arrupe, Universidad de Deusto.

CONSEJO EDITORIAL

Anja Mihr, Investigadora del Human Rights Center de la Universidad de Utrecht, Holanda.

Antoni Blanc Altemir, Profesor Titular de Derecho Internacional Público de la Universidad de Lleida.

Bartolomé Clavero, Catedrático de Historia del Derecho de la Universidad de Sevilla y miembro del Foro de las Naciones Unidas para Asuntos Indígenas.

Carlos Villán Durán, Presidente de la Asociación Española para la Promoción del Derecho Internacional de los Derechos Humanos.

Carmen Márquez, Profesora Titular de Derecho Internacional Público, Universidad de Sevilla.

Cristina Churrua, Instituto de Derechos Humanos Pedro Arrupe, Universidad de Deusto.

Eduardo J. Ruiz Vieytes, Instituto de Derechos Humanos Pedro Arrupe, Universidad de Deusto.

Fernando Fantova, consultor en temas relacionados con los servicios sociales, Bilbao.

Francisco López Bárcenas, Academia Mexicana de Derechos Humanos, México.

Gaby Oré Aguilar, consultora internacional en el campo de los derechos humanos y el género y miembro de Human Rights Ahead, Madrid.

Gloria Ramírez, Catedrática de Ciencia Política de la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM, México.

Gorka Urrutia, Instituto de Derechos Humanos Pedro Arrupe, Universidad de Deusto.

Jaume Saura, Presidente del Institut de Drets Humans de Catalunya, Barcelona.

Joana Abrisketa, Instituto de Derechos Humanos Pedro Arrupe, Universidad de Deusto.

Jordi Bonet, Catedrático de Derecho Internacional Público de la Universidad de Barcelona.

José Aylwin, Director del Observatorio de Derechos Ciudadanos, Temuco, Chile.

José Luis Gómez del Prado, miembro del Grupo de Trabajo de las Naciones Unidas sobre la utilización de Mercenarios, Ginebra, Suiza.

José Manuel Pureza, Centro de Estudios Sociales, Universidad de Coimbra, Portugal.

Judith Salgado, Programa Andino de Derechos Humanos, Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, Ecuador.

Koen de Feyter, Catedrático de Derecho Internacional Público de la Universidad de Amberes, Bélgica.

Mónica Goded, Instituto de Derechos Humanos Pedro Arrupe, Universidad de Deusto.

Manuela Mesa, Directora del Centro de Educación e Investigación para la Paz, CEIPAZ, Madrid.

Noé Cornago, Profesor Titular de Relaciones Internacionales de la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, Leioa.

Pablo de Greiff, International Center on Transnational Justice, New York.

Víctor Toledo Llancaqueo, Centro de Políticas Públicas, Universidad ARCIS, Santiago, Chile.

Vidal Martín, investigador de la Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior, FRIDE, Madrid.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org <<http://www.cedro.org>>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

1. Introducción	9
2. El sistema hegemónico, la globalización capitalista neoliberal	11
2.1. Introducción a la globalización capitalista neoliberal	11
2.2. La ideología capitalista neoliberal	26
2.3. El gobierno económico mundial	36
2.3.1. Las instituciones de Bretton Woods	39
2.3.2. La Organización Mundial del Comercio	43
2.3.3. Las empresas transnacionales.	45
2.3.4. Foros de poder informales	49
3. Movimientos sociales contra la globalización capitalista neoliberal	55
3.1. Viejos y nuevos movimientos.	55
3.1.1. Viejos movimientos	55
3.1.2. Nuevos movimientos	61
3.2. Movimientos antiglobalización y altermundistas	72
4. Conclusiones	95
4.1. Sobre la globalización capitalista neoliberal.	95
4.2. Sobre los movimientos antisistémicos	100
Bibliografía.	107

1. Introducción

Esta publicación surge a partir de la tesis doctoral: «El Foro Social Mundial y los movimientos antisistémicos. Cómo el altermundismo puede convertirse en un elemento clave para la transformación social», defendida por el autor en el marco del Instituto Interuniversitario de Desarrollo Social y Paz (IUDESP), al que está adscrita la Cátedra UNESCO de Filosofía para la Paz de la Universitat Jaume I de Castelló. En concreto en este ensayo se muestra gran parte del capítulo dedicado en la tesis a mostrar el contexto en el que nació y se desarrolló el Foro Social Mundial. Su publicación en solitario aporta una visión de los movimientos sociales hoy en día más activos, conocidos como antiglobalización o antisistema, que junto con otras corrientes de la sociedad civil, conforman una de las posiciones más incómodas para quienes comandan el sistema actual.

En términos globales, el objetivo de este trabajo es la comprensión del significado y estrategias de los movimientos que se han enfrentado al sistema hegemónico actual, la globalización capitalista neoliberal. Para ello, en primer lugar trataremos de describir el sistema en el que hoy en día, debido a la globalización, vivimos en prácticamente todo el mundo. En un segundo apartado identificaremos los movimientos sociales que han luchado a lo largo de la historia reciente, sobre todo durante las últimas dos décadas, por cambiar o transformar el sistema y por proponer alternativas de progreso y mejora de las condiciones de vida de los colectivos más desfavorecidos.

De este modo, para comenzar nos preguntamos de qué globalización estamos hablando, a qué nos referimos cuando utilizamos la terminología globalización capitalista neoliberal, y cuáles son sus características. Esta descripción nos lleva a nuevas preguntas que tratamos de responder en el epígrafe que tiene por título la *ideología capitalista neoliberal*. El planteamiento inicial es que la globalización no es ni neu-

tral ni una evolución inevitable del ser humano debido a su comportamiento natural. Para mantener tal aseveración analizamos las opiniones de diversos autores que han tratado de caracterizar la ideología del capitalismo, principalmente en su fase actual neoliberal en proceso de globalización, así como los valores que la acompañan. Otro de nuestros objetivos será identificar los actores que comandan la globalización y cómo éstos han conseguido que se haya convertido actualmente en el sistema hegemónico y que además continúe en expansión, pese a las resistencias encontradas en muchos lugares del mundo y a los reparos que despierta en la opinión pública tras la crisis económica que estamos atravesando. Trataremos de responder a la pregunta de si existe un gobierno mundial en la sombra que se reúne a espaldas de la ciudadanía para tomar decisiones que benefician a sus integrantes. Nos preguntaremos quiénes son sus miembros y cómo actúan. Además, teniendo en cuenta las principales organizaciones internacionales a las que se han enfrentado los movimientos sociales durante las últimas décadas, nos preguntaremos también si son merecedores de tales críticas y por qué.

A continuación, entraremos de lleno en la identificación de los movimientos sociales surgidos al calor del capitalismo y que, de un modo u otro, se han enfrentado a él. Para ello haremos una introducción a los movimientos sociales, para saber qué movimientos han existido, cómo actúan, qué estrategias utilizan y quiénes los componen. Estudiaremos específicamente los Nuevos Movimientos Sociales, surgidos de la revolución de Mayo del 68. De este modo, en el último punto analizaremos las diferentes denominaciones del movimiento surgido tras la caída del muro de Berlín. Para ello, analizaremos las características de los movimientos que se encontraron en las protestas contra buena parte de las instituciones del gobierno económico mundial definido con anterioridad. Nos preguntaremos si es realmente nuevo el movimiento que denominaremos *altermundista*, respecto a los NMS y, en caso afirmativo, qué aporta a éstos y a la evolución de la lucha de los movimientos sociales que han pretendido transformar el sistema capitalista.

2. El sistema hegemónico, la globalización capitalista neoliberal

2.1. Introducción a la globalización capitalista neoliberal

En lo que concierne a este trabajo, la globalización o mundialización, dependiendo de si la denominación que utilicemos es respectivamente la inglesa o la francesa, es el nombre que recibe la fase actual del capitalismo, que ha extendido a cada rincón del planeta la ideología neoliberal, considerada hegemónica desde la caída del muro de Berlín. Recibe mayoritariamente el nombre tanto de *globalización* como de *globalización neoliberal*, aunque para ofrecer una información más exacta, preferimos usar el compuesto *globalización capitalista neoliberal*, ya que, como argumentaremos, el neoliberalismo globalizado es resultado de la evolución del capitalismo en un momento histórico dado. Aun así, con la intención de respetar la denominación de cada autor citado, a lo largo de todo el trabajo aparecerá indistintamente cada una de las diferentes terminologías utilizadas por cada uno de ellos. Es interesante mencionar a este respecto la distinción terminológica que hace Ulrich Beck (1998), quien propone diferenciar entre globalización, globalismo y globalidad. Para este autor, globalización sería el proceso de transnacionalización social que incluye la globalidad, formada por la sociedad global, mientras que globalismo se referiría a la mundialización económica liberal. La ideología de lo global es lo que denomina el globalismo: la sustitución del poder y función de la política por la hegemonía del mercado mundial. Para Beck, localismo globalizado sería el proceso en el que lo local se globaliza con éxito y globalismo localizado sería por su parte el impacto de las transnacionales en lo local. Porque lo local y lo global no se excluyen (Santos, 1998). En todo caso, el término al que nos referiremos con las diversas denominaciones será el de

globalización capitalista neoliberal por ser el que ha motivado la reacción social que ha dado lugar a los movimientos antisistémicos actuales.

Desde un punto de vista histórico, la globalización puede ser definida como «la forma necesaria en que el capitalismo sobrevive y se adapta hoy» (Van den Eynde, 2001: 53). En la primera etapa de la expansión capitalista, «el colonialismo aportó el crecimiento feroz que necesitan los capitalistas, descubriendo nuevos territorios y apoderándose de las tierras sin pagar por ellas para luego extraer sus riquezas sin compensar a la población local» (Klein, 2007: 89). Desde esta perspectiva, nos podemos atrever a clasificar en términos temporales las siguientes globalizaciones (Monedero, 2008), no únicamente de vertiente económica:

- Entre los siglos III y VII se produjo la difusión de las religiones mundiales (cristianismo, hinduismo e islamismo).
- En 1492 se inició la conquista colonial europea de América y África.
- Entre los siglos XVII y XVIII, aconteció la generalización de la imprenta y las primeras guerras globales.
- Desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta 1918, se dio lugar al imperialismo europeo, con un sensible incremento del comercio, las migraciones y el transporte.
- Entre 1945 y 1973, con la Guerra Fría, este autor considera que se dio una globalización ideológica sobre el posicionamiento de cada uno de los nuevos Estados surgidos de la descolonización, en uno de los dos bandos de la Guerra Fría, el capitalista y el comunista.
- A partir de 1973, a través de la ruptura del sistema de Bretton Woods, llegamos, según esta argumentación, a la actual globalización financiera y cultural.

Desde un punto de vista exclusivamente económico, en opinión de Verger (2003) existen cuatro fases del capitalismo relacionadas con la internacionalización de las transnacionales: una primera fase de capitalismo mercantilista o Mercantilismo, que va del año 1600 al 1770; una segunda fase de capitalismo industrial, de 1770 a 1890; una tercera fase de capitalismo financiero, que sitúa entre los años 1890 y 1945; y una cuarta fase que se podría denominar capitalismo globalizado, desde 1945 hasta la actualidad. Aunque, en realidad, es a partir de los años noventa cuando «el capitalismo tiene vía libre y se extiende a nivel planetario» (Oliveres, 2005: 71).

Con la crisis de los años 70, el desarrollismo —el modelo económico que había funcionado de manera aceptable en el mundo occi-

dental— empezó a ser cuestionado, entrándose de este modo en la etapa del neoliberalismo, y de su globalización, a través de la presión a todos los países empobrecidos para que abrieran sus fronteras económicas (Wallerstein, 2008). Podemos afirmar que la globalización como la conocemos ahora es la etapa del capitalismo de final de los años 70, después de la crisis económica y política acontecida en esa década. Según Herreros (2004), lo que la diferencia de anteriores fases capitalistas es la nueva mundialización de la economía que capitalizó el *Tercer Mundo* e incluso el *Segundo Mundo*, desde la caída del muro de Berlín, cuyos efectos han repercutido en la división internacional del trabajo, la privatización de empresas y servicios públicos, la mercantilización del ocio y otras áreas que no formaban parte de la lógica del capital. En este sentido, según este autor, la globalización se caracteriza también por evidentes tendencias monopolísticas de las multinacionales, el crecimiento del sector financiero, el surgimiento de nuevas tecnologías, el aumento de la importancia de organizaciones internacionales económicas, la reducción del papel del Estado, los límites ecológicos y el apoyo casi unánime de las élites al neoliberalismo.

Para profundizar en los componentes principales de la globalización, el capitalismo y el neoliberalismo, en los siguientes párrafos dedicaremos especial atención a su vertiente económica, por ser la que recibe mayor atención por parte de los movimientos que la cuestionan. Esto nos servirá de introducción para adentrarnos en su caracterización ideológica.

En la globalización se dan situaciones en las relaciones económicas mundiales que anteriormente no ocurrieron. Por una parte, «el monto de las transacciones financieras internacionales es cincuenta veces más importante que el valor del comercio internacional de mercancías y servicios» (Ramonet, 2004: 24). Según Ignacio Ramonet, la actividad del mundo ha pasado de ser en 1960 un 95% material, industrial, con fábricas, con trabajadores, con un 5% inmaterial o financiera, a ser a principios de siglo, un 95% financiera y un 5% real (Minà, 2002). Mientras, «el crimen organizado ha experimentado un formidable desarrollo al calor de la globalización neoliberal» (Taibo, 2002: 71), gracias a la libertad de flujos financieros que ha hecho que la economía financiera sea tan superior a la economía real, que además ha facilitado un excepcional entorno para el blanqueo de dinero, con la existencia de decenas de paraísos fiscales (Oliveres, 2005).

Existen actores que se han convertido en protagonistas del proceso globalizador neoliberal. Uno de ellos y de gran relevancia es el FEM, al que dedicaremos mayor atención en el segundo apartado de este capí-

tulo. Wallerstein (2002b) considera que la primera conferencia de Davos —ciudad suiza donde se celebra el Foro Económico Mundial (FEM)— en 1971, fue la gran ofensiva neoliberal para hacerse con las ganancias que habían obtenido las poblaciones del mundo desde 1945. De hecho, hasta mediados de los años 90 la visión de instancias como el FEM era la predominante. Los regímenes socialistas más importantes fueron desmantelados, así como los movimientos históricos nacionales de liberación; y la retórica del desarrollo y del socialismo fue reemplazada por la de la globalización. Es decir, «en lugar de cambiar el capitalismo, el socialismo fue absorbido por el espíritu de éste» (Fromm, 1984: 103). Así, de algún modo, los comunistas se convirtieron en socialdemócratas y los socialdemócratas en liberales. Aunque cabe decir que el colapso de la URSS no tiene por qué ser un desastre para la izquierda mundial, sino que podría ser todo lo contrario, ya que supuso el fin de las excusas de los liberales para justificar sus medidas como una defensa a la amenaza comunista soviética (Wallerstein, 2005).

El proceso de globalización capitalista es un proceso que viene de lejos, en el que destacan la especulación, la fusión de capitales, la deslocalización y la desregulación (Sampedro y Taibo, 2006). Es «el proceso de intensa integración internacional que ha seguido la economía durante el último cuarto de siglo xx, con la liberalización de los mercados y el retroceso de la intervención estatal» (Van den Eynde, 2001: 13). En la globalización, nos encontramos ante productos globales, factores de producción globalizados; la gestión empresarial, la tecnología y sus agentes también son globales, las Empresas Transnacionales (ETN), así como las condiciones de producción y el comercio (Tortosa, 2001). La globalización representa, en buena medida, la supresión de las barreras arancelarias y no arancelarias al comercio y la liberalización de los movimientos de capitales (Weisbrot y otros, 2004). Cuando las políticas que promueven el libre comercio incitan a los países empobrecidos a «seguir dependiendo de la exportación de recursos y materias primas, como el café, el cobre, el petróleo o el trigo, estas naciones son especialmente susceptibles de quedar atrapadas en el círculo vicioso de crisis continuas» (Klein, 2007: 217). Otro elemento que dificulta la situación comercial de estas economías es que «las materias primas se cotizan en el mercado internacional de materias primas, que se encuentra en parte en Chicago y en parte en Londres. Dado que los dos son mercados compradores —y no vendedores—, terminan fijando los precios en beneficio propio» (Oliveres, 2005: 25). Además, según Petrella (2004), la globalización viene condicionada por la tecno-cientificación y la desmaterialización de la economía y de la condición humana, una crisis de saturación de la economía occidental, la pérdida de credibilidad política

en su calidad de alternativa posible por parte del socialismo y el fracaso de la descolonización.

En el seno de la globalización, las grandes ETN son las unidades principales de la actividad económica (Navarro, 2007), que conforman una élite económica de gran influencia en cada uno de sus países de origen. En este sistema, «los gobiernos de cualquier parte del mundo saben que frenar a sus élites económicas supone reforzar las élites de otros países» (Monedero, 2008: 121). Ésta será una de las razones por las que las grandes corporaciones encuentran fieles aliados entre sus gobernantes. Ambos, empresas transnacionales y gobernantes conniventes con sus demandas, se enfrentan principalmente a los seis principales retos económicos de la globalización actual (Petrella, 2004: 88):

- La victoria de una nueva economía, definida como la suma de globalización y nuevas tecnologías.
- La subordinación de la tecnología a los intereses del capital.
- La primacía del capital, en cuanto a que los beneficios de la producción pertenecen al capital.
- La reducción de la persona a recurso humano.
- La mercantilización de cualquier expresión y experiencia humana.
- El descrédito de lo público y el rechazo de los bienes comunes.

En la globalización actual, el viejo capitalismo continúa vigente y su forma dominante se funda en el viejo liberalismo (Saavedra, 2001). El capitalismo se expande junto a la democracia como si se tratara del mismo concepto, constituyendo lo que Hippler denomina *market democracy* (Echart y otros, 2005). Entre tanto, la democracia se ha debilitado con respecto a las fuentes de poder económico y burocrático, por el desmantelamiento que se ha producido en los gobiernos del Norte y de las regulaciones que exigían a las transnacionales cierto comportamiento responsable con sus sociedades de acogida, además de por el fin de la Guerra Fría, que supuso la finalización de la tapadera moral ante el capitalismo desenfrenado (Wainwright, 2005: 206).

Por otra parte, tal y como se deduce de los escritos de Wallerstein, «esta economía-mundo no es producto del «proceso inevitable de globalización actual», sino inherente al capitalismo, desde los orígenes mismos del sistema» (Agosto, 2003: 112). De hecho, este mercado

ha dado un inmenso desarrollo al comercio, a la navegación, a las comunicaciones terrestres. Este desarrollo ha reaccionado a su vez sobre la extensión de la industria; y a medida que la industria, el comercio, la navegación, los ferrocarriles se extendían, en igual grado la burguesía se desarrollaba, incrementaba su capital y dejaba en segundo

plano a todas las clases heredadas de la Edad Media (Marx y Engels, 1998: 81).

La exportación de mercaderías no es la característica del capitalismo del siglo xx, sino la exportación de capitales, siendo la más importante la Inversión Extranjera Directa (Van den Eynde, 2001: 25). Además, la principal tendencia del capital es su centralización a escala mundial mediante la combinación de recursos financieros con la creación de grandes organismos financieros internacionales y procesos de trabajo integrados, dando lugar a la transnacionalización de las empresas (Arrighi y otros, 1999: 77). Porque los intereses de quienes perciben beneficios, al contrario de lo que ocurre con los que perciben rentas o salarios, es decir, de los empresarios y comerciantes, son opuestos al interés general, ya que su objetivo no es ampliar el mercado, sino reducirlo, para minimizar la competencia (Smith, 1989).

Van den Eynde (2001) afirma que, desde un punto de vista técnico, la situación económica mundial en la mayoría de sectores es de oligopolio, parecida a la que había en los años 70, cuando unas pocas empresas dominaban el mercado mediante pactos y acuerdos entre ellas, anulando las ventajas que de la competencia se pudieran extraer para el consumidor. El capitalismo purista es un sistema basado en la fe, en el equilibrio y el orden, que para funcionar exige que no existan distorsiones. Es, por tanto, imprescindible un monopolio sobre la ideología porque, de lo contrario, las señales económicas se distorsionan y el sistema entero se desequilibra (Klein, 2007: 142).

Como afirma Naomi Klein (2007), el rasgo definitorio de la economía radical del libre mercado es su amor por un sistema ideal que no existe. La premisa inicial es que el libre mercado es científicamente perfecto, un sistema en el que los individuos siguen sus propios intereses, consiguiendo crear el máximo beneficio para todas las personas (82). Es lo que recibe el nombre de la *santísima trinidad* del libre mercado: privatización, desregulación y recorte del gasto social (112). En la misma línea, Samir Amin (2007) y Susan George (2004a, 2004b, 2004c) remarcan que los elementos centrales del neoliberalismo son la liberalización del comercio internacional, la desregulación, la privatización de los sectores públicos (incluso de los servicios básicos como educación o sanidad) y la libre circulación de capitales. Es decir, en términos estrictamente economicistas, el neoliberalismo se basa en lo siguiente (Navarro, 2007):

- Una reducción del intervencionismo por parte del Estado en las actividades económicas y sociales.
- Liberalización de los mercados laborales y financieros.

- Estimulación del comercio y las inversiones, eliminando las barreras a la movilidad de la fuerza del trabajo, el capital, las mercancías y los servicios.

Para implantar el neoliberalismo, los gobiernos deben hacer desaparecer todo tipo de «reglamentaciones y regulaciones que dificulten la acumulación de beneficios (...), deben vender todo activo que posean que pudiera ser operado por una empresa y dar beneficios y (...) recortar drásticamente los fondos asignados a programas sociales» (Klein, 2007: 88). En efecto, durante las últimas décadas, en todos los países donde se han aplicado estas recetas «se detecta la emergencia de una alianza entre unas pocas multinacionales y una clase política compuesta por miembros enriquecidos; una combinación que acumula un inmenso poder, con líneas divisorias confusas entre ambos grupos» (38). La autora afirma que en Rusia reciben el nombre de *oligarcas*, en China los *príncipes*, en Chile los *pirañas* y en EEUU los *pioneros* de la campaña Bush-Cheney. En lugar de liberar el mercado del Estado, continuando con la argumentación de Naomi Klein, «estas élites políticas y empresariales sencillamente se han fusionado, intercambiando favores para garantizar su derecho a apropiarse de los preciados recursos que anteriormente eran públicos» (39). Así pues, «el término más preciso para definir un sistema que elimina los límites en el gobierno y el sector empresarial no es liberal, conservador o capitalista, sino corporativista» (39). Sus principales características consisten en una gran transferencia de riqueza pública a manos privadas, acompañada de «un incremento de las distancias entre los inmensamente ricos y los pobres descartables, y un nacionalismo agresivo que justifica un cheque en blanco en gastos de defensa y seguridad» (Klein, 2007: 39).

En Chile, Pinochet inauguró una evolución del corporativismo, el modelo de Estado de la era Mussolini, «un Estado policial gobernado bajo una alianza de las tres mayores fuentes de poder de una sociedad —el gobierno, las empresas y los sindicatos—, todos colaborando para mantener el orden en nombre del nacionalismo» (Klein, 2007: 122), mediante la que colaboraban el Estado policial y las grandes empresas, lo que incrementaba espectacularmente la porción de riqueza nacional por ellos controlada, en detrimento de los trabajadores. El primer plan de la dictadura chilena estuvo inspirado por uno de los pensadores neoliberales más influyentes, Milton Friedman, a través de los llamados Chicago Boys, nombre que hace referencia a la Universidad de origen de estos jóvenes economistas que, gracias a la mano de hierro de la dictadura de Pinochet, pudieron aplicar las medidas neoliberales en su esencia (Amin, 2007). En el ámbito internacional esta ideología se extenderá

a través de los Programa de Ajuste estructural (PAE) del Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, bajo el conocido «Consenso de Washington» (Echart y otros, 2005: 28). Algunas de las consecuencias en los países donde se aplicaron fueron las *revueltas del hambre*, duramente reprimidas, como fue el caso del *Caracazo*, donde hubo más de mil muertos (Fernández Durán, 2001: 78).

En consonancia con lo anterior, la competitividad se convierte en el valor central del neoliberalismo, ya que «la competitividad entre naciones, regiones, firmas y, por supuesto, entre individuos (...) se supone que asigna todos los recursos sean físicos, naturales, humanos o financieros con la mayor eficiencia posible» (George, 2004b: 32). Pero, aun así, las grandes corporaciones prefieren no seguir esta ideología al pie de la letra y practican lo que Susan George (2004b) llama un *capitalismo de alianza*, similar al sistema corporativista apuntado por Naomi Klein (2007), en el que el discurso oficial es neoliberal, pero las grandes empresas, con la connivencia de los poderes públicos, no entran en este juego más que cuando saben que van a salir ganadoras. En caso contrario, establecen las bases para un mercado regulado que les permita mantener su posición de privilegio en el mercado, evitando las distorsiones que de la libre competencia pudieran acontecer.

Por otra parte, ateniéndonos a meros datos económicos, resulta cuanto menos sorprendente comprobar que el capitalismo neoliberal no ha aportado un mayor crecimiento que su fase anterior. Por el contrario, se ha producido una disminución general en el periodo de 1980-2000 en comparación con el periodo correspondiente a las dos décadas anteriores (Weisbrot y otros, 2004). De hecho, un estudio del Center for Economic and Policy Research muestra que «en el 77% de los países de los que se dispone de datos, el índice de crecimiento per cápita descendió considerablemente de 1960-1980 al periodo de ajuste estructural 1980-2000» (Bello, 2004: 91). Es decir, «la era neoliberal posterior a 1980 ha estado marcada por un crecimiento más lento, mayores desequilibrios comerciales y el deterioro de las condiciones sociales» (Hart-Landsberg, 2007: 30).

A ello cabe añadir que en los años 80, veinte de los veinticuatro países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) acentuaron su proteccionismo (Chomsky, 2001: 166) y «las medidas proteccionistas de los países industrializados reducen la renta nacional en el Sur en aproximadamente el doble del total de la ayuda oficial» (167). Es decir, «se ha abandonado el libre mercado, cuya vigencia es prácticamente imposible, y se ha entrado en el mundo del monopolio y del oligopolio, causantes, por principio, de desequilibrios» (Olivares, 2002:138).

Además, afirma Chomsky (2001) que muchos de los países sometidos a PAE en los años 80 sufrieron un significativo descenso en importantes índices de desarrollo. Algunos de los indicadores recientes del mundo que está dibujando el sistema actual son los siguientes (Taibo, 2009 y Oliveres, 2010):

- Hoy en día el 20% más rico de la población mundial consume el 86% de la producción mundial, mientras el 20% más pobre tan solo accede al 1,3% del consumo mundial.
- El patrimonio de las tres mayores fortunas equivale al PIB (Producto Interior Bruto) de los 48 estados más empobrecidos.
- Las 200 personas más ricas acaparan la misma riqueza que el 41% de la población mundial.
- 1.200 millones de personas viven en condiciones de pobreza extrema, con menos de un dólar diario, siendo más de 3.000 millones quienes viven con menos de dos dólares al día.
- La relación entre el 20% más rico y el 20% más pobre de la población mundial ha pasado de ser de 30 a 1 en 1960 y de 60 a 1 en 1990, a cerca de 80 a 1 hoy en día.
- Unas 60.000 personas mueren de hambre cada día. En 2007, según Naciones Unidas (NNUU), había 860 millones de personas víctimas del hambre, en 2008 la cifra era de 940 millones, en 2009 la cifra alcanzó los 1.040 millones.

Entonces, si el neoliberalismo ni siquiera ha supuesto una mejora para los indicadores económicos globales, ¿cuál es el origen de esta corriente económica que, si bien ha triunfado en cuanto a su expansión, ha supuesto un retroceso para la economía mundial? Podemos afirmar que «como políticas concretas, el neoliberalismo se inició en América Latina —con mayor precisión en Bolivia y en el Chile de Pinochet—» (Sader, 2005: 19, 20), pero anteriormente surgió como una alternativa al keynesianismo laborista inglés tras la Segunda Guerra Mundial (Monedero, 2008). Su primer referente fue Von Mises de la Escuela de Austria, crítico de la planificación del desarrollo y el teórico más relevante un discípulo suyo, otro austriaco, Friedrich Von Hayek. Efectivamente, en 1973 encontró su versión práctica en el Chile de Pinochet y poco después, en 1974, Friedrich Von Hayek recibió el Premio Nobel de Economía. Más adelante, el neoliberalismo fue exportado al mundo a través del *tatcherismo* (que definimos a continuación) a partir de 1979, hasta que la caída del muro de Berlín en 1989 y la descomposición de la Unión Soviética en 1991 provocaron el adormecimiento del pensamiento crítico, por la victoria de Occidente en la Guerra Fría y del capitalismo sobre el comunismo (Ramonet, 2002). Esto dio paso a la acep-

tación generalizada de las teorías neoliberales y de la globalización hasta mediados de los años 90, cuando las políticas del neoliberalismo, inicialmente consideradas las mejores, pasaron a ser las únicas, sin alternativa (Sader, 2005: 20). Recordemos también que «la globalización neoliberal no solo se ha llevado por delante a los sistemas de tipo soviético fenecidos en 1989-1991: también ha colocado en una situación crítica a la socialdemocracia realmente existente» (Taibo, 2002: 35).

En efecto, con la elección de Margaret Thatcher en 1979 y la posterior de Ronald Reagan en 1980, se dio el pistoletazo de salida a las prácticas neoliberales, precedidas por las nuevas medidas de priorización total de la inflación en política monetaria de la Reserva Federal norteamericana, uno de los caballos de batalla del neoliberalismo (Amin, 2007). Esta respuesta neoliberal «fue la respuesta de las clases dominantes a los considerables logros conseguidos por las clases trabajadoras y campesinas entre el final de la Segunda Guerra Mundial y mediados de la década de 1970» (Navarro, 2007: 78).

El lema, convertido en apodo de Margaret Thatcher: TINA (No Hay Alternativa, en sus siglas en inglés) «apuesta por una ola de privatizaciones, liberalizaciones y desregulaciones, confiando en que la «mano invisible» del mercado dará respuesta a la necesidades sociales» (Echart y otros, 2005: 28). Cabe mencionar que «al calor de las políticas económicas abrazadas por Reagan y Thatcher, las familias más ricas multiplicaron sus ingresos mientras éstos se reducían, en cambio, en el caso de un altísimo porcentaje de la población» (Taibo, 2002: 35).

La globalización neoliberal es, por tanto, «el modelo actual de la hegemonía capitalista en el mundo» (Sader, 2005: 27). Otro modo de dirigirse a ella es el que se hizo célebre en 1997, cuando *Le Monde Diplomatique* publicó un editorial en que hablaba por primera vez del *pensamiento único* y de la *dictadura de los mercados*. En la era de la globalización neoliberal, «el escenario central ya no son las fábricas, sino las bolsas de valores» (Taibo, 2002: 49). Como dijo Marc Blondel, secretario general del sindicato francés Force Ouvrière en 1996, en Davos, hoy en día el mercado gobierna y el gobierno administra (Ramonet, 2004: 20). Sirva como muestra del panorama que dibuja esta globalización la siguiente explicación de sus efectos, del prestigioso rotativo inglés *The Guardian*¹.

¿Cuál es la diferencia entre Tanzania y Goldman Sachs? —se preguntaba el diario *The Guardian*—: Tanzania es un país africano que

¹ *The Guardian*, 10/12/1993.

gana 2.200 millones de dólares por año y se divide (es un decir) entre sus 25 millones de habitantes. Goldman Sachs es un banco de inversiones que gana 2.600 millones de dólares y los distribuye entre 161 personas (Van den Eynde, 2001: 122).

El efecto principal de las transformaciones experimentadas en el mundo en 1989 es que el capitalismo y los ricos dejaron de tener miedo (Zubero, 1996: 52), abriéndose un escenario novedoso a partir de los años 90, caracterizado, como ya hemos mencionado, por el hundimiento de los sistemas de tipo soviético, el auge neoliberal (desregulación, privatización y precariedad), la pérdida de peso de la clase obrera en los países del Norte, y dándose formas de contestación novedosas, con un rebrote del sindicalismo más radical y el papel de los NMS (Taibo, 2007), que con detenimiento estudiaremos en la segunda parte de este capítulo.

En 1989, en su discurso en la Universidad de Chicago con el título *Are we approaching the end of History?*, Francis Fukuyama (1992) afirmó que la caída del comunismo no nos conducía a una convergencia entre capitalismo y socialismo, sino a una victoria sin paliativos del liberalismo económico y político, lo que llamó el fin de la historia. La teoría del *fin de la historia* de Fukuyama afirma, por tanto, que a partir del fin del comunismo o socialismo, el desarrollo histórico nos ha llevado a un camino sin retorno donde nos vemos regidos por una economía capitalista de mercado y la democracia liberal (Sader, 2005). Un sistema que se caracteriza por la dominación de las gigantescas empresas transnacionales y de los mercados financieros, cuyas metas son la acumulación de poder y beneficios, para las cuales los valores de mercado son más importantes que los humanos (George, 2004a). A partir de entonces, afirmó Fukuyama, ya solo había un sistema mundial. Se refería al capitalismo liberal. Es decir, una forma política del modelo de democracia occidental, ante el cual «el futuro se presentaba brillante ante la ausencia de capacidad de contestación (y de alternativa) a este modelo, pues las que habían surgido históricamente se habían desmoronado o sucumbido, sin más» (Fernández Durán, 2001: 81).

El pensamiento único promovido por el neoliberalismo y por Fukuyama, es «la idea de que no existe otro horizonte que el que dictan las reglas propias del capitalismo global» (Taibo, 2007: 56). Ya que, como hemos mencionado, desde la caída del comunismo «el libre mercado y la libertad de los pueblos se han presentado como una única ideología que pretende ser la mejor y única defensa de la humanidad para no repetir una historia plagada de fosas comunes, masacres y cámaras de tortura» (Klein, 2007: 142). En definitiva, «la victoria de la ideología

neoliberal, con la caída del muro de Berlín, que promulga el fin de la historia, se traduce en un pensamiento único que llevará a una «democracia sin opciones», todavía más acentuada que antes» (Echart y otros, 2005: 30). En este planteamiento unidireccional, en el que solo existe una opción, que viene impuesta por la inevitable evolución de la humanidad «lo que es un idealismo perverso es disfrazar de realismo el mantenimiento de las situaciones privilegiadas de unos cuantos» (Martínez Guzmán, 2001: 222).

Además, la lectura oficial del triunfo del capitalismo sobre el comunismo puede hacerse de otra forma,

porque el comunismo que conocemos se parecía más a un capitalismo de estado que a un socialismo colectivizador (...) porque aquel socialismo, al contrario de lo que se dijo, no fracasó tanto por la burocracia, la planificación central o el control de los medios de producción, como por el afán militarista imperial (Oliveres, 2005: 70).

Siguiendo con Oliveres, parece que el socialismo había llevado a la pobreza a 400 millones de personas, pero el capitalismo habría hecho lo propio con otros 4.000 millones (70). Es decir, «la «victoria» capitalista debe ser matizada, porque si se comparan las cifras, nuestro sistema es mucho más perverso que el sistema socialista de entonces» (70-71). Porque con el capitalismo «el 42 por ciento de la población mundial vive de ingresos de uno y dos dólares al día, o si se quiere, entre 0,70 o 1,40 euros diarios. Nadie puede vivir con 0,70 o 1,40 euros diarios» (Oliveres, 2009: 32-33).

Es decir, la globalización se puede definir, de un modo más amplio, como un conjunto de principios ideológicos, de concepciones teóricas y de instituciones y mecanismos que se basan en la primacía del poder del mercado, de la empresa y del capital (Petrella, 2004). Podemos llamar economía global a aquella «cuyos componentes nucleares tienen la capacidad institucional, organizativa y tecnológica de funcionar como una unidad en tiempo real, o en un tiempo establecido, a escala planetaria» (Castells, 2001:137). En esta línea, «la globalización es la expresión de la expansión de las fuerzas de mercado, especialmente a nivel mundial y profundizando en el dominio de la mercancía, operando sin los obstáculos que supone la intervención pública» (Etxezarreta, 2001: 28). En referencia a ello, Nelson Mandela ya dijo que «la movilidad misma del capital y la globalización de los mercados de capital y de otros bienes y servicios imposibilitan que los países puedan, por ejemplo, decidir su política económica sin considerar antes la respuesta probable de esos mercados» (Klein, 2007: 279).

Con esto queremos decir que una de las características más importantes de la globalización es que nos lleva a un mundo sin control (Giddens, 1999). Aunque más bien podríamos decir que nos lleva a un mundo controlado por unos pocos. El economista José Luís Sampedro (Sampedro y Taibo, 2006) lo plasma con claridad: «Siempre dicen: «Estamos globalizados». Pues no, mire usted: hay unos pocos globalizados y otros que están desglobalizados. Unos son los globalizadores y otros los globalizados» (27). Lo verdaderamente preocupante, afirma, es «el trasvase de lo político a lo económico, de lo público a lo privado (...) porque las empresas son miopes por naturaleza: su objetivo es ganar dinero inmediato, no arreglar el futuro del planeta» (32). Continúa Sampedro afirmando que «la mano invisible del mercado es perfectamente visible. En el mercado domina el más fuerte» (37). En palabras del Subcomandante Marcos se podría decir así:

y entonces ellos dijeron «globalización» y entonces nosotros supimos ya que así le llamaban a este orden absurdo en que el dinero es la única patria a la que se sirve y las fronteras se diluyen, no por la hermandad, sino por el desangre que engorda a los poderosos sin nacionalidad (García de León, 2001: 284)

En esta línea, Ignacio Ramonet (2004) dice de la globalización que se trata de la segunda revolución capitalista, que «alcanza a los rincones más recónditos e ignora tanto la independencia de los pueblos como la diversidad de los regímenes políticos», en la que «nunca antes los amos de la tierra habían sido tan poco numerosos y tan poderosos». Afirma también Ramonet que «la globalización no apunta a la conquista de países, sino de mercados (...) de las riquezas» (15, 16). La globalización constituye para este autor «el fin último del economismo: construir un hombre «mundial», vaciado de cultura, de sentido y de conciencia del otro e imponer la ideología neoliberal a todo el planeta» (18). A esta ideología le prestaremos especial atención más adelante, ya que el hecho de que la globalización tenga un componente ideológico y de valores, que va más allá de sus características económicas, es de vital importancia para la argumentación de nuestra tesis. Porque la globalización no es solo económica sino que «lo global es algo local que ha traspasado las fronteras en donde fue concebido —sean los jeans, los espagueti, la aspirina, la reserva federal norteamericana o el constitucionalismo—» (Monedero, 2008: 19).

Sin embargo, lo realmente relevante es «detenernos a pensar acerca del impacto de la globalización sobre la vida de la gente común» (Shiva, 2004a: 42). La globalización capitalista «es ante todo un

proceso de empobrecimiento masivo de las poblaciones menos «competitivas», un proceso de exclusión en el que la mayoría de la población pasa a convertirse en «nadie», no aparecen en ninguna estadística y si no existieran el mundo no se resentiría» (Martínez, 2002: 46). Porque en la globalización «la lógica de la competitividad se pone por delante, una vez más, del bienestar de las poblaciones (...) Ésta competitividad lleva a una búsqueda sin escrúpulos de recursos» (Echart y otros, 2005: 27). Solo desde un punto de vista en el que pongamos por delante de las políticas de expansión del capitalismo neoliberal los efectos sobre las personas, conseguiremos ir más allá de lo que lo hacen los análisis estrictamente economicistas, fruto de la visión neoliberal de la globalización. Más adelante volveremos a esta idea. Sigamos, por el momento, ampliando la conceptualización del término que aquí nos ocupa.

Respecto al impacto de la globalización en la vida de las personas que no la han elegido como sistema hegemónico, cabe decir que «la lógica del capital, que hoy se ha trasladado al mercado mundial, hace que quien no cumpla con sus duros requisitos es necesariamente expulsado y condenado a la exclusión» (Monedero, 2008: 127). De este modo, «la ideología neoliberal empuja a una parte de estas personas a la esclavitud y crucifica al resto con escarnio de que no son seres productivos, les convierte en subhombres o infrahombres» (Fernández Buey, 2005: 37). La economía global del libre mercado se ha convertido en una amenaza para la vida, porque «la sustentabilidad, la donación y la supervivencia han sido puestas fuera de la ley económica en nombre de la competitividad y de la eficiencia del mercado» (Shiva, 2004a: 50). «El mercado y su lógica (competencia y egoísmo) es, pues, la gran institución del sistema» (Zubero, 1996: 47).

En este sentido, parece evidente que la globalización suscite resistencias, es por eso que necesita de instancias no únicamente económicas que garanticen su progreso. Una de las más importantes de esas instancias es la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte), «la principal estructura de seguridad de la que se han dotado algunos de los Estados más ricos del planeta» (Taibo, 2002: 238). Así, vemos que «la característica fundamental del poder de los sectores financieros globalizados bajo hegemonía de Estados Unidos es su militarización (...) La globalización se llama imperialismo, y un imperialismo cada vez más abiertamente impuesto por la guerra» (Herrera, 2007: 64). De hecho, la violencia y la globalización encuentran puntos de encuentro demasiado a menudo, que se hacen patentes a través del «uso frecuente de la violencia por los Estados con objeto de preservar la condición de privilegio de las grandes empresas transnacionales o de llevar a buen puerto los planes de ajuste» (Taibo, 2002: 266).

La mano oculta del mercado nunca actúa sin un puño enguantado. Mcdonald's nunca puede prosperar sin Douglas McDonnell, el diseñador del F-15 de las fuerzas aéreas de EEUU. Y el puño enguantado que permite que prospere la tecnología de Silicon Valley se llama Ejército, Fuerza Aérea, Armada e Infantería de Marina de EEUU (Friedman, 1999: 50).

El hecho de que la globalización empresarial amplíe cada vez más la brecha que separa a los ricos, a una próspera minoría, de los pobres, una mayoría cada vez más numerosa y marginada, «está convirtiendo la intervención militar para mantener el *statu quo* global en una dinámica recurrente de las relaciones internacionales» (Bello, 2004: 32). «La mundialización financiera ha creado de esta forma su propio Estado. Un Estado supranacional, que dispone de sus aparatos, de sus redes de influencia y de sus propios medios de acción» (Ramonet, 1997). Es el paso de un Estado nacional a un Estado transnacional (Beck, 1998). En esta línea, Hardt y Negri (2001) proponen que la globalización se compone de un conjunto de actores (países, capitalistas, ejércitos, empresas, organismos supranacionales, etc.) que trabajan mediante una red de relaciones que les hace a todos responsables de su resultado, de lo que los autores denominan el *Imperio*.

En opinión de Samir Amin, el capitalismo como sistema globalizado es imperialista por naturaleza (Moussaoui, 2008), algo que ya identificó el líder de la Revolución Rusa, Vladimir Ilich Lenin, en 1917 (Lenin, 1977). El capitalismo con rostro humano solo se da en sus fases de debilitamiento, porque cuando el dominio del capital es total, no tiene en absoluto rostro humano. Así pues, podemos definir la globalización capitalista (Boff, 2002) como el proceso mundial de homogeneización del modo de producción capitalista, de globalización de los mercados y transacciones financieras, redes de comunicación y control mundial de las informaciones, a través de la lógica de la competición. En el que solo hay una alternativa, estar en el mercado, vencer y existir, porque si eres derrotado, ya no existes. Porto Alegre propone, según este autor, una globalización alternativa, afirmando la posibilidad real de vivir juntos como humanos, pasando de una conciencia de nación y de clase a una conciencia de especie y de planeta Tierra, porque Tierra y humanidad forman una única entidad.

A ello le podemos añadir que durante su pugna contra el comunismo, en la posguerra de la II Guerra Mundial, Washington propuso una fórmula política que acompañaría a las consideraciones puramente económicas, con la intención inequívoca de legitimar su alcance global y «los dos elementos de esta fórmula eran el multilateralismo como sis-

tema de gobierno global y la democracia liberal» (Bello, 2004: 21). La diferencia con la época anterior es evidente: «durante la Guerra Fría, ningún lugar de la tierra carecía totalmente de interés para la superpotencia (...) Hoy en el mundo neoliberal, se está construyendo una especie de apartheid planetario» (George, 2007: 106).

Llegados al final de este epígrafe y como elemento de reflexión previo a la definición de lo que llamaremos ideología capitalista neoliberal, cabe remarcar que las propuestas neoliberales se presentan «como políticas de libre mercado que fomentan la iniciativa privada y la libertad del consumidor, premian la responsabilidad personal así como la iniciativa empresarial, y socavan la inoperancia de los gobiernos incompetentes» (Chomsky, 2009: 7). En este marco, cuando el mercado es el soberano (y no el Estado), la sociedad y el gobierno «estarán organizados de tal modo que la libertad económica invalidará todas las demás clases de libertad. La sociedad quedará en última instancia reducida a una suma de individuos no vinculados entre sí» (George, 2007: 33), es decir, de meros consumidores. Nos encontramos, en este punto, en situación de afirmar que estamos ante un marco económico que condiciona la vida de personas, comunidades y naciones.

La biografía del capitalismo es como la historia de una violencia antropológica que arroja a las cunetas a los altruistas, a quienes no mutaban en *homo economicus* (Zubero, 1996: 58). El capital dispone a su antojo de los sujetos, que ya no necesita para mantenerse y auto-reproducirse, abriendo así una nueva nómina de excluidos: los sobrantes del sistema (Martínez de Bringas, 2001: 31). El capitalismo es un sistema que subordina la humanidad a la economía, que arruina y corrompe las relaciones entre los seres humanos «creando un vacío moral en el que no cuenta nada más que la rentabilidad al más corto plazo» (Zubero, 1996: 57). Este sistema «está provocando nuevas esclavitudes, nuevos holocaustos, nuevos *apartheid*» (Shiva, 2002: 78), «es un sistema violento, impuesto y mantenido mediante el uso de la violencia» (81).

2.2. La ideología capitalista neoliberal

A cada paso dado en el análisis de la globalización capitalista neoliberal, resulta más evidente que detrás de unas meras decisiones sobre política económica se esconde una forma de ver la vida de un determinado grupo humano, que incluye formas particulares de ordenamiento social, de ideología y de valores. Pero, «¿es el neoliberalismo una ideología inherentemente violenta? ¿Hay algo en sus objetivos que exija el ciclo de brutal purificación política (...) y limpieza de las organizaciones

de derechos humanos?» (Klein, 2007: 172). A estas y otras preguntas sobre la ideología que se encuentra detrás de las políticas capitalistas y neoliberales que se expanden por todo el mundo al calor de la globalización intentaremos responder a continuación, desgranando los elementos clave de la ideología de la globalización capitalista neoliberal denominada por varios autores como *globalismo* (Beck, 1998 y Tortosa, 2001).

Recordemos que la política neoliberal en la globalización está compuesta por los siguientes elementos (Ramonet, 2004: 19): el mercado, los mercados financieros, la concurrencia y la competitividad, el libre-cambio sin límites, la globalización de la producción y de los flujos financieros, la división internacional del trabajo, la moneda fuerte, la desregulación, la privatización y la liberalización, que producen una reducción del Estado al mínimo, potenciando los ingresos del capital en detrimento de los del trabajo. El capitalismo neoliberal es gracias a la globalización «un modelo hegemónico —no solo una política económica, sino una concepción de la política, un conjunto de valores mercantiles y una visión de las relaciones sociales— dentro del capitalismo» (Sader, 2005: 22). Además, como afirma Chomsky (2007: 135): «prácticamente todas las características del paquete neoliberal, desde la privatización hasta la liberalización de los flujos financieros, socavan la democracia». En tanto en cuanto, «en las sociedades precapitalistas, el intercambio de mercaderías estaba determinado por la fuerza directa, por la tradición o por lazos personales de amor o amistad», podemos afirmar que «en el capitalismo, el factor que todo lo determina en el intercambio es el mercado» (Fromm, 2003: 160,161). De hecho, una de las características principales del sistema actual es el hecho de conceder a los capitales y a las mercancías libertad de circulación y no hacerlo con las personas es una expresión de la barbarie del mismo (Toussaint, 2008). Cabe tener en cuenta que una de las bases ideológicas del sistema económico capitalista es afirmar y hacer creer que no hay alternativas, que es preciso impulsar la liberalización a fin de poder resolver los problemas pendientes y que el mercado es el verdadero regulador de la sociedad» (Houtart, 2001: 166).

En el modelo capitalista globalizado, Freire (1980) afirma que «es una inmoralidad que a los intereses radicalmente humanos se sobrepongan, como se viene haciendo, los intereses del mercado» (96). Para el autor, la ideología fatalista del discurso y de la política neoliberales desvaloriza los intereses humanos en relación con los del mercado, «el orden capitalista ha inventado miseria en la abundancia» (99). Insiste Freire en que la globalización refuerza el mando de las minorías poderosas y despedaza y pulveriza la presencia impotente de los dependientes,

haciéndolos todavía más impotentes. En su opinión, la globalización pone en un mismo nivel los deberes entre las distintas economías, sin tener en cuenta las distancias que separan a los derechos de los fuertes y su poder de ejercerlos de la flaqueza de los débiles para hacerlo. El discurso de la globalización es para el autor el de la ideología neoliberal que se esfuerza por hacernos entender la globalización como algo natural y no como una producción histórica (122).

De este modo, tal y como argumenta Santos (2004 y 2008a) el neoliberalismo es una de las utopías conservadoras para las que el único criterio de eficacia son las leyes del mercado. Para la utopía conservadora del neoliberalismo, si hay desempleo o exclusión social, si hay hambre o muerte, no es resultado de las deficiencias o límites de las leyes de mercado, sino que esas leyes todavía no han sido completamente aplicadas. El autor recuerda la conclusión de Fukuyama, que el horizonte de las utopías conservadoras está cerrado, es el fin de la historia.

En la sociedad capitalista «el mercado de productos determina las condiciones que rigen el intercambio de mercancías y el mercado del trabajo regula la adquisición y venta de la mano de obra» (Fromm, 2003: 108). Es por ello que quien posee capital puede comprar mano de obra y hacerla trabajar para sacar provecho a la inversión de su capital, mientras quien posee mano de obra debe venderla a los capitalistas según las condiciones del mercado.

La estructura económica capitalista refleja una jerarquía de valores: «el capital domina el trabajo; las cosas acumuladas, lo que está muerto, tiene más valor que el trabajo, los poderes humanos, lo que está vivo» (Fromm, 2003: 108). El desarrollo del capitalismo ha llevado a un proceso creciente de centralización y concentración del capital, donde «las grandes empresas se expanden continuamente, mientras las pequeñas se asfixian» (108, 109). Además, en el capitalismo la posesión del capital invertido está cada vez más separada de la función de administrar la empresa. Es decir, quienes administran la empresa son una burocracia, interesada más en conseguir beneficios máximos y a corto plazo, para conseguir mayores emolumentos y más poder, que en la expansión y permanencia de la empresa a largo plazo. El capitalismo moderno necesita personas que operen mansamente, que quieran consumir más y cuyos gustos estén estandarizados y puedan modificarse y anticiparse fácilmente (109, 110). El capitalismo necesita hombres y mujeres que se sientan libres e independientes, no sometidos a ninguna autoridad moral, pero fáciles de manejar, generalmente de manera inconsciente, a los que se pueda guiar sin recurrir a la fuerza y conducir sin líderes. El capitalismo ha producido un ser humano «enajenado de sí mismo, de

sus semejantes y de la naturaleza» (110), que se ha transformado en un artículo, cuyas fuerzas y poderes humanos son una posible inversión que debe producirle el máximo beneficio posible en el mercado. Las relaciones humanas en el capitalismo son, de este modo, esencialmente de autómatas, «en las que cada uno basa su seguridad en mantenerse cerca del rebaño y no en diferir en el pensamiento, el sentimiento o la acción. Al mismo tiempo que todos tratan de estar tan cerca de los demás como sea posible, todos permanecen tremendamente solos» (110). Así, el ser humano moderno se ha transformado en un artículo, «su finalidad principal es el intercambio ventajoso de sus aptitudes, su conocimiento y de sí mismo» con otros individuos que pretenden obtener un intercambio equitativo y conveniente. En este marco, «la vida carece de finalidad, salvo la de seguir adelante, de principios, excepto el del intercambio equitativo, de satisfacción, excepto la de consumir» (132). Las relaciones capitalistas están basadas en el principio de equidad, pero donde «equidad significa no engañar, no hacer trampas en el intercambio de artículos y servicios, o en el intercambio de sentimientos (...), el desarrollo de una ética de la equidad es la contribución ética particular de la sociedad capitalista» (Fromm, 2003: 160). El capitalismo liberal solamente desarrolló en el ser humano dos cualidades especiales: la voluntad y la racionalidad, dejándolo subordinado a los fines económicos (Fromm, 1989).

En terminología freiriana, el opresor habita y domina el cuerpo semivencido del oprimido. Los oprimidos «introyectan la ideología dominante que los perfila como incompetentes y culpables, autores de sus fracasos cuya razón de ser se encuentra en cambio en la perversidad del sistema» (Freire, 2007: 53).

Es decir, la obediencia es otro de los pilares básicos del capitalismo. Para Fromm (1984), la obediencia a una persona, institución o poder es sometimiento, abdicación de la propia autonomía y la aceptación de una voluntad ajena. La conciencia autoritaria, o superyó (de Freud): «es la voz internalizada de una autoridad a la que estamos ansiosos de complacer y temerosos de desagradar» (13), obedece a un poder exterior que ha sido internalizado, es decir, conscientemente creo que estoy siguiendo a mi conciencia, cuando en realidad he absorbido los principios del poder. Es decir, «mientras obedezco al poder del Estado, de la Iglesia o de la opinión pública, me siento seguro y protegido (...) mi obediencia me hace participar del poder que reverencio» (15). A lo largo de la historia unos pocos han gobernado a la mayoría y para que esto ocurriera se requería una condición: que la mayoría aprendiera a obedecer. Aun es más, las personas deben desear e incluso necesitar obedecer, en lugar de solo temer la desobe-

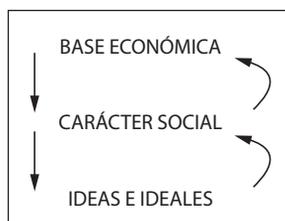
diencia. Cuando una sociedad «ha logrado moldear la estructura de carácter del hombre común de modo tal que le guste hacer lo que debe hacer, él se siente satisfecho con las condiciones que le impone la sociedad» (27), puede hacer todo lo que quiere porque solo quiere hacer lo que puede.

Continuamos con Fromm (1984), resaltando su idea de que las burocracias jerárquicamente organizadas en el gobierno, las empresas y los sindicatos, administran las cosas y las personas como si fueran lo mismo, basándose en ciertos principios económicos, de eficiencia máxima y lucro, convirtiendo al individuo en un número, una cosa. Pero como no hay una autoridad manifiesta, como el individuo no está obligado a obedecer, tiene la ilusión de que actúa voluntariamente. Lo mismo ocurre en muchos casos en la educación, donde aunque al niño no se le dice qué debe hacer, ni se le castiga, «desde el primer día de su vida en adelante, está lleno del impío respeto a la conformidad, del temor a ser «diferente», del miedo de alejarse del resto del rebaño» (53). Las personas educadas así, en la escuela, la familia y la organización, tienen opiniones pero no convicciones, están dispuestas a sacrificar su vida por la obediencia voluntaria a poderes impersonales y anónimos (54). A ello podemos añadir que el capitalismo genera violencia que expropia la subjetividad, impide el pensamiento crítico y genera el bloqueo de los impulsos emancipatorios del ser humano (Monereo, 2002). La globalización es tan poderosa porque es muy eficiente organizando la injusticia a través de la codicia, el miedo y la obediencia.

El *virus liberal* (Amin, 2007) atacó al mundo a finales del siglo xx, pero desde que se manifestó en el siglo xvi provoca en sus víctimas una curiosa esquizofrenia, por la que el ser humano se convirtió en *homo economicus*, abandonando al mercado su vida económica, limitando su papel como ciudadano a votar cada cierto tiempo para elegir a quienes decidirían sobre su vida política. Santos (2001b) propone como alternativa al *homo sociologicus*, que define como el *homo economicus* en acción. La gran carga ideológica que hay detrás del término globalización está compuesta por las explicaciones que legitiman el mundo creado por el neoliberalismo, señalando la inevitabilidad del proceso de globalización, su determinismo tecnológico, una deseable debilidad del Estado y la oportunidad económica que brinda la liberación del comercio (Monedero, 2008: 59).

No es solo la base económica la que crea un determinado carácter social, que crea ciertas ideas. Las ideas también influyen sobre el carácter social, e indirectamente, sobre la estructura económica. «El carácter social es el intermediario entre la estructura socioeconómica y las ideas

y los ideales que prevalecen en una sociedad» (Fromm, 1984: 28), según el siguiente esquema:



Fuente: Fromm (1984).

Figura 1

Conformación del carácter social

El carácter social del capitalismo es el del *homo consumens*, que es el ser humano cuya función principal no es poseer cosas, sino consumir cada vez más, compensando así su soledad, pasividad y ansiedad interiores.

El carácter del *homo consumens* en sus formas más extremas constituye un conocidísimo fenómeno psicopatológico. Se encuentra en muchos casos de personas deprimidas o angustiadas que se refugian en la sobrealimentación, las compras exageradas o el alcoholismo para compensar la depresión y la angustia ocultas (31).

La avidez de consumir, continúa Fromm, es una de las fuerzas psíquicas predominantes de la sociedad capitalista. El *homo consumens* vive una ilusión de felicidad mientras sufre inconscientemente los efectos de su hastío y pasividad y «confunde emoción y excitación con alegría y felicidad, y comodidad material con vitalidad; el apetito satisfecho se convierte en el sentido de la vida, la búsqueda de esa satisfacción, en una nueva religión» (32). La libertad para consumir se transforma en la única libertad a la que puede tener acceso. El capitalismo crea necesidades que tienden a debilitar a las personas, a hacerlas más pasivas y a convertirlas en esclavas de su consumo.

Por todo esto, la rutina del trabajo burocratizado y mecánico, la rutina de la diversión, a través de consumir lo que ofrece la industria del entretenimiento y la satisfacción de comprar siempre cosas nuevas y cambiarlas inmediatamente por otras, ayuda a la gente a no tomar conciencia de sus deseos humanos más fundamentales. En el neolibe-

ralismo, la felicidad del ser humano moderno consiste en divertirse, es decir, tener satisfacción de consumir y asimilar artículos, espectáculos, comida, bebidas, cigarrillos, gente, conferencias, libros, películas, «todo se consume, se traga» (Fromm, 2003: 111). La finalidad de los individuos en nuestra sociedad es producir más y consumir más, todas las actividades están subordinadas a metas económicas, los medios se han convertido en fines, el ser humano «es un autómeta —bien alimentado, bien vestido, pero sin interés fundamental alguno en lo que constituye su cualidad y función peculiarmente humana—» (164).

Una de las características centrales del capitalismo es, por tanto, la mercantilización de la vida cotidiana de las personas, que «significa que a cualquier expresión humana, si es que ha de tener algún valor, se le atribuye un «valor económico», que es el precio de mercado» (Petrella, 2004: 94). Como ya hemos mencionado con anterioridad, en el modelo actual «nos hemos convertido en «recursos humanos» cuyo derecho a la existencia está en función del grado de utilidad (empleabilidad y rendimiento) para el capital» (93). Se ha producido una mercantilización de lo humano, de la vida, de lo social, de la cultura, de todo lo que nos envuelve, de modo que «casi todas las experiencias humanas y sociales (la salud, la educación, el agua...) han sido reducidas a un objeto de cambio (a una cosa) que se pueden vender y comprar» (93). Es decir, «la utopía neoliberal no se ocupa solo de plantear el funcionamiento de un mercado libre de toda restricción, sino de generalizar la transformación en mercancías de todos los bienes y servicios» (Monedero, 2008: 194). Lo más grave es que esta «remercantilización general de palabras y cosas, de cuerpos y mentes, de la naturaleza y de la cultura provoca un agravamiento de las desigualdades» (Ramonet, 2004: 16).

Además, el individualismo está en el centro del neoliberalismo, y ha supuesto la puesta en marcha de políticas represivas hacia las mujeres y cualquier grupo que no se conforme con la agenda que favorece a los derechos de los hombres blancos y a los ricos; todo se está volviendo una mercancía, la naturaleza (agua, semillas...) y los cuerpos de las mujeres (cirugía plástica) (Marcha Mundial de las Mujeres, 2008). Es decir, el capitalismo mercantiliza todo, la biodiversidad, el medio ambiente, la responsabilidad social de las empresas, el genoma, los órganos arrancados a los niños, hasta nuestro imaginario (Betto, 2009).

El discurso neoliberal dice que «el final de la historia es así, la vida es así: los competentes manejan las cosas y crean riqueza que de cierto modo, y cuando llegue el momento, será más o menos distribuida» (Freire, 1980:139). Hay que ir más allá de las sociedades cuyas estructuras generaron la ideología por la cual la responsabilidad por los fracasos y frustraciones que ellas mismas crean corresponde a los fracasados

como individuos y no a las estructuras o a la manera como funcionan esas sociedades (150). «La derecha ha conseguido que el neoliberalismo sea visto como la condición natural y normal de la humanidad» (George, 2004c: 186). De hecho, afirmamos, como hace Susan George (1997), que la doctrina económica dominante hoy en día no ha caído del cielo, sino que, por el contrario, ha sido meticulosamente alimentada, por medio de pensamiento, acción y propaganda, durante estas últimas décadas. Como ella dice, «de una pequeña secta impopular con virtualmente ninguna influencia, el neoliberalismo se ha convertido en la mayor religión del mundo» (George, 2004b: 32). El origen del neoliberalismo debe a sus impulsores el valor que le dieron a la lucha por ganar la batalla de las ideas. La ideología neoliberal de Friedman preconizaba una ofensiva de capital multinacional destinada a dismantelar las leyes y regulaciones existentes para recrear la ilegalidad existente en la época de las colonias, y hacerse con aquellos bienes y servicios públicos todavía no puestos en venta (Klein, 2007: 324).

Por tanto, si queremos enfrentarnos al proyecto de globalización neoliberal debemos redoblar nuestros esfuerzos para ganar la *batalla de las ideas*. Para ganar esta batalla hace falta, cuanto menos, «demostrar que el neoliberalismo funciona como cobertura ideológica de la promoción de los intereses capitalistas, y no como marco científico para esclarecer las consecuencias económicas y sociales de la dinámica capitalista» (Hart-Landsberg, 2007: 22). Ya que, en cuanto se acepta que el lucro y la codicia generan los mayores beneficios posibles para cualquier sociedad, no existe prácticamente ningún acto de enriquecimiento personal que no pueda justificarse en el capitalismo, porque en este modelo actuar de este modo se supone que genera riqueza y espolea el crecimiento económico (Klein, 2007).

Podemos afirmar en este punto que «la globalización neoliberal no solo tiene consecuencias en el terreno de la economía. A su amparo ha ido perfilándose una cultura que, aparentemente internacional, responde, sin embargo, a una clara matriz occidental» (Taibo, 2002: 279). Por tanto, el capitalismo está compuesto de instituciones económicas, estructuras sociales y políticas, normas culturales y estructuras de conciencia (valores, creencias...) (Berger, 1989). Se compone de la economía de mercado y el sistema ético cultural que predomina en los países occidentales capitalistas. La desigualdad, la exclusión, la pobreza o la marginación «no son manifestaciones disfuncionales de una sociedad (...) capaz de ofertar bienestar, identidad y sentido, sino consecuencias de un modelo de desarrollo que exige el sacrificio de millones de seres humanos» (Zubero, 1996: 43). Todo ello con la ayuda de la ciencia moderna, que «respondió a las necesidades de innovación tecnológica que

los capitalistas necesitaban para alcanzar su meta principal: la maximización de sus beneficios» (Agosto, 2003: 54). Por ejemplo, como afirma Eduardo Galeano (2002), *Mc Donalds* es el símbolo perfecto de la globalización porque significa un gravísimo atentado contra el derecho a la autodeterminación de la cocina; es la cultura negadora de la diversidad de la comida. Este aparentemente intrascendente ejemplo de Galeano nos recuerda que una de las peores consecuencias de la globalización capitalista es la uniformización cultural, que alientan las ETN con la promoción y venta de sus productos por todo el mundo.

Para el capitalismo moderno, o globalización neoliberal, es de gran importancia la dominación psicológica del individuo, de su conciencia y de sus necesidades, «de esta manera lo integra cada vez más en el sistema social, mientras que el mundo interior del individuo cada vez es más dominado por la industria de la comunicación masiva, o de la conciencia, de la cultura o del entretenimiento» (Romano, 2007: 100). Las condiciones económicas a las que obliga el capitalismo «presuponen una antropología peculiar, una *condición humana* adaptada a sus necesidades» (Monedero, 2008: 129). Esto lo consigue, según Monedero, mediante individuos que se guían por la maximización de su interés privado, donde el egoísmo se convierte en virtud, donde se conduce a la destrucción de la naturaleza y donde la guerra es necesaria debido a la necesidad estructural de crecimiento. Los valores del neoliberalismo son para este autor: la identidad cosmopolita de clase, la racionalidad científica, el cosmopolitismo con hegemonía del Norte, la ciudadanía entendida como consumidores, la liberalización frente a la nacionalidad, la libertad sexual y el derecho a la intimidad, el éxito, el enriquecimiento, el trabajador es visto como coste de producción, la falta de compromiso colectivo, el individualismo o la autonomía individual frente al colectivismo, el exceso frente a la sustentabilidad, el egoísmo como valor extremo y el productivismo. En el capitalismo actual «la banalidad, el narcisismo y el hedonismo insolidario de la sociedad del «entretenimiento» se consolidan, al mismo tiempo que progresa la decrepitud moral individual y colectiva» (Fernández Durán, 2001: 69). Continúa Fernández Durán remarcando que así «se crea el caldo de cultivo idóneo para la proliferación de toda suerte de comportamientos asociales, individuales y colectivos». Además, podemos afirmar que «esta sociedad de necesidades insatisfechas, generadora de angustias y frustraciones, requiere una gran dosis de técnicas persuasivas para imponer su sistema de valores» (Romano, 2007: 117). Romano insiste en que la distracción de los problemas cotidianos mediante el entretenimiento se ha convertido hoy día en una de las principales industrias de la denominada *sociedad libre de mercado*.

Recordemos también en este punto que capitalismo y patriarcado son dos sistemas que se complementan y que están en la raíz del problema del planeta (Ferrari, 2003). De hecho, «el desarrollo de la sociedad patriarcal es paralelo al de la propiedad privada» (Fromm, 1984: 87). La sociedad patriarcal, como la capitalista a la que le viene como anillo al dedo, es jerárquica, porque en el patriarcado «el padre se convierte en el Ser Supremo, tanto en la religión como en la sociedad. La naturaleza del amor del padre le hace tener exigencias, establecer principios y leyes, y que su amor al hijo dependa de la obediencia de éste a sus demandas» (Fromm, 1984: 87).

En definitiva, el capitalismo ha generado una organización social donde hay dominadores y dominados, opresores y oprimidos, existentes y no existentes como sujetos, como personas, que según la doctrina *freiriana*, tiene principalmente las siguientes características (Blanco, 1995):

- Antidiálogo, en cuanto a que los dominadores usan múltiples formas represivas creando un cosmos represivo, convirtiendo las masas en espectadores pasivos.
- División, en lo que se refiere a que la división favorece el status y el poder. Poder que intentará romper la unidad desde la violencia, desde el aparato burocrático, desde las concepciones paternalistas.
- Invasión cultural, porque los invasores imponen su visión del mundo al invadido, frenando su creatividad, es por ello que la invasión cultural es violenta, porque los invasores son sujetos, actores del proceso, mientras que los invadidos son objetos. La invasión es además de física, económica (con asistencialismos disfrazados), hace que los invadidos se consideren inferiores y reafirmen la superioridad del invasor. En relación a ello, el autor afirma que la forma de salir de esta situación de invasión cultural solo es posible con una revolución cultural.

Como respuesta a tales tendencias de la sociedad capitalista, la propuesta de Freire es la unión del pueblo y la organización de los grupos y colectivos, la colaboración entre personas, pueblos y naciones, a través del diálogo y la mencionada revolución cultural en la que seamos protagonistas de nuestro presente, siendo conscientes de las manipulaciones a las que somos sometidos por los poderosos, por los opresores. Afortunadamente, «una vez que uno comprende que el neoliberalismo no es una fuerza como la gravedad, sino una construcción totalmente artificial, uno también puede comprender que lo que algunas personas han creado, otras personas lo pueden cambiar» (George, 2004b: 31). Freire

ya identificó que un movimiento acontecería cuando dijo que «llegará el momento en que, pasada la estupefacción ante la caída del muro de Berlín, el mundo se recompondrá y rechazará la dictadura del mercado, fundada en la perversidad de su ética de lucro» (Freire, 1980: 122). Éste es, como veremos más adelante, motivo suficiente para justificar el trabajo de los miles de organizaciones y millones de personas que se dan cita en el entorno del FSM (Foro Social Mundial).

2.3. El gobierno económico mundial

Veamos a continuación cuáles son las principales organizaciones públicas y privadas que ejercen verdaderamente poder e influencia en la globalización. Elegimos, por ser las más representativas y por ser objeto de la mayoría de acciones de protesta del movimiento antiglobalización, las conocidas como instituciones de Bretton Woods —el FMI y el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio (OMC), las transnacionales y otros centros de poder informales—. Podemos observar que la mayor parte de ellas fueron creadas en el contexto del final de la Segunda Guerra Mundial, en el que EEUU ejerció su rol de gran vencedor, creando instituciones todas ellas favorables a sus intereses particulares, como intentaremos demostrar en los siguientes epígrafes.

En este listado se echarán de menos otras organizaciones de poder global, como el G-7/8/20 y otros muchos centros de poder de características diferentes que sirven de apoyo a la expansión de la globalización capitalista neoliberal. Quede dicho al menos que el G-7 está formado por los países más industrializados del mundo (EEUU, Alemania, Japón, Francia, Italia, Reino Unido, Canadá), se convirtió en el G-8 para incluir a Rusia y actualmente está derivando en el G-20, nacido principalmente para hacer partícipes de este grupo de los Estados más poderosos del mundo a las potencias económicas emergentes (China, Brasil e India). Sus decisiones, mayoritariamente referidas a aspectos económicos, son entre los Estados que en él participan, con lo que no son de carácter global, pero debido a la gran parte del mercado que controlan, son considerados uno de los foros promotores de la globalización neoliberal capitalista. Estas reuniones de los Estados más industrializados han sido una de las principales destinatarias de las protestas antiglobalización.

Otra institución de relevancia es la OTAN, que también fue creada durante los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial y que es un actor relevante en la globalización, tanto por sus constantes ampliaciones como por su revisión de objetivos, gracias a los que se otorgó

unilateralmente la facultad de intervenir en cualquier lugar del planeta donde se sientan amenazados los intereses de sus Estados miembros. Pero, al igual que le ocurre al otro actor global no analizado en este trabajo, las NNUU, no serán incluidos en el dibujo del gobierno económico mundial que aquí vamos a realizar, debido a que su carácter no se encuentra eminentemente relacionado con las políticas económicas que impulsan la globalización capitalista neoliberal en su ámbito mundial y porque los movimientos que han surgido para contestar el proceso de la globalización no las han identificado mayoritariamente como principal objeto de sus críticas, aunque éstas y otras instituciones políticas y/o económicas regionales han formado parte en todo momento de sus protestas.

No queremos dejar de ceder un espacio en la demarcación de la arquitectura del poder mundial a los grupos informales de influencia política. Entre ellos hemos elegido a dos que destacan sobre el resto, uno oficial, el FEM, inspirador del FSM y otro, de carácter secreto, o *discreto* —término que prefieren utilizar quienes en él participan— conocido como Club Bilderberg. Haremos mención, en todo caso, de algunos de los *think tank* más influyentes para dibujar de manera más precisa, aunque evidentemente incompleta, cómo se toman las decisiones más importantes en el mundo de hoy en día y quiénes lo hacen.

Nos basamos en que, pese a que no existe un gobierno global, la arquitectura internacional es facilitada por «una red de foros y encuentros al margen de la capacidad de decisión de la ciudadanía» (Calle, 2005b). En palabras de Ignacio Ramonet (2004), el fenómeno de la globalización en connivencia con los dirigentes políticos ha favorecido «que se cree discretamente una especie de ejecutivo de gobierno real y planetario del mundo cuyos cuatro actores principales son el FMI, el Banco Mundial, la OCDE y la OMC» (25). La función del G-8, las instituciones de Bretton Woods (FMI y Banco Mundial) y la OMC es «mantener la hegemonía del sistema capitalista global y favorecer la primacía de los intereses económicos y estatales, a los que tanto benefician» (Bello, 2004: 25). El FMI, el Banco Mundial y la OMC son los guardianes de que se cumpla con la ortodoxia neoliberal (Castells, 2001). En este marco de instituciones financieras de relevancia internacional, los tres grandes núcleos del poder capitalista, que controlan la globalización, son EEUU, la UE (Unión Europea) y Japón (Taibo, 2002: 54). Su ideología es exportada con muy diversos nombres. Nosotros la hemos llamado en el apartado anterior ideología capitalista neoliberal, que es aplicada a través de políticas llamadas neoliberales o *neocón*, que en su vertiente económica son prácticamente idénticas. En palabras de Susan George, «la política neocón recibe varios nombres, a menudo dependiendo de

dónde se aplica y quién la aplica. En los países más pobres, se la conoce como «ajuste estructural» o el «Consenso de Washington» (George, 2007: 98). Recalca la autora que es llevada a cabo por las instituciones que también otros autores han identificado como las verdaderas protagonistas de la expansión de la ideología neoliberal. Además, afirma George que estas instituciones —el Banco Mundial y el FMI— se coordinan en perfecta armonía con el gobierno de EEUU, sobre todo con el Departamento de Hacienda. Como veremos más adelante, entre el Club Bilderberg, el FEM, el FMI, el Banco Mundial y otros, se forma una especie de consenso internacional, que pasa de una reunión a otra de estos organismos.

En este contexto, la confusión de roles es creciente y es una realidad que el conocimiento del sistema de decisiones en la globalización no está a nuestro alcance. El poder está en manos de los representantes políticos de igual modo, o quizá en menor medida, de lo que está en manos de grandes empresarios, aristócratas o bien establecidos hacendados, que se encuentran en foros de decisión que sobrepasan el ámbito estatal, consiguiendo que con la globalización ese poder invisibilizado se aleje de nuestro ámbito de decisión político, de tal modo que la capacidad de influir en las instancias globales queda reservada para las élites globalizadas (Monedero, 2008). Además, teniendo en cuenta la existencia de un buen número de democracias entre gran parte de los dos centenares de Estados hoy en día existentes, «la misma democracia, la numérica, la de las mayorías, queda en entredicho si, globalmente, son mayorías los marginados y minorías los que deciden» (Martínez Guzmán, 2001: 266).

Aun así, el Estado no es neutral (Wainwright, 2005) porque finalmente las instituciones estatales están marcadas por las relaciones de poder y por la cultura de las sociedades que gobiernan. Incluso hay quien afirma que «a la globalización capitalista, en definitiva, ya no le bastan los encuentros privados (Club Bilderberg, Foro de Davos, trilateral, G-7), sino que necesita un Estado transnacional» (Monedero, 2008: 67). A pesar de que cada vez con más frecuencia ocurre que «el gobierno salido de las urnas no tendrá poder para cambiar lo establecido por el mercado» (Echart y otros, 2005: 32). O de que, para Marx, el Estado «es la instancia en la que cobra cuerpo un grupo parasitario —la burocracia— exclusivamente empeñado en preservar privilegios, o bien es un aparato de dominación al servicio de la clase dominante del momento» (Taibo, 2002: 181). O que, siguiendo esta línea argumentativa, Holloway (2002) incide en que el Estado está integrado en las relaciones sociales capitalistas y que esto apunta a la importancia de la acción por el cambio dentro de esas relaciones sociales y no del propio Estado.

Por otra parte, abandonar la lucha por el Estado y por las instituciones políticas supondría menospreciar la importancia de las luchas de liberación del pasado, pero eso «no significa que debamos seguir las mismas rutinas organizativas que hemos heredado, sino todo lo contrario. El principal desafío consiste en inventar e innovar sin perder nuestro sentido de la orientación y objetivos comunes» (Wainwright, 2005: 200). Esta autora resalta también la importancia de combinar iniciativas para conseguir apoyo y aliados dentro del gobierno con la creación de fuentes autónomas de poder democrático, para crear un contrapoder democrático, sobre las instituciones locales, los empresarios, los gobiernos nacionales y el mercado. Insiste Hilary Waingright en que «la única situación en que los partidos radicales han tenido un impacto duradero en las instituciones estatales (...) se ha dado cuando estos partidos han actuado en colaboración con los *movimientos que cuestionaban estas relaciones de poder*» (199). Es decir, los autores que defienden la importancia de continuar luchando por mantener o conseguir influencia en instancias estatales, de cariz público, defienden de algún modo que «si la solución no está en el Estado, tampoco está fuera del Estado, si la sociedad se ha complejizado, hay que complejizar la estatalidad» (Monedero, 2008: 36).

2.3.1. *Las instituciones de Bretton Woods*

Después de la Segunda Guerra Mundial se estableció una nueva arquitectura económica en Bretton Woods (EEUU), donde el Banco Mundial y el FMI recibieron el mandato explícito de impedir *shocks* y quiebras en las vulnerables economías de la posguerra. Con este propósito, el Banco Mundial se encargaría de realizar la tarea de invertir en desarrollo a largo plazo para sacar a los países de la pobreza, mientras que el FMI debería contribuir también a la estabilidad económica y financiera mundial, promoviendo políticas económicas que redujeran la especulación financiera y la volatilidad de los mercados.

El FMI fue concebido por John Maynard Keynes y Harry Dexter White para velar por la liquidez mundial, «una función que debería desempeñar induciendo a los países miembros a mantener tipos de cambio estables y a ofrecer servicios a los que pudiesen recurrir periódicamente para superar las cíclicas dificultades de la balanza de pagos» (Bello, 2004: 59). Pero, a partir de los años 70, cuando el presidente norteamericano Nixon suspendió la convertibilidad de la moneda con respecto al patrón oro, el FMI cambió su razón de ser, «entonces el Fondo se dedicó de lleno a estabilizar las economías del Tercer Mundo

con dificultades en su balanza de pagos. En cuanto al Banco Mundial, se convirtió en la principal institución multilateral para la ayuda al desarrollo» (59). Además, tras la caída de la Unión Soviética, el FMI endureció considerablemente las condiciones exigidas a otros países en crisis para recibir ayuda, haciendo más inmediatas las privatizaciones (Klein, 2007). A partir de entonces, podemos decir que «los instrumentos utilizados para subordinar al Sur fueron el Banco Mundial y el FMI» (Bello, 2004: 66). De hecho, en la década de 1980 «el ajuste estructural impuesto por el FMI y el Banco Mundial se convirtió en el vehículo para aplicar un programa de liberalización del mercado en las economías del Tercer Mundo afectadas por graves problemas de endeudamiento» (66). Esto lo hicieron a través de los PAE, que «diseñados para acelerar la desreglamentación, la liberalización del comercio y la privatización produjeron, casi por todas partes, el estancamiento institucionalizado, la acentuación de la pobreza, y el aumento de la desigualdad» (12).

Es decir, el FMI fue creado al finalizar la Segunda Guerra Mundial con la «responsabilidad de armonizar las numerosas, y a menudo conflictivas, políticas monetarias y aspiraciones de las sociedades nacionales, en pos de un modelo que presumiblemente beneficiaría a todos sus participantes» (Browne, 1994). Su creación respondió a la intención de mantener la estabilidad de los tipos de cambio, pero lo que verdaderamente ha ocurrido es que con el paso del tiempo se ha convertido en un instrumento de imposición de las políticas económicas neoliberales, por parte de los Estados occidentales en el resto del mundo.

Por lo que respecta al Banco Mundial, sus instituciones precursoras fueron fundadas sobre buenas, aunque dudosamente sinceras, intenciones. En un principio, la Agencia Internacional para el Desarrollo fue creada para reducir la pobreza, favorecer el crecimiento económico y el desarrollo y proteger el medio ambiente de los países que recibieran sus créditos; el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo tendría la función de conceder préstamos en términos comerciales; la Corporación de Finanzas Internacionales se encargaría de suministrar préstamos para actividades comerciales; y la Agencia Multilateral para la Garantía de las inversiones ofrecería seguros contra los riesgos políticos. Por su parte, el Banco Mundial declaró concentrar sus préstamos en la reducción de la pobreza. Cuando se ha demostrado que sus préstamos y programas «no solo no llegan a los pobres, ni implican a las comunidades locales, sino que, frecuentemente, perjudican a dichas comunidades» (Udall, 1994).

La ya inicialmente poco democrática estructura del FMI ha tenido una tendencia hacia una todavía menor democratización, ya que los países del Sur, a pesar de que han aumentado su participación en la en-

tividad, han visto por contra disminuido su poder de voto. La razón reside en que cada país socio adquiere, por el hecho de serlo, un poder básico de elección consistente en 250 votos, a los que debe sumar los que le corresponden según su cuota de Derechos Especiales de Libranza (SDR en sus siglas en inglés), que equivalen a un voto por cada 100.000 SDR. Según el paso del tiempo, «estos votos basados en cuotas, que favorecen a las naciones económicamente poderosas, han aumentado en proporción» (Gester, 1994: 51), llegando a suponer el 97% del total, tras la Novena Revisión de Cuotas de 1992. Por otra parte, el FMI —al igual que el Banco Mundial— decide su presidencia de manera tradicional, correspondiéndole siempre a un europeo.

En el FMI, las cinco mayores potencias económicas tienen el 45,47% de votos en la Junta de Gobierno. EEUU tiene el 19% y otros países ricos poseen el 21,24% de los votos. El resultado final es que los países más desarrollados económicamente pueden bloquear todas las decisiones que necesiten mayoría. En el Banco Mundial, el poder formal se complementa con mecanismos informales, por ejemplo su presidente es siempre estadounidense, también por tradición. Su sede está en Washington DC siendo de fácil acceso para el Ministerio de Hacienda de EEUU. A lo que hay que añadir que una cuarta parte de su plantilla está compuesta por estadounidenses y que este país posee el 17,6% de cuota, con lo que consigue capacidad de veto, como también ocurre en el FMI, frente a cualquier cambio estatutario en el reparto de poder, que necesita de más del 85% de los votos a favor.

Finalmente, podemos afirmar también que el FMI «está extraordinariamente subordinado al Ministerio de Hacienda de EEUU» (Bello, 2004: 85), al igual que ocurre con el Banco Mundial. Tal argumentación se ve verificada cuando vemos que, según un informe del Congressional Research Service, titulado *The United States and the Multilateral Development Banks*², el Banco Mundial y los bancos multilaterales «realizan la difícil tarea de exigir un modelo de actuación a sus prestatarios, función que a Estados Unidos y otros acreedores quizá les costaría más imponer en un régimen bilateral» (Bello, 2004: 83). En definitiva, el Banco Mundial y el FMI son organismos multilaterales al servicio de EEUU, en los que las decisiones siempre están en manos de los países occidentales. Porque, recordemos, el capital de ambas instituciones se reparte entre los Estados miembros en función de su peso relativo en la economía mundial y determina la capacidad de voto de cada país en la institución, gracias a la cual los siete países más industrializados detentan más del

² US Government Printing Office, Washington DC, 1974, p. 5.

45% de los votos. El resto de decisiones se toman por mayoría simple, al alcance de los países del Norte, poseedores en su conjunto de más de la mitad de los votos.

El Consenso de Washington es la serie de medidas de política económica del llamado triunvirato neoliberal de privatización, desregulación y libre comercio y reducción del gasto público, que se adoptaron en esa ciudad en el año 1989 y que marcaron las políticas del FMI y del Banco Mundial para los años posteriores.

Estas medidas fueron, de forma más detallada, las siguientes:

- 1) Privatización del sector público, disciplina presupuestaria y fiscal y austeridad en el gasto público.
- 2) Atracción de inversión extranjera directa, liberalización financiera y comercial, desregulación de diversos ámbitos económicos.
- 3) Retirada del Estado de determinados ámbitos de intervención tradicionalmente en sus manos.
- 4) Garantía del derecho a la propiedad. Es decir, la privatización de las empresas estatales y la abolición de las barreras que impiden la entrada de las empresas extranjeras.

Siguiendo los futuros preceptos del Consenso de Washington, el FMI lanzó su primer programa completo de ajuste estructural en 1983, concepto que fue vendido como el proceso por el que tenían que pasar los países para salvar sus economías (Klein, 2007). A ello hay que sumarle que la finalidad de la OMC es también la liberalización económica, proveniente del llamado Consenso de Washington, donde «cristalizan las pretensiones de expansión de una determinada política económica como paradigma único para la triunfadora economía capitalista, una vez caído el muro de Berlín» (Verger, 2003: 23). En el siguiente apartado hablamos ampliamente de la OMC.

Aunque las instituciones de Bretton Woods fueron creadas con el mandato de «ayudar a prevenir futuros conflictos a partir de los préstamos para la reconstrucción y el desarrollo, y suavizar los problemas temporales de la balanza de pagos» (George, 2004b: 29), «ni el FMI ni el BM estuvieron a la altura de ese proyecto universal» (Klein, 2007: 221), sino más bien todo lo contrario. Porque «el FMI se creó justo después de la Segunda Guerra Mundial, y el único vencedor que imponía todas las normas fue Estados Unidos, que creó una institución a su servicio» (Oliveres, 2005: 61). Además, dejaron el poder en manos de los principales núcleos capitalistas: EEUU, Europa y Japón, quienes han hecho y siguen haciendo uso de él en beneficio de sus intereses particulares.

2.3.2. *La Organización Mundial del Comercio*

La OMC comenzó a gestarse un año después de que lo hicieran las instituciones de Bretton Woods, en una conferencia mundial en La Habana, en 1947, donde nació un programa de acción para la creación de la Organización del Comercio Internacional. En la Carta de la Habana se estableció que esta organización sería una institución de comercio para el desarrollo, con los siguientes objetivos: alentar el desarrollo económico y el empleo mediante las reducciones arancelarias, pero también mediante acuerdos intergubernamentales; condiciones preferenciales para los países en desarrollo; medidas contra las prácticas comerciales abusivas de las multinacionales; y cooperación internacional para el desarrollo económico y la reconstrucción (Gonçalves y Delorme, 1994). Cincuenta y tres países firmaron la Carta de la Habana, pero el Congreso de EEUU la rechazó. A partir de este momento, el gobierno norteamericano se centró en impulsar un acuerdo sobre uno de los componentes de la Organización del Comercio Internacional, la relacionada con la reducción de aranceles, dando pie al GATT (siglas en inglés de Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio) que finalmente dio paso, en 1995, a la OMC.

El GATT ha consistido en varias rondas de negociaciones multilaterales sobre comercio, antes de la creación de la OMC. Éstas han sido las siguientes: Ginebra (1947); Annecy, en Francia (1949); Torkay, en Reino Unido (1950-51); la Ronda Dillon, en Ginebra (1960-62); la Ronda Kennedy, en Ginebra (1964); la Ronda Tokyo, en Japón (1974-79) y la Ronda Uruguay (1986-93). Los acuerdos que abrieron camino a la OMC «fueron presentados como un combinado de reglas multilaterales que eliminarían el poder y la coerción en las relaciones comerciales atando, tanto al poderoso como al débil, a un juego de reglas común respaldado por un aparato de seguridad eficaz» (Bello, 2004: 9). En la Ronda Uruguay del GATT, en 1993 se incluyó un acuerdo para establecer la OMC, en el que si bien es cierto que existe cierta retórica sobre desarrollo sostenible y medio ambiente en los textos de la OMC, su objetivo último es liberalizar el comercio (Gonçalves y Delorme, 1994: 99). Podemos afirmar, entonces, que «la apuesta central de la OMC no es otra que la de liberalizar por completo el comercio en franco provecho de la globalización neoliberal, y en dramática ignorancia de sus efectos sociales y medioambientales» (Taibo, 2002: 66). Sus dos principios básicos son la no-discriminación y la reciprocidad de las concesiones, gracias a ellos todas las partes en negociación deben dar y recibir por igual y, en caso de conseguirse una reducción arancelaria en un mercado tras la demanda de un exportador, ésta se extenderá a todos los exportado-

res a ese mercado. En un mundo en el que todos los socios comerciales estuvieran en igualdad de condiciones, esto tendría sentido, pero en el mundo real, donde hay países con desigual poder económico y comercial, los exportadores más fuertes y de mayor tamaño comercial son los únicos beneficiados por tales principios básicos.

Es decir, el orden económico liberal surgido del desarrollo del GATT «se ha inclinado en favor de los intereses de aquellos países comerciantes poderosos» y además éstos «han rechazado aceptar reglas más liberales en las industrias en las que no son suficientemente competitivos» (Gonçalves y Delorme, 1994: 95). Es decir, frecuentemente se ha utilizado en el GATT un doble rasero cuando los intereses a defender eran los de los países del Norte. De hecho, EEUU impuso en 1955 cuotas a la importación de azúcar, queso y carne, cuando las cuotas están prohibidas por el GATT. Además, en 1959 introdujo el Acuerdo Multifibras que protegía las importaciones de textiles de los países empobrecidos, ya que los productos del textil de los países del Sur comenzaron a ser más competitivos que los de sus empresas.

Por otra parte, no podemos dejar de mencionar que la centralización del comercio oculta un programa político-económico en el que la expansión y el aumento de los beneficios de las grandes transnacionales es su principal preocupación. La OMC utiliza para ello acuerdos especiales como el TRIPS (siglas en inglés de Acuerdo sobre los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio), que limita la capacidad de los Estados para denegar patentes o decidir sobre los productos ya patentados; el TRIMS (siglas en inglés de Acuerdo sobre las Medidas de Inversión Relacionadas con el Comercio), que limita la capacidad de los Estados a decidir sobre las inversiones extranjeras directas en sus economías; el GATS (siglas en inglés de Acuerdo General sobre el Comercio de Servicios), que pretende forzar a los Estados a abrir sus mercados a proveedores extranjeros en servicios como la educación o la sanidad; o el Acuerdo sobre Contratación Pública, que impide a los Estados el uso de criterios laborales o medioambientales en la adjudicación de contratos (Hart-Landsberg, 2007: 22, 23). La OMC, a través de su complejidad, otorga a determinados Estados «claros privilegios y se asienta en una insorteable marginación de los más pobres, que carecen de los recursos necesarios para participar en los encuentros oficiales y apenas disponen de medios para hacer valer sus intereses» (Taibo, 2002: 67).

Por un lado, la OMC ha implicado un recorte medio del 40% en los costes de importaciones y subvenciones agrícolas de todo el mundo (Van den Eynde, 2001: 25), pero tales medidas liberalizadoras parece que favorecen, al contrario de lo que pudiéramos pensar en un primer momento, a los países del Norte. Para corroborarlo, existe un es-

tudio encargado por la OMC y el Banco Mundial que concluyó que «un 63,4% de las ganancias derivadas de la aplicación de la Ronda Uruguay recayó en países del Norte» (Taibo, 2002: 68). Porque, como afirma Arcadi Oliveres, «con la eliminación de las tarifas aduaneras, los países que están en vías de crecimiento no tienen la capacidad de proteger su industria para evitar la penetración de la industria extranjera e impulsar la propia» (Oliveres, 2005: 29), y lo que ha ocurrido es que «al final de la Segunda Guerra Mundial, los aranceles representaban una media de un 40% (...) actualmente, la media mundial de aranceles se sitúan en un 4%» (21). Además, la OMC no está gobernada democráticamente por un sistema en el que cada país tiene un voto, ya que en su toma de decisiones impera el consenso, tal y como ocurría en el GATT, «donde la última vez que se votó fue en 1959», cuando en la práctica, «se trata de un proceso por el que los países con más comercio imponen su consenso sobre los demás» (Bello, 2004: 86). Cuando «la historia de los países que llamamos industrializados no habría sido posible si inicialmente no se hubieran llevado a cabo políticas proteccionistas» (Oliveres, 2005: 29).

Aun así, podríamos decir que el movimiento antiglobalización está en deuda con la OMC, ya que fue en una de sus cumbres, en la de 1999 en Seattle, donde los países en desarrollo señalaron la falta de equidad de los acuerdos de su precedente, la Ronda Uruguay, y consiguió unir contra ella a la sociedad civil global (campesinos, pescadores, sindicalistas obreros y activistas ecologistas) y hacer patente la existencia de conflictos comerciales (especialmente en agricultura) irresolutos entre la UE y EEUU (Bello, 2004).

En fin, llegado a este punto pueden servir de conclusión las palabras de Arundathy Roy, quien afirma que «los instrumentos comerciales y financieros internacionales supervisan un complejo sistema de leyes comerciales multilaterales y acuerdos financieros que mantienen a los pobres en sus enormes guetos» (Roy, 2004: 119).

2.3.3. *Las empresas transnacionales*

El nuevo contexto de globalización ha permitido «la aparición de nuevos actores que sortean la regulación pública en su propio beneficio (las empresas transnacionales). El Estado, a su vez, se convierte en empresa, y los políticos se convierten en gestores empresariales, sometidos al mercado» (Echart y otros, 2005: 32). Las grandes corporaciones «tienen un papel destacado en los mecanismos de generación de pobreza, ya que tanto las multinacionales como las transnacionales tienen

un enorme poder económico» (Oliveres, 2005: 30). Son empresas que acostumbran a gozar de «una impunidad total en sus acciones y que no están sometidas a ningún tipo de control, precisamente por el poder y la influencia de que disponen» (31). Es decir, «la globalización en curso, claramente controlada desde el Norte rico y sus empresas transnacionales, muestra una inequívoca línea de continuidad con el imperialismo y el colonialismo de siempre» (Taibo, 2009: 14).

Podemos afirmar que «la globalización está presidida por la compañía transnacional» (Van den Eynde, 2001: 31). Este autor calculó que hay unas 37.000 transnacionales, con unas 170.000 sucursales en todo el mundo. Entre ellas, las 370 más grandes producen cerca de un tercio del PIB mundial (34). Esta idea es reforzada unos años después por Ramonet, quien afirma que «en los años 70, el número de empresas multinacionales no sobrepasaba algunos centenares; hoy llegan a unas 40.000» y la cifra global de operaciones de las 200 empresas principales del planeta representa «más de la cuarta parte de la actividad económica mundial», mientras «dan empleo a menos del 0,75% de la mano de obra planetaria», además «esas grandes firmas controlan el 70% del comercio mundial» (Ramonet, 2004: 21).

Las transnacionales son las verdaderas protagonistas de la globalización, pero no hay que confundirlas con las multinacionales, que pueden tener toda su producción en su país de origen, pero dirigirse al mercado internacional. Actualmente son pocas las que no se puedan considerar multinacionales, sin embargo, las transnacionales son menos numerosas. A diferencia de las multinacionales, la ETN es «una organización económica compleja en la que una empresa detenta la propiedad —o parte de la propiedad— de una o varias empresas en países extranjeros, a las cuales denomina filiales» (Verger, 2003: 10). La mayoría de las ETN son estadounidenses y las más poderosas se dedican al sector energético, en concreto al petróleo (11). Las compañías transnacionales convierten el mundo en su campo de operaciones (Oliveres, 2005).

Siguiendo con Verger (2003) y recuperando su clasificación de las fases de la globalización siguiendo la evolución de las ETN en el proceso de internacionalización de la economía de cuatro fases (13,14), podemos diferenciar los diferentes tipos de ETN que se han ido dando durante el capitalismo:

- 1.^a fase: Capitalismo mercantilista (del año 1600 al 1770): Gozaban de un monopolio concedido por el Estado y se dedicaban a la importación de metales preciosos.
- 2.^a fase: Capitalismo industrial (1770-1890): Surgen las grandes empresas de exportación manufactureras, de producción nacional.

- 3.^a fase: Capitalismo financiero (1890-1945): Se empiezan a configurar las transnacionales como ahora las conocemos, organizando actividades productivas también en el extranjero.
- 4.^a fase: Capitalismo globalizado (de 1945 hasta la actualidad): Las ETN establecen redes de producción, comercialización y finanzas en el ámbito mundial. Su propiedad puede ser compartida entre personas de diferentes nacionalidades.

En la globalización neoliberal, «la libertad de movimientos de los medios de producción y del capital, frente a la inmovilidad de los trabajadores, permite a la ETN amenazar con deslocalizar, es decir, abandonar su lugar de producción, si a cambio no obtiene ventajas» (Echart y otros, 2005: 33). Esto sitúa en una situación de competencia a los Estados para atraer a estas empresas, con presiones hacia la bajada salarial, exenciones fiscales, recorte de la protección social y de los derechos laborales, para ofrecer un marco más atractivo para la ETN.

Es interesante mencionar en este apartado, aunque brevemente, el Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI), en tanto en cuanto es un claro reflejo del poder de las ETN en la creación de un marco de actuación mundial que les beneficie, que además nos sirve para introducir la importancia de los grupos de presión empresariales en las instituciones financieras internacionales. El AMI es «un acuerdo que pretendía favorecer la inversión extranjera y garantizar a las empresas extranjeras una serie de derechos y tratos de favor por parte de los gobiernos «anfitriones»» (Verger, 2003: 26). Este acuerdo venía siendo discutido en secreto en el marco de la OCDE, con la pretensión de constituirse en una especie de *Constitución Mundial del Capital*, que les daría a los inversores internacionales todos los derechos y casi ningún deber. El periódico francés *Le Monde Diplomatique* divulgó ampliamente una primera denuncia realizada en EEUU por el movimiento *Public Citizens*, liderado por Ralph Nader, a través de un artículo firmado por una abogada del movimiento, Lori Wallach (Whitaker, 2002). Sus medidas buscaban la eliminación de requisitos locales de actuación para los inversores, la limitación del poder de los Estados sobre las empresas, prohibiendo la expropiación. En términos de responsabilidad pública, las empresas podrían demandar a los Estados por pérdidas derivadas de cortes eléctricos, huelgas, etc. Se ha dicho del AMI que supondría la mayor pérdida de control y de soberanía de los pueblos. Afortunadamente, el AMI «ha fracasado, al menos temporalmente, gracias a los movimientos antiglobalización» (George, 2004b: 38). Más adelante, en el apartado dedicado a los movimientos sociales, se explica cómo fue posible la consecución de tal éxito.

Las transnacionales trabajan activamente por crear un marco adecuado para la consecución de su objetivo de maximización del beneficio y para ello hacen uso de sus propios grupos de presión o lobbys. Los lobbys son grupos empresariales que trabajan activamente para modelar las políticas nacionales e internacionales en función de sus intereses. «Solo en Washington DC, de las 200 mayores ETN del mundo, 94 tienen oficinas con el objetivo de “establecer relaciones gubernamentales”» (Verger, 2003: 68). Otro ejemplo lo ofrece la OMC, una de las instituciones donde los lobbys empresariales juegan un papel más activo. Sirva como muestra que en la cumbre de la OMC de Seattle en 1999, las transnacionales Monsanto, Du Pont y Merck redactaron el borrador sobre patentes (Taibo, 2002). Pero no se limitan a influir en la OMC, ya que «más de 10.000 *cabilders* profesionales circulan por los vestíbulos de la Comisión, del Consejo y del Parlamento Europeos», de hecho, «más de 200 ETN tienen oficinas «de asuntos administrativos» en Bruselas y solo en el Parlamento hay una media de 5 *lobbistas* por parlamentario» (Verger, 2003: 69).

Existe un gran número de lobbys empresariales de ámbito internacional o que trabajan dentro de las fronteras de un Estado, como el *Club de Exportadores*, integrado por empresas españolas de diferentes sectores, que presionan al gobierno español para que fomente las exportaciones. Algunos de los más relevantes son (Martín, 2007; Verger, 2003):

- El *Comité de Propiedad Intelectual*. Encargado de incluir los derechos de propiedad intelectual en la OMC, que consiguió que se creara el TRIPS.
- El *Transatlantic Business Dialogue*. Instituido en 1995 y compuesto por 150 ETN europeas y norteamericanas. Actualmente buscan el libre comercio para los organismos genéticamente modificados y para que la OMC impulse la desregulación de las inversiones y el comercio.
- El *USA Engage*, que presiona al gobierno estadounidense con el fin de acabar con las sanciones al régimen dictatorial de Myanmar y poder invertir en el país.
- El *ERT* (siglas en inglés de Mesa Redonda Europea de Industriales) fue creado en 1983 para representar a los industriales europeos y velar por sus intereses. Está integrado por 43 ETN europeas, entre las que se encuentran Iberdrola y Repsol-YPF. Promueve en la UE la desregulación y liberalización económica. Ha trabajado intensamente por la moneda única europea y la ampliación al este de Europa.

2.3.4. *Foros de poder informales*

Nicholas Murray Butler, premio Nobel de la Paz en 1931, afirmó que el mundo se divide en tres categorías de personas: «un pequeño número que hace que los acontecimientos se produzcan; un grupo un poco más numeroso que vigila su ejecución y que observa para que se cumplan y, finalmente, una amplia mayoría que no sabe jamás lo que ha sucedido en realidad» (Martín, 2007: 25).

Existen infinidad de grupos privados que promueven la expansión de la globalización capitalista neoliberal. Aquí vamos a desarrollar tan solo algunos de los que se les supone mayor influencia, por su amplia representación y capacidad de influencia tanto económica como política y social (Martín, 2007; George, 2007):

- Uno de ellos es el llamado los *Peregrinos de la Libertad*, creado en 1947 impulsado por Friedrich Von Hayek y seguido por Milton Friedman y los *Chicago Boys*, impulsores del liberalismo radical, base de la ideología de la globalización neoliberal actual.
- Un grupo del que no existe apenas información es el llamado *Pentaveret*, que se reúne tres veces al año en EEUU y al que se afirma que asiste la reina Isabel de Inglaterra, representantes del Vaticano y los Rotchild.
- El *Bohemian Grove* es un encuentro en el que se congregan, entre otros personajes situados en puestos de influencia política, cincuenta de los directivos de las empresas de la lista de la revista *Fortune*, para realizar contactos e intercambiar opiniones en un ambiente bohemio y de esparcimiento.
- El *Council of Foreign Relations*, que data de 1921, es identificado como el verdadero gobierno de EEUU y en él sus más de tres mil quinientos miembros hacen públicas sus ideas a través de la revista *Foreign Affairs*.
- La *Comisión Trilateral* fue fundada en 1973 por David Rockefeller. Se autodefine como un grupo no gubernamental de debate político que pretende promover el entendimiento y la cooperación entre Norteamérica, Europa y Japón. En sus encuentros participan propietarios y ejecutivos de los grupos empresariales más influyentes, altos cargos políticos y de la Administración, periodistas e intelectuales y dirigentes de los grandes sindicatos. «De su capacidad de incidencia se ha dicho de todo: desde que es el «gobierno del mundo en la sombra», pasando por representar una especie de «coordinadora de multinacionales» hasta que solo es un *think tank*» (Verger, 2003: 73). Es por ello que «desde

su nacimiento, a la Trilateral se le llamó el auténtico «gobierno en la sombra» y algunos la consideran el «brazo político» de Bilderberg» (Martín, 2007: 123). La mayoría de sus 350 asociados se reúne una vez al año, de forma rotatoria, en Europa, EEUU y Japón. Los miembros de la Trilateral se distribuyen entre 150 europeos, 110 norteamericanos (15 canadienses, 10 mexicanos y 85 estadounidenses) y 118 de Australasia (75 de Japón, 11 de Corea, 7 de Australia y Nueva Zelanda y 15 de Malasia, Filipinas, Singapur y Tailandia, este nuevo grupo asiático cuenta con miembros de China, Hong Kong y Taiwán).

— El *Club Bilderberg* es definido por la Enciclopedia Británica como una

conferencia anual de tres días a la que asiste un centenar de los más influyentes banqueros, economistas, políticos y funcionarios de estado de Europa y Norteamérica. Dicha conferencia, que se celebra cada año en un país occidental distinto, se mantiene en un ambiente de estricto secreto. La conferencia proporciona un clima de privacidad e informalidad en el que aquellos que influyen en las políticas nacionales y en los negocios internacionales pueden conocerse y discutir sobre sus preocupaciones sin compromiso (Enciclopedia Británica, 2010).

El Club Bilderberg reúne anualmente a un selecto grupo de personalidades, entre las que se encuentran Henry Kissinger o el Sr. Rockefeller (Oliveres, 2005). En él toman decisiones los banqueros, los políticos jubilados y los medios de comunicación; y todo lo que se acaba acordando en el Club Bilderberg tiene consecuencias importantes. Por ejemplo, Barack Obama, Bill Clinton o Tony Blair fueron invitados al Club poco antes de ser elegidos presidentes de sus respectivos países (Oliveres, 2010). Los *bilderbergs* pretenden llevar a cabo su globalización particular, para crear un mundo donde exista un solo gobierno, una única moneda y una sola religión (Martín, 2007). Joseph Retinger fue el ideólogo y promotor del Club Bilderberg, junto con el Príncipe Bernardo de Holanda, Rockefeller y el ex-director de la CIA (siglas en inglés de Agencia Central de Inteligencia), el general Walter Bedell Smith. «La CIA se implicó profundamente en la organización de Bilderberg y desde entonces ha custodiado eficazmente tanto el secreto de su existencia como sus objetivos internos y la seguridad de sus integrantes» (Martín, 2007: 40). Oficialmente fue fundado en 1954. Es un «club cerrado, no elegido por el pueblo, ni mucho menos representativo de éste», sus miembros son

«empresarios multimillonarios, influyentes hombres de negocios, de la política, de la banca, del mundo editorial y militar» (22). Su naturaleza es supranacional y tiene como fin principal unir a los miembros de la OTAN para proyectar la política internacional de los aliados tras la finalización de la Segunda Guerra Mundial (44). «Sus objetivos se resumen en uno solo: el cercenamiento progresivo de las soberanías nacionales y su transferencia a instituciones de carácter oligárquico y transnacional». En palabras de Rockefeller, «su fin es alcanzar «una soberanía supranacional de la élite intelectual y los bancos mundiales que seguramente es preferible a la autodeterminación nacional practicada en siglos pasados»» (46). El Club Bilderberg elabora la agenda geopolítica mundial y sus conclusiones son transmitidas a otros organismos donde tiene miembros, como el G-8, la OMC, el FMI, el Banco Mundial o la OTAN (80). Pero sus deliberaciones y decisiones son totalmente secretas, «directivos del propio Club Bilderberg han afirmado que esa discreción es necesaria para que quienes participan en los debates puedan hablar con libertad sin ver reflejadas sus declaraciones en los periódicos» (Estulin, 2009: 14).

- El FEM fue fundado en 1971 en Suiza y está integrado por las 1.000 empresas más grandes del mundo. En sus reuniones participan unas 3.000 personas y la cuota de inscripción es de unos 171.000 euros. En este Foro «se define el destino de la economía mundial y se concertan negocios de gran importancia» (Verger, 2003: 72). Un buen ejemplo de ello es que en su marco se han impulsado el TLC y la Ronda Uruguay del GATT. El FEM «reúne anualmente a más de 2.000 autoproclamados líderes mundiales, de ellos más de 1.000 presidentes de corporaciones transnacionales e instituciones financieras internacionales», consiguiendo que muchos de los dirigentes políticos de todo el mundo acudan «para vender a los representantes del capital mundial las reformas que están acometiendo en sus respectivos países, con el fin de hacer más atractivas las inversiones (y la actividad especulativa) de los allí presentes» (Fernández Durán, 2001: 198). Es decir, las grandes multinacionales y transnacionales se reúnen en Davos para «decidir estrategias comunes y presionar a los gobiernos o a los políticos» (Oliveres, 2005: 34).

Además, existe un buen número de *think tanks* que promueven y expanden la ideología neoliberal a través de una poderosa red de académicos, investigadores, tertulianos y opinadores de todo tipo que participan en programas televisivos, radiofónicos, escriben en blogs en In-

ternet, publican en la prensa y legitiman sus hallazgos en sus propias revistas de investigación, entre los que podemos destacar los siguientes (Martín, 2007; George, 2007; Klein, 2007):

- La *Escuela de Chicago*: Compuesta por ««conservadores», «economistas clásicos», «defensores del libre mercado» (...) «reaganomics» o del «laissez faire»». Este movimiento, a mediados de los 90 «empezó a autodenominarse «neoconservador», un enfoque que ha enrolado toda la potencia del ejército y de la maquinaria militar al servicio de los propósitos del conglomerado empresarial» (Klein, 2007: 38). De esta escuela surgen, como hemos mencionado anteriormente, los conocidos como *Chicago boys*.
- La *Fundación Heritage*, fundada en 1973, manejaba en 2004 un presupuesto de 40 millones de dólares y 205 empleados. Es quien preparó las propuestas legislativas de Reagan en su primer mandato, luego convertidas en ley. Consigue una media de 6,5 entrevistas cada día laborable.
- El *Instituto de Empresa Estadounidense* (AEI en sus siglas en inglés) es el centro de estudios más antiguo, ya que data de 1943, «y hay quien afirma que es el más poderoso de EEUU (...) es de donde procede la gente de la administración cuando el Partido Republicano está en el poder y es a donde va cuando no lo está» (George, 2007: 59). Uno de sus miembros destacados, Charles Murray ha recibido subvenciones por cerca de 3 millones de dólares de las Cuatro Hermanas —que definimos en la página siguiente— siendo dos de sus obras más conocidas *Losing Ground: American Social Policy 1950-1980*, que intentaba demostrar que la concesión de prestaciones sociales causa pobreza y *The Bell Curve: Intelligence and Class Structure in American Life*, que defiende que los negros tienen una capacidad intelectual inferior hereditaria a los blancos.
- La *Sociedad Federalista*, creada en 1982, tiene al menos 25.000 miembros profesionales del Derecho y 5.000 estudiantes de Derecho en 150 de las 182 escuelas de Derecho de EEUU. El Instituto de Empresa Estadounidense y la Sociedad Federalista dirigen un programa que tiene el objetivo de cuestionar a las ONG, llamado *ONG Watch*.
- La *Sociedad Mont Pelerin*, fundada por Friedman y Hayek en 1947, se trata de «una comunidad hermética de economistas neoliberales puros creyentes de la que Margaret Thatcher sigue siendo actualmente miembro» (George, 2007: 43). Cuenta con

más de 500 miembros de 40 países diferentes. Entre sus miembros se encuentran tres premios Nobel: George Stigler, James Buchanan y Gary Becker.

Según George (2007), estas instituciones de divulgación de pensamiento neoliberal y *neocón* son financiadas por las fundaciones neoconservadoras más importantes, sin las que no podrían alcanzar tales niveles de influencia y difusión. La autora descubre las fundaciones a las que nos referimos, que son la Fundación Bradley, con más de 700 millones de dólares en activos; la Fundación Olin, basada en el dinero de las industrias química y de armamento, que cerró sus puertas en 2005 tras conceder durante medio siglo subvenciones por valor de 370 millones de dólares; y las fundaciones Smith-Richardson y Scaife-Mellon (estas cuatro son conocidas como las Cuatro Hermanas por aunar fuerzas para financiar a los mismos receptores). También es de gran tamaño otra fundación llamada Charles Koch. Otras con los mismos objetivos de promoción de la ideología neoliberal, pero de menor tamaño son Eli Lilly, JM Foundation, Earhart, Castle Rock y David Koch. Han sido receptores de fondos de las Cuatro Hermanas Samuel Huntington y Francis Fukuyama, dos de los pensadores más influyentes de la ideología neoliberal y neocón. De hecho, la Fundación Bradley financia con grandes sumas a la Escuela para Estudios Internacionales Avanzados (SAIS según sus siglas en inglés) de la Universidad Johns Hopkins de Washington, donde Fukuyama imparte clases y por donde pasó Paul Wolfowitz antes de ser presidente del Banco Mundial. Otros eventos financiados por estas fundaciones neocón son el Instituto Hoover de Stanford y los Institutos Manhattan, Cato y Hudson.

Este listado, aunque no exhaustivo, es suficientemente amplio para mostrar la infinidad de grupos que se han creado para conseguir mayor influencia de sus miembros en los centros de poder de la sociedad actual. Si bien ésta es una práctica que se lleva a cabo por diferentes sectores de la sociedad, lo realmente preocupante es el carácter secreto de los objetivos y decisiones de la mayoría de ellos y la excelente situación económica o política de sus miembros, que hace que sean capaces de moldear el sistema a su antojo y según sus intereses particulares. Desde un punto de vista democrático, sería deseable que aquellos clubs en los que se reúnan representantes políticos, las agendas y decisiones fueran totalmente transparentes, ya que cumplen una función pública de servicio a la sociedad y a ella deben rendir cuentas de sus actos siempre que no pertenezcan exclusivamente al ámbito privado.

3. Movimientos sociales contra la globalización capitalista neoliberal

3.1. Viejos y nuevos movimientos

3.1.1. *Viejos movimientos*

Las luchas de emancipación de los oprimidos se han dado durante toda la historia: Espartaco, Tupac Amaru o los rebeldes descendientes de Zumbi en Brasil. Del mismo modo, también conocimos un buen número de convulsiones revolucionarias en el siglo XVIII, las revoluciones de finales del siglo en Francia, América del Norte y Haití; en 1848 la explosión revolucionaria en varios países europeos; en 1851, en China, la rebelión de los Taiping contra la dinastía Qing; en 1857 la rebelión en la India contra la ocupación británica; desde mediados del siglo XIX hasta mediados del XX se crearon cuatro Internacionales; en 1905 y 1917 acontecieron las revoluciones soviéticas; en 1910 y 1917 se dieron en México; entre 1918 y 1923 en Alemania; en 1918-1919 en Italia; en 1934-1936 en España; en 1949 en China; en 1959 en Cuba; en 1954-1962 en Argelia; y en 1979 en Nicaragua (Toussaint, 2008).

Continuando con la explicación de las luchas revolucionarias anti-sistémicas de Toussaint, cabe incidir brevemente en las diversas *Internacionales* de los trabajadores ocurridas hasta la fecha. Según el autor, la Primera Internacional (1864) fue fundada por iniciativa principalmente de Karl Marx y Friedrich Engels. En ella había colectivistas antiautoritarios (Bakunin), colectivistas (Marx) o mutualistas (Proudhon) y se fracturó después de la derrota de la Comuna de París en 1871. Recuerda el autor que, en su texto fundacional, redactado por Marx, se afirmaba

que la emancipación de los trabajadores tiene que ser obra de los propios trabajadores. La II Internacional (1889), efectuada a iniciativa principalmente de Engels, fue más moderada y aún existe con el nombre de Internacional Socialista. En ella están los partidos socialdemócratas alemán, español o francés. La III Internacional (1919-1943), fundada por Lenin, fue finalmente disuelta por Stalin y se convirtió en su instrumento de política exterior. La IV Internacional (1938) fue fundada en Francia por Leon Trosky ante la degeneración burocrática de la Unión Soviética y su incapacidad de luchar contra el fascismo y el nazismo. Toussaint es de la opinión de que muchas corrientes políticas presentes en el movimiento contra la globalización se identifican con la IV Internacional.

El capitalismo mundial ha provocado continuamente resistencias espontáneas de los trabajadores. Podemos afirmar que «la lucha internacional contra la explotación, la discriminación, la opresión, la alienación nació prácticamente con el capitalismo» (Sader, 2005: 29). Por tanto, podemos decir que los movimientos sociales surgen del conflicto (Touraine, 1981) que ha creado el capitalismo en las sociedades donde se ha desarrollado. En la fase actual de crisis sistémica en la que nos encontramos se da, como iremos viendo a lo largo de este capítulo, una fase de movilización y de protesta que esperanza a quienes se han enfrentado tradicionalmente al capitalismo y últimamente al neoliberalismo, porque no son pocos los que consideran que estamos en un momento clave de la historia, en el que parece posible que se produzcan cambios tan profundos que alcancen al modelo económico, social, político y cultural capitalista. Porque, como dice Tarrow, «los momentos de locura —en los que todo es posible— se repiten de modo persistente en la historia de los movimientos sociales» (Tarrow, 2002: 99) y «en esos momentos, lo imposible se hace real, al menos en la mente de los participantes» (100). En este trabajo nos decantamos porque los protagonistas de este cambio son los movimientos sociales. En concreto nos referimos a aquellos que se encuentran en el marco del FSM. Analicemos, sin más dilación, algunas de las características más relevantes de los movimientos sociales, cuáles han sido sus logros y fracasos y en qué situación se enfrentan a semejante reto.

Los movimientos sociales «no son entidades discretas, semejantes a organizaciones» (McAdam, 2003: 244), sino que han sido definidos como redes de grupos, colectivos e individuos que forman una identidad colectiva (Melucci, 1985). Son «redes de interacciones informales entre una pluralidad de individuos, grupos y/o organizaciones, ligados a conflictos políticos o culturales y compartiendo algún tipo de identidad colectiva» (Diani, 1992). Es decir, un movimiento social es «una co-

lectividad de *personas* unidas por una creencia común (ideología) y por la determinación de desafiar el orden existente en pos de los objetivos implícitos en esa creencia fuera de los cauces institucionalizados de intermediación de intereses» (Offe, 1992: 374). Además, los movimientos sociales son un tipo de acción colectiva «que se caracteriza por seguir una lógica política reivindicativa que no pretende tomar el poder, carecer de estructuras de comandamiento formalizadas y por desarrollarse en estrategias de alianzas» (Godàs i Perez, 2007: 177). Son grupos de la sociedad puestos en movimiento «para introducir elementos críticos, de supervivencia y emancipación que afrontan de manera alternativa las exclusiones, marginaciones y muertes que están produciendo los sistemas institucionales de organización» (Martínez Guzmán, 2001: 308). No debemos dejar de mencionar que «los movimientos sociales constituyen una forma ordinaria de la participación política» (Neveu, 2002: 62). Son espacios, afirma este autor, donde se fraguan identidades colectivas. Uno de los elementos de mayor discusión entre los movimientos se refiere a su institucionalización, ya que en el momento en que lo hacen —institucionalizarse— se les puede dejar de considerar como movimientos (Ibarra, 2000). De hecho, este es uno de los debates entre los viejos y los nuevos movimientos que vamos a ir desarrollando en este epígrafe. En fin, son «un conjunto de actores políticos no institucionalizados que siguen una lógica reivindicativa promoviendo u oponiéndose al cambio de estructuras sociales» que unen organizaciones y personas «en procesos de movilización perdurables sin poder pretender, en tanto que movimientos, tomar el control de los centros políticamente decisivos» (Godàs i Perez, 2007: 20).

La intervención de los movimientos sociales supone una reconceptualización de qué es *público* y qué es *privado* (...) buscan la ampliación de lo que se ha considerado la *esfera pública*, para poder debatir en público sobre temas que inicialmente estaban restringidos a las instituciones de gobierno que reservaban para sí el uso de lo *político* (Martínez Guzmán, 2001: 309).

Javaloy y otros (2001) diferencian entre movimientos sociales reformadores y revolucionarios, además de entre alternativos y salvadores. Los *reformadores* son «los que proponen una serie de reformas específicas en el orden social vigente», como el pacifista, ecologista, de derechos humanos o el feminista, que «son las más típicas muestras de los llamados *nuevos movimientos sociales*» (45). Los movimientos *revolucionarios* buscan por su parte un cambio radical en el orden social, para sustituirlo por otro diferente. Además tiene en consideración dos tipos de movimientos orientados al cambio individual, como es el caso

que menciona de los llamados movimientos *alternativos* (naturistas por ejemplo) con el objetivo de conseguir nuevos estilos de vida y de los movimientos *salvadores* que pretenden un cambio profundo y total del individuo (como los Hare Krisna).

En relación al momento en que se encuentran los movimientos sociales, tenemos que considerar que «hay que reinsertar la historia de cada movimiento social en un contexto cultural e intelectual» (Neveu, 2002: 31), ya que los movimientos sociales no se comportan de manera igual y constante en el tiempo. Sidney Tarrow (1998) propone una explicación basada en lo que llama los ciclos de protesta, es decir, fases en que aumenta la conflictividad social con las siguientes características: 1) rápida difusión de la acción colectiva, 2) innovación del repertorio de acción colectiva, 3) creación de movimientos sociales nuevos y 4) interacción entre quienes quieren el cambio y las autoridades, que pueden culminar en revueltas, represión o revolución. Como hemos mencionado anteriormente, desde la formación del capitalismo la protesta ha sido una constante (Herreros, 2004). El ciclo de protesta comienza con la movilización exitosa de un grupo particular y luego se dispersa a otros, por tanto hay que tener en cuenta los vínculos estructurales y los procesos de difusión que estimulan la movilización de estos grupos (McAdam, 2003).

Los rasgos de las olas de protesta son los siguientes (Tarrow, 2002):

- 1) Exaltación del conflicto.
- 2) Extensión territorial y geográfica.
- 3) Aparición de nuevas organizaciones, de movimientos sociales y potenciación de las antiguas.
- 4) Creación de nuevos marcos paradigmáticos de sentido.
- 5) Invención de nuevas formas de acción colectiva.

Los líderes y las organizaciones de los movimientos son más importantes en la lucha, no durante el pico de un ciclo de protesta, sino más bien en los momentos que Rupp y Taylor llaman de *calma chicha*. Durante los *años de vacas flacas*, los activistas profesionales, las organizaciones formales y las redes informales que ellos mantienen prestan una función de importancia fundamental como *conservadores de la llama*; esto es, sirven para mantener y alimentar una tradición de activismo, al ponerlo a disposición de una nueva generación de activistas en el ciclo de protesta siguiente (McAdam 2003: 259 y 260).

Los ciclos de protesta tienen una fase ascendente, donde el conflicto se expande, aumenta el repertorio de formas de acción y se produce una alta densidad organizativa, donde se entremezclan viejos y nuevos movimientos. La cima del ciclo ocurre cuando se toman las ca-

lles, como en Mayo del 68. La fase descendente llega por agotamiento por no conseguir los objetivos y por la polarización de los movimientos por elegir nuevas vías opuestas para hacerlo, como la vía institucional o la violenta. Aplicando el análisis de Tarrow, ha habido dos ciclos de protesta completos: el del movimiento obrero, de 1848 hasta el período de entreguerras; y el que envolvió a Mayo del 68, donde se dieron cita movimientos estudiantiles, ecologistas, pacifistas y feministas, con expresiones en Francia, Italia, Alemania, México, Japón, China o Checoslovaquia. En la misma línea, otros autores afirman que han aparecido ciclos de movilizaciones en periodos históricos concretos, con comienzo (en los países anglosajones) en 1830-1850, una segunda oleada en el cambio de siglo y una tercera fase, de mayor alcance, en los años 60 y 70 (Inglehart, 1992). Cabe decir que Podobnik y Reifer (2004) añaden que los movimientos tradicionales experimentaron grandes dosis de transnacionalización antes de la Primera Guerra Mundial y que al movimiento obrero se le sumó el conservacionista y el de derechos humanos. Según Hardt y Negri (2001) el primer ciclo tiene dos subciclos: uno de 1848 a 1890, que comprende desde la Primera Internacional hasta la formación de los partidos políticos y los sindicatos socialistas; y un segundo ciclo que iría desde la revolución soviética de 1917 hasta después del final de la Segunda Guerra Mundial, siendo los movimientos protagonistas el obrero, el sufraguista y el nacionalista.

A todo ello habría que añadir que

los ejemplos de transformación de protestas (...) no se pueden reducir a la actividad de una organización que controla el conjunto (...) se caracterizan por ser una protesta poco institucionalizada, con un fuerte componente emocional y que suele desafiar al mapa de implantación geográfica de las asociaciones que en principio serían las más capaces de ocuparse de ello (Blom, 2003: 326).

De este modo, resulta razonable tener en cuenta, para comprender el ciclo de movilización en que nos encontramos actualmente, la teoría de la movilización de recursos. Según esta teoría las organizaciones existentes fomentan la protesta en lugar de frenarla (McAdam y otros, 1999). El marco conceptual de la teoría de la movilización de recursos desplaza la atención de las causas de la insatisfacción de los ciudadanos hacia las organizaciones del movimiento social. Las organizaciones tienen que elegir entre las actividades que quieren hacer y en cómo mantenerse a sí mismas. Las organizaciones de los movimientos sociales a veces no existirían de no ser por la iniciativa de una de ellas, de un reducido grupo o incluso de una sola persona. Aun así, el punto de vista

de los recursos no tiene en cuenta factores ideológicos que, según muchos autores consideran, hacen de los NMS elementos realmente novedosos y diferenciados de las organizaciones de los movimientos sociales, menos pendientes de mantenerse y más desafiantes en cuanto a las tácticas políticas que contrastan con las fórmulas corporativistas de defensa de intereses de grupos. De este modo, los NMS, que analizaremos en detalle más adelante en este capítulo, consiguen estructuras organizativas que son coherentes con el nuevo modelo de sociedad que promueven (Dalton y otros, 1992).

Por otro lado, existe un elemento que está alterando el escenario en que los movimientos sociales actúan. Se trata de la pérdida de poder de los Estados-nación a la hora de influir en la economía mundial e incluso mantener su soberanía (Arrighi y otros, 1999), porque existen espacios de poder distintos del Estado: los recursos económicos, las instituciones culturales, la prensa, la escuela, la asistencia pública, los sindicatos, las asociaciones, o las colectividades locales, entre otros. El poder muestra un aspecto difuso, con lo que la conquista del poder estatal no es suficiente para cambiar el sistema. De este modo, los autores proponen que la estrategia debe basarse en una visión global, con una política a escala mundial que sea puesta en práctica por los movimientos antisistémicos. Un movimiento es antisistémico porque plantea que para conseguir la libertad y la igualdad no es suficiente con hacerlo en el sistema existente, sino que es necesario transformarlo.

El sistema capitalista ha dado lugar a una serie de movimientos antisistémicos (Arrighi y otros, 1999). En opinión de estos autores, durante el siglo XIX surgieron dos tipos principales de movimientos antisistémicos, los llamados sociales y los nacionales. Afirman que «contemplado desde un punto de observación estratégico de 1848, el éxito de los movimientos antisistémicos ha sido realmente impresionante» (32), ya que los movimientos que vinieron detrás han aprovechado el éxito de los anteriores, de su ejemplo, lecciones, tácticas... Pero, por otro lado, «la llegada al poder estatal de todos estos movimientos ha acabado con una amplia sensación de revolución inacabada» (33). Concluyen que los movimientos de la vieja izquierda han sido organizaciones con líderes, cuadros y miembros que al acceder al poder del Estado dotaron a esas relaciones de autoridad de contenido moral y popular, legitimando la autoridad de quienes están en el ejercicio del poder y promoviendo la práctica de la obediencia en el resto.

Entonces, en los viejos movimientos antisistémicos existe una estrategia de dos pasos: el primero es ganar el poder estatal y el segundo, transformar el sistema. Pero el poder estatal era más limitado de lo que habían pensado, y una vez en el poder, los antiguos militantes se con-

virtieron en una casta privilegiada de altos funcionarios (Wallerstein, 2002b). Este primer paso de la estrategia fue conseguido prácticamente en todo el mundo: los comunistas gobernaban en los países del Este, los movimientos de liberación nacional en África y Asia y los socialdemócratas en Occidente, sin embargo, ninguno transformó el mundo (Wallerstein, 2002b).

A pesar de que el internacionalismo proletario fue antinacionalista, supranacional y global, había reconocido a los Estados-nación como agentes clave de la explotación capitalista (Hardt y Negri, 2001). A la hora de participar en las estructuras de poder estatales, quienes abogaban por hacerlo fueron las corrientes marxistas en los movimientos sociales y los nacionalistas políticos en los movimientos nacionales. Por contra, quienes las repudiaron fueron los anarquistas dentro de los movimientos sociales y los nacionalistas culturales en los movimientos nacionales. Aunque finalmente el debate lo ganaron los favorables a la toma del poder (Wallerstein, 2004).

Finalmente, cabe distinguir la dispersión de los movimientos sociales de la fragmentación del neoliberalismo, porque mientras la dispersión conecta, la fragmentación neoliberal jerarquiza y concentra por arriba (Zibechi, 2006). Cabe añadir que hay una dimensión cognitiva que impregna sus procesos de movilización. En ellos, se aportan palabras, clasificaciones o explicaciones que dan cuenta de la problemática de una situación y constituye un ejercicio de trascendencia epistémica —a la que prestaremos especial atención más adelante— no reducible a simple ideología o a retórica activista.

3.1.2. *Nuevos movimientos*

Para comprender el surgimiento de los NMS, es importante tener en cuenta el hecho de que los oprimidos aprendieron de 1848 que para transformar el sistema había que ir más allá de los levantamientos espontáneos, y perseguir el objetivo intermedio de conseguir el poder, para desde este lugar transformar la sociedad (Arrighi y otros, 1999). Para estos autores, la experiencia de 1917 en Rusia, o las revoluciones mexicana y china probaron que tal estrategia era posible. Sin embargo, los pobres resultados de estos movimientos, una vez en el poder, para acabar con las fuerzas tradicionales que dominaban todavía un sistema mundial cada vez más injusto con los más desfavorecidos, llevó a la emergencia de los NMS.

Para estos autores, «tan solo ha habido dos revoluciones *mundiales*. La primera se produjo en 1848. La segunda en 1968. Ambas consti-

tuyeron un fracaso histórico. Ambas transformaron el mundo» (Arrighi y otros, 1999: 83). Porque en su opinión, 1848 fue una revolución a favor de la soberanía popular, contra la contrarrevolución de 1815, y trató también de recuperar las esperanzas originales de la Revolución Francesa de 1789. Mientras, 1968 fue una revolución contra la contrarrevolución que suponía la hegemonía norteamericana a partir de 1945, que también trató de superar las limitaciones de la Revolución Rusa de 1917. Podemos avanzar que aunque las revoluciones de 1968 fueron derrotadas, el simbolismo de la desilusión que expresaron caló en la sociedad hasta nuestros días (Wallerstein, 2004).

Los NMS son «movimientos sociales propios de las sociedades industriales avanzadas, que se desarrollaron en casi todos los países occidentales a partir de —aproximadamente— mediados de los años 60» (Riechmann y Fernández Buey, 1995: 56). Su origen debe buscarse en el ciclo de protestas de los sesenta que culmina en 1968 y se prolonga, según el país de que se trate, hasta mediados los años setenta. Los tres principales movimientos sociales considerados nuevos en este periodo (feminismo, ecologismo y pacifismo) nacieron «en el marco y al rebufo de un movimiento social más amplio, el movimiento estudiantil o universitario que, entre 1965 y 1970, se extendió desde California a Frankfurt y Berlín, desde París a Praga y desde Barcelona y Madrid a Italia y México» (Fernández Buey, 2005: 91). Los tres han nacido en EEUU y tienen su origen en las capas medias ilustradas de las sociedades industrializadas. Todos ellos han nacido y se han desarrollado criticando a la vez la democracia y el socialismo realmente existente. En su origen «fueron básicamente movimientos antiautoritarios, antiburocráticos, antimilitaristas, antiimperialistas, antiproductivistas y antipatriarcales, (...) anticapitalistas (...) y antisocialistas» (92). Sin embargo, afirma Fernández Buey, los tres son «solo relativamente nuevos» (93), porque se llamaron *nuevos* en comparación con el *viejo* movimiento obrero y sindical. «La *novedad* de estos dos movimientos en los años que van de 1969 a 1980 tiene que referirse sobre todo a su dimensión, o sea, a la realidad social que representaban, y a su orientación (antisistema)» (94). En opinión del autor, Mayo del 68 no es el origen de estos tres movimientos, sino que los orígenes del feminismo, ecologismo y del nuevo pacifismo hay que buscarlos «en las universidades norteamericanas, en las manifestaciones británicas contra la guerra (...), en los discursos de Luther King y entre los estudiantes de la universidad libre de Berlín» (96). A ellos se suma el movimiento ciudadano o vecinal, surgido también en estos años. Añade que en los años 60 surgieron grupos defensores de intereses generales, de acción cívica, de acción comunitaria, de vecinos, de autoayuda, de los derechos civiles, de opo-

sición a la guerra (de Vietnam), estudiantil... Mientras, en los años 70 y principios de los 80, los movimientos sociales desarrollados fueron el de mujeres, los regionalistas, los de defensa del medio ambiente, contra la energía nuclear, por la paz, libertarios y alternativos. Por su parte, Jorge Riechmann se refiere, al hablar de NMS, «al *movimiento antiautoritario estudiantil* (...), el *nuevo movimiento feminista*, el *movimiento alternativo urbano*, el *movimiento antinuclear* (...), el *movimiento ecologista*, el *nuevo movimiento pacifista*» (Riechmann y Fernández Buey, 1995: 56), aunque coloca al antinuclear en parte en el alternativo urbano y en parte en el ecologista. Para Riechmann, los movimientos que tendrán «un efecto seminal sobre los NMS europeos» (57) serán el movimiento por los derechos civiles y el movimiento contra la guerra de Vietnam, ambos estadounidenses.

Es decir, los NMS surgieron en los años 60 y 70 en EEUU y Europa Occidental, extendiéndose a otros países (Javaloy y otros, 2001). Tuvieron como precedente los movimientos por los derechos civiles de mediados de los 50. Surgen contra «el consenso de posguerra que parecía señalar el «fin de las ideologías», basado en el crecimiento económico y la modernización industrial» (Brand, 1992: 45). Fernández Buey (2005) destaca, entre los NMS, al movimiento estudiantil que surgió a mitad de los 60 y que alimentó a los demás, el feminista, el ecologista y el movimiento por la paz, los tres de finales de los 60. Cabe decir que los sindicatos tradicionales no son considerados parte de los NMS, sino que actúan principalmente como intermediarios entre el *establishment* y éstos, incluso existe una generalizada percepción de que los grandes sindicatos se han burocratizado y adaptado al sistema capitalista de tal manera que incluso suponen un freno a las luchas y la radicalización (Toussaint, 2008).

Desde otro punto de vista complementario, podemos afirmar que los años 60 trajeron consigo un cambio importante en la dinámica de los movimientos antisistémicos, resultado de distintos factores (Fernández Durán, 2001). Los factores a los que se refiere Fernández Durán son: los límites de las transformaciones socialdemócratas, la aceptación de la lógica capitalista, los cambios en las estructuras sociales, la integración de la clase obrera en el consumo, la burocratización y represión de los sistemas de capitalismo de Estado en China y Europa del Este y las limitaciones, degradación y burocratización de los movimientos de liberación nacional en los países periféricos del capitalismo. Las insurrecciones populares de 1968 no solo buscaban luchar contra el sistema existente sino también contra los antiguos movimientos que habían llegado al poder. El hecho nuevo era que se orientaron contra la hegemonía socialdemócrata.

El hecho de que los acontecimientos de 1968 se dieran en contextos nacionales diferentes pero en todo el mundo (de Berkeley a Berlín, de Bangkok a Buenos Aires, de El Cairo a Ciudad del Cabo, de París a Tokyo) hizo que muchos de sus protagonistas creyeran que sus acciones estaban enlazadas en una revuelta global contra el capitalismo, imperalismo y colonialismo (Fink y otros, 1998). Pero, aunque globales e interconectados, los movimientos de 1968 fueron muy dispares en cuanto a su impacto y naturaleza, y cada protesta debe ser enmarcada en su contexto nacional.

En efecto, «Mayo del 68 fue algo más que una crisis de modernidad de determinados Estados» (Tortosa, 2001: 73). Se afirma (Aguilar y otros, 2005) que «1968 representa la eclosión de la *nueva izquierda* y los nuevos movimientos sociales» (11), añadiendo que este simbólico año «representa en esencia el descontento y rechazo de la nueva sensibilidad del radicalismo político, más decididamente democrática y centrada en la autonomía del sujeto, hacia esas formas institucionalizadas de la izquierda clásica», en el que «solo la componente anarquista del ciclo clásico de la rebelión contemporánea (...) sobrevive entre las generaciones de la *nueva* o *novísima* izquierda» (12). Esta nueva izquierda proveniente del mayo parisino del 68 «percibe como deshumanizante y autoritaria la sociedad de consumo» (Calle, 2005b: 24). En cierto modo, «se trataría de *movimientos de autodefensa social contra la burocratización y la mercantilización de la existencia*» (Riechmann y Fernández Buey, 1995: 58). Respecto a sus protagonistas podemos avanzar que el espíritu revolucionario del 68 ya no se encontraba en los proletarios, sino en una nueva clase obrera de educados técnicos, obreros cualificados, cargos intermedios, intelectuales y estudiantes (Fink y otros, 1998).

Uno de los aspectos más importantes del 68 fue la diversidad de dinámicas de transformación al margen del sistema, como los movimientos de ocupación, los de creación de comunas rurales y urbanas, las nuevas experiencias de educación popular y alternativa, las prácticas colectivas de agricultura ecológica, así como las radios libres y formas de comunicación alternativas, o el establecimiento de bancos alternativos y formas de trueque (Douthwaite, 1996).

La enorme potencia transformadora que significó el 68, una vez constatada la dificultad de cambio inmediato del sistema vigente, se orientó hacia la creación de experiencias alternativas fuera de la lógica dominante, «que la izquierda tradicional, en general, menospreció» (Fernández Durán, 2001: 77). Los NMS de 1968 se enfrentaron a las fuerzas dominantes del capitalismo mundial, como lo hicieron los viejos movimientos, pero su especificidad fue su ataque a los logros de social-

demócratas en Occidente, comunistas en el Este y los movimientos de liberación nacional en el Sur (Arrighi y otros, 1999).

Por tanto, los NMS son nuevos por tres elementos principales (Offe, 1992):

- 1) Porque no han sido creados por partidos establecidos ni dependen de sus recursos.
- 2) Porque sus miembros no abandonan siendo absorbidos por formaciones políticas, artísticas o religiosas.
- 3) Porque se diferencian claramente de movimientos reaccionarios.

Aun así, en palabras de Klandermans (1992: 191) «los nuevos movimientos sociales utilizan los recursos y las oportunidades proporcionados por viejos movimientos», y sigue dándole énfasis a esta idea, aportando una influencia positiva de éstos en los viejos movimientos, ya que éstos «se revitalizan a raíz del auge de las luchas utilizando recursos, innovaciones y oportunidades generados por los nuevos movimientos sociales» (191). Los NMS pretenden superar la separación entre las esferas privada y pública, «dado que les resulta inconcebible que ningún cambio social fundamental pueda producirse sin que las personas orienten su vida cotidiana tomando como referente normativo al modelo de sociedad alternativa por el que luchan» (Godàs i Perez, 2007: 156).

Tal y como argumentan Dalton y otros (1992), los NMS tienen un estilo de acción política no convencional, basada en la acción directa. Las estructuras organizativas de estos movimientos se basan en tomar decisiones participativas, con estructuras descentralizadas y que se oponen a los procedimientos burocráticos. Es por esto por lo que afirman que los NMS «desafían los fines básicos, las estructuras y el estilo organizativo de las democracias industriales occidentales» (22) y que «todos son movimientos predominantemente de clases medias, cuyos miembros se benefician del orden social y político existente» (25), ya que las protestas por ellos impulsadas producen raramente ventajas personales inmediatas para quienes participan en ellos, mientras que los costes son fácilmente reconocibles.

Las características de los NMS son para estos autores (Dalton y otros, 1992) las siguientes:

- En cuanto a ideología, cuestionan la riqueza y el bienestar material de las democracias industriales, prestando mayor atención a aspectos culturales y de calidad de vida. Su ideología «contiene también elementos claramente libertarios» (30). Además, abogan por la democracia directa y formas cooperativas de organización social. Porque sus valores de participación contrastan con las

- tendencias burocráticas, jerárquicas y corporativistas de la mayor parte de los grupos de interés; y «su orientación ideológica influye en el tipo de partidarios que movilizan, en su estructura organizativa y en la elección de su forma de hacer política» (31).
- Por lo que se refiere a la base de apoyo, los movimientos sociales viejos son los movimientos de clase (los de los trabajadores industriales y campesinos) y los de los derechos civiles (contra el racismo). Los NMS «no extraen sus efectivos de las capas desfavorecidas desde un punto de vista socioeconómico ni de minorías oprimidas» (31) sino que «suponen un paso de unas divisiones políticas basadas en grupos a otras basadas en valores y temáticas» (32). Por esta razón, por la falta de una base social fija, sus miembros se movilizan según el contexto y las circunstancias personales.
 - Por lo que respecta a las motivaciones para participar, los NMS violan la lógica de la acción colectiva tradicional porque sus motivaciones son ideológicas y de lucha por los bienes colectivos y de atracción por los aspectos expresivos y sociales.
 - Su estructura organizativa también es nueva. El esquema organizativo de los movimientos sociales viejos se identifica con estructuras centralizadas y jerárquicas —como los sindicatos obreros—. Por contra, los NMS prefieren una estructura descentralizada, abierta y democrática. Las redes sobre las que se organizan son creadas por personas individuales y no están controladas ni dirigidas por organizaciones, y «el estilo de movilizaciones dirigidas por una élite característica de los viejos movimientos sociales queda, pues, sustituido por la estructura fluida y el estilo persuasivo de los nuevos» (34).
 - Respecto a su estilo político, podemos decir que la protesta es su forma política, dependiente de su impacto en los medios de comunicación. La naturaleza no partidaria de los NMS se justifica por su diferencia en estilo con el de los partidos políticos, porque la mayoría de partidos políticos son organizaciones jerárquicas controladas por élites. Los NMS también perciben que cooperar con los gobiernos les puede llevar a ser cooptados y, de este modo, perder su radicalismo «en provecho de los intereses clasistas-corporativistas dominantes (...) Los nuevos movimientos sociales están impregnados de un fuerte sentimiento antisistema» (36). Luchan por la identidad, no por el poder, razón por la que «el vínculo ideológico y el estilo político de estos movimientos representan un fenómeno político nuevo para las democracias industriales occidentales» (42) (Dalton y otros, 1992).

Por tanto, los NMS tienen como característica la emergencia de ciertos valores de una nueva forma de ser y actuar que se contraponen a los movimientos sociales tradicionales y, en particular, al movimiento obrero (Javaloy y otros, 2001). Estos autores afirman que si los NMS siguen desarrollando sus rasgos y ensanchando su influencia pueden provocar cambios profundos en la estructura corporativista de las democracias occidentales. De hecho, los elementos precedentes son claramente visibles en las organizaciones ecologistas, feministas y pacifistas y, como veremos más adelante, en los movimientos antiglobalización, así como en los movimientos altermundistas.

Siguiendo de nuevo a Arrighi y otros (1999), la dinámica antiburocrática de los movimientos de los años 60 y principios de los 70 se debe a tres tendencias principales: la tremenda amplitud y profundidad del poder de las organizaciones burocráticas como resultado de la anterior ola de movimientos sociales; la declinante capacidad de estas organizaciones para satisfacer las expectativas que habían provocado su creación; y la creciente eficacia de las formas de acción directa. De este modo, la queja primordial de los NMS respecto a los viejos movimientos estribaba en que los movimientos socialdemócratas habían perdido su calidad de oposición, como resultado del éxito conseguido al llegar al poder. La acusación se refiere en concreto a que el movimiento obrero y su canalización a través de la socialdemocracia dejó de ser antisistémico, o no lo suficiente. El estallido de 1968 en París, Praga, Ciudad de México, Tokio, y EEUU no tuvo una dirección central ni una planificación táctica previa, y consiguió «hacer saltar en pedazos muchas relaciones autoritarias y pulverizó sobre todo el consenso de la Guerra Fría» (88), desafiando las hegemonías ideológicas de ambos frentes. Las revoluciones de 1968 y sus consecuencias pueden interpretarse «como síntoma de que el sistema se está aproximando a su asíntota histórica; 1968, con sus éxitos y fracasos, constituyó, por tanto, el preludio, el mejor ensayo, de lo que vendrá» (94). En esta situación, «la nueva izquierda acusó a la vieja de haber cometido cinco faltas: debilidad, corrupción, connivencia, negligencia y arrogancia» (87). Debilidad para reducir el militarismo, la explotación, el imperialismo y el racismo; corrupción de ciertos grupos dominantes revolucionarios en el poder; connivencia en cuanto a la predisposición de ciertos grupos revolucionarios a aprovechar el sistema de explotación mundial; negligencia en su dedicación a cubrir las necesidades e intereses de las poblaciones verdaderamente oprimidas (mujeres, minorías raciales, etc.); y arrogancia de los líderes de los viejos movimientos por despreciar la realidad de las capas de la sociedad excluidas. Las demandas de los colectivos sociales desaventajados por razones de género, generación, etnia, sexua-

lidad o discapacidad física fueron cada vez mayores, con lo que cada uno de estos grupos encontró cada vez más razones para enfrentarse a la vieja izquierda. Los oprimidos de cada uno de estos estratos pidieron y piden igualdad también ideológica, «en el sentido de la eliminación de la conciencia social de las *presunciones* de superioridad/inferioridad en las relaciones de género, generación, etnicidad, raza, sexualidad e incapacidad física» (97).

Desde otro punto de vista, aunque en la misma línea, las limitaciones de la vieja izquierda que rechazan los NMS fueron, para Wallerstein (Agosto, 2003: 74):

- La confianza en los programas reformistas.
- La recomendación de paciencia en un futuro próspero, frente al escaso poder de los Estados en un sistema-mundo capitalista.
- La complicidad con el poder hegemónico del sistema.
- La limitación demográfica en el destino de las políticas propuestas.
- Las nuevas desigualdades generadas.
- La represión interna que desplegó.
- Los muchos errores y la corrupción manifestados cuando tuvieron el poder.

Los nuevos y los viejos movimientos se diferencian según Javaloy y otros (2001) en infinidad de aspectos. Mientras los NMS son críticos con el sistema, los viejos movimientos se enfrentan a él de manera conformista. Ello tiene relación en sus diferencias en cuanto a valores, ya que los viejos movimientos son eminentemente materialistas y priman el interés individual sobre el colectivo, cuando los nuevos buscan la autonomía, la identidad y trabajan por el interés común y los bienes colectivos, situándose en una esfera postmaterialista. La base social es claramente diferente, ya que los viejos movimientos están compuestos por las clases desfavorecidas y los NMS por las clases medias. La forma de organización de los viejos movimientos es formal, centralizada, jerárquica y trabajan por el cambio social a través de partidos y sindicatos tradicionales. Por contra, los NMS se organizan en redes informales, de manera descentralizada, antijerárquica, asamblearia y horizontal. Finalmente, observamos que las formas de acción de los viejos movimientos se basan en la confrontación a través de los canales políticos establecidos y que los NMS abogan por la acción directa de protesta. No obstante, los NMS comparten con los viejos movimientos la participación voluntaria de sus miembros, la relativa estabilidad de su actividad, el conjunto de objetivos, una línea de acción coordinada organizada y la intervención en el ámbito político (Ibarra y otros, 2002b: 23-24).

Por otra parte, Jorge Riechmann (Riechmann y Fernández Buey, 1995: 61-67) nos facilita una explicación pormenorizada de los NMS con ocho características. La primera de ellas es su orientación emancipadora en cuanto a que incorporan una nueva ideología de la izquierda. La segunda se refiere a que los NMS se hallan más cercanos a los movimientos con orientación cultural que a los movimientos con orientación al poder, lo que es patente en su carácter antiestatalista y pro-sociedad civil. Continúa el autor con una tercera característica de los NMS refiriéndose a que son antimodernistas, porque «*no comparten la concepción lineal de la historia, la creencia en el progreso entendido como desarrollo material y moral interminable*» (63) y critican «*la civilización productivista y patriarcal*» (64). Otra característica es la composición social heterogénea de los NMS, en la que predominan los profesionales de servicios sociales y culturales. A continuación, Riechmann incorpora una quinta característica que se refiere a que los NMS tienen objetivos y estrategias muy diferenciados, porque tienen objetivos locales y globales para los que pueden usar indistintamente estrategias también globales o locales. Este elemento será uno de los principales ejes del movimiento altermunicipalista, como veremos más adelante. La sexta característica que aporta el autor es que los NMS tienen una estructura descentralizada y antijerárquica, en forma de red con baja institucionalización y profesionalización y grandes dosis de desconfianza hacia la burocracia y los líderes carismáticos. En séptimo lugar cita la «*politización de la vida cotidiana y del ámbito privado, con el intento de desarrollar formas alternativas de convivencia, producción y consumo*» (66), transformando al mismo tiempo la sociedad y a los sujetos que forman parte de los NMS. En último lugar, afirma que los métodos de acción colectiva de los NMS no son convencionales, como es el caso de la desobediencia civil, la resistencia pasiva o las acciones directas. Los NMS «*son nuevos en su sentido sustancial*» (Riechmann y Fernández Buey, 1995: 69), en relación a los movimientos que les preceden, los denominados viejos movimientos. De todos modos, la novedad más grande de los NMS «*reside en que constituyen tanto una crítica de la regulación social capitalista, como una crítica de la emancipación social socialista tal como fue definida por el marxismo*» (Santos, 2001a: 178).

Los NMS plantean, por tanto, «*fórmulas organizativas descentralizadas y participativas a fin de sostener la movilización política, remarcando así el objetivo de autoorganizar la sociedad civil por encima del propósito de la toma del poder*» (Godàs i Perez, 2007: 156, 157). Pretenden construir una sociedad alternativa coherente con su crítica «*sobre la supuesta racionalidad de la expansión económica y las innovaciones tecnológicas ostentadas por la tecnocracia (...)* porque la do-

minación que se discute controla (...) también la producción de bienes simbólicos, esto es, la cultura misma» (145). Lo que une a los diversos movimientos sociales existentes a partir del 68 es la urgencia para que la izquierda tratara otros temas más allá de la lucha de clases, su oposición a las tendencias centralizadoras, su objeción a orientarse en demasía a que el problema (o la solución) radicaba en medidas en el ámbito del Estado (Wallerstein, 2004).

En conclusión, los NMS se distinguen claramente de los viejos movimientos en lo que se refiere a las estrategias tanto generales como concretas de enfocar su acción. En la siguiente tabla podemos diferenciar con claridad las estrategias de los viejos movimientos, enfocadas al poder, de carácter instrumental, de las estrategias de los NMS, orientadas a la identidad, con una lógica expresiva. Como se deduce de la tabla 2 dedicada a las tipologías de las estrategias de los movimientos sociales de Rucht (1992), los viejos movimientos buscan la participación política a través de mecanismos tradicionales y fuertemente establecidos en nuestras sociedades (negociación, presión y confrontación). Sin embargo, los NMS desafían al poder mediante métodos alternativos que ponen en cuestión su legitimidad y pertinencia. Su búsqueda de alternativas se plasma a través de posicionamientos culturales que abarcan aspectos más allá del meramente político y que, a su modo, suponen un claro enfrentamiento con las élites dominantes, cuestionando no solo los efectos de sus decisiones políticas, sino las propias decisiones e incluso el modo en que éstas han sido tomadas.

Tabla 1

Tipología de las estrategias de los movimientos sociales

Lógica de la acción	Estrategia general	Estrategias concretas
Instrumental	Orientada al poder	Participación política Negociación Presión Confrontación política
Expresiva	Orientada a la identidad	Divergencia reformista Retiro subcultural Desafío contracultural

Fuente: Rucht (1992: 229).

En lo que respecta a quienes participan en los NMS, éstos tienen características muy diferentes a los viejos activistas sociales. Partiendo de

la idea de que atraen como activistas y simpatizantes a quienes presentan valores postmaterialistas, que pertenecen a una clase social media y tienen ingresos más elevados, poseen un alto nivel educativo, preferentemente jóvenes, simpatizan con la izquierda, presentan una baja religiosidad y suelen residir en grandes ciudades (Inglehart, 1992). La base social de los NMS europeos occidentales se compone de tres segmentos de la estructura social (Offe, 1985):

- 1) Clases medias y profesionales de servicios sociales, culturales y/o del sector público.
- 2) Clases medias que sufren consecuencias de la modernización, como es el caso de los campesinos.
- 3) Grupos de población al margen del mercado de trabajo, por ejemplo, parados o estudiantes.

En confrontación a los valores materialistas, que dan máxima prioridad a la seguridad económica y física, los participantes en los NMS se caracterizan, como hemos avanzado, por apostar por los valores postmaterialistas. Es decir, aquellos que dan máxima prioridad a la expresión de sí mismos y a la calidad de vida. De hecho, las personas postmaterialistas muestran una mayor cercanía y participación en los movimientos sociales que los materialistas, porque «aunque el tipo puramente postmaterialista constituye solo una octava parte de la población, aporta de manera estable la mayoría absoluta de los activistas del movimiento» (Inglehart, 1992: 85).

Enlazando lo ocurrido en 1968 con las movilizaciones que dieron lugar al FSM, podemos afirmar que fue entonces cuando comenzó un ensayo que duró hasta 1989, cuando con la caída del muro de Berlín se acabó definitivamente con los proyectos revolucionarios de la vieja izquierda. En 1989, «no solo el leninismo, sino también los movimientos de liberación nacional, la socialdemocracia y todos los demás herederos del «liberalismo» revolucionario pos-1789 colapsaron ideológicamente» (Arrighi y otros, 1999: 117). Es decir, mientras que tras 1848 la vieja izquierda estaba convencida de que se produciría lo ocurrido en 1917, después de 1968 los movimientos sociales carecían de un objetivo intermedio, con lo que se centraron en objetivos cortoplacistas, de efectos inmediatos. Para estos autores, esta visión cortoplacista puede hacer que, al no existir un objetivo más amplio a medio o largo plazo, sus éxitos se vean sacrificados en un futuro, porque no se habrá producido un cambio sistémico acorde con sus pretensiones, sino con las de sus oponentes, que puede que sí que tengan una idea y objetivo claro de cómo es el mundo que quieren.

3.2. Movimientos antiglobalización y altermundistas

Comencemos este epígrafe con el debate sobre el nombre que debe recibir el movimiento social surgido a partir de la caída del muro de Berlín, para aclarar terminologías y facilitar la tarea del lector. El profesor Carlos Taibo defiende el término antiglobalización para definir los movimientos que se oponen y proponen alternativas a la globalización, porque no tiene demasiado sentido hablar de globalización alternativa o alterglobalización, ya que nadie en su sano juicio reivindicaría un imperialismo alternativo o un alterimperialismo (Sampedro y Taibo, 2006). Sin embargo, respecto a la terminología con la que nos referimos al movimiento que surge de las protestas contra la globalización capitalista neoliberal, esta postura no es la única. En relación a ello, Fernández Buey (2005) propone tener en cuenta el término alterglobalización. En sus propias palabras, «el conocido eslogan otro mundo es posible no es solo una palabra recuperadora del espíritu de la utopía; es también expresión de la convicción interna del movimiento en el sentido de que hay ya propuestas alternativas realizables» (132). Para este autor, «sustituir anti por alter no es solo una cuestión semántica. Tiene su sustancia, es hablar en positivo (...) Es decir a los otros que no se trata solo de protestar y de resistir contra lo que hay, sino de construir un mundo nuevo» (133). En esta línea se expresa Arcadi Oliveres (2005), para quien en los años noventa bajo las altas esferas del poder fueron surgiendo lo que denomina «una serie de movimientos sociales, que podemos llamar movimientos altermundistas —corrigiendo el término que los define como antiglobalizadores—», porque «lo que reclaman no es un proceso nuevo, sino otro tipo de globalización, más democrática y más social» (69).

En esta línea, encontramos a otro destacado autor en la literatura del movimiento social que aquí nos ocupa, Emir Sader, quien defiende que mantener el término *antiglobalización* puede significar aceptar una peligrosa polarización entre globalización y nacionalismo, porque le permite al neoliberalismo la apropiación del internacionalismo, un argumento tradicionalmente en manos de la izquierda. Aun así, acepta Sader que algunos movimientos en la periferia del capitalismo siguen manteniendo alternativas nacionales que rechazan cualquier forma de globalización. Sus razones se basan en que el dominio del capital financiero, de los organismos internacionales, de EEUU, etc. sobre la economía hacen que las alternativas internacionales sean en todo caso negativas para los países situados en la periferia del capitalismo (Sader, 2005).

Como vemos, hay muchas denominaciones de estos movimientos, que aportan matices diferentes al nuevo movimiento social, surgido

como respuesta a la nueva coyuntura mundial de finales del siglo xx. Éstas son: movimiento por la justicia global (Díaz-Salazar, 2003), movimiento altermundialista (Massiah, 2007) —variante mayoritariamente utilizada en entornos francófonos—, movimiento por una globalización alternativa o alterglobalizador (Fernández Buey, 2005), movimientos globales o nuevos movimientos globales (Calle, 2005b), y otras como movimientos contra las transnacionales, *no-global movements*, de la globalización desde abajo o movimientos anticapitalistas, esta última menos aceptada de forma mayoritaria, ya que aquellos que no gustan de la denominación *anticapitalista* sí aceptan las denominaciones de movimiento por otra globalización o movimiento altermundialista (Callinicos y Nineham, 2007).

En este trabajo aceptamos la definición en negativo, *antiglobalización*, por ser la denominación comúnmente aceptada para su identificación tanto dentro del movimiento como fuera de él. Aunque proponemos una definición complementaria, a raíz del cambio en la estrategia del movimiento. La nueva definición será la de *movimiento altermundista*, una evolución de la aceptación generalizada del lema del Foro *Otro mundo es posible*. Aun así, la propuesta de este nuevo término no hace que el término antiglobalización carezca de razón de ser, sino todo lo contrario, porque como hemos intentado demostrar en el primer capítulo, el sistema ahora hegemónico —globalización capitalista neoliberal— recibe el nombre genérico de globalización y un movimiento que esté contra este sistema bien puede definirse como antiglobalización. Además, los movimientos que lo cuestionan tienen en su mayoría elementos anticapitalistas y, prácticamente todos, antineoliberales, pero si algo los ha unido ha sido el componente antiglobalización, que hace referencia a la expansión del capitalismo y el neoliberalismo. Es decir, la antiglobalización es nexo común de todos ellos, el rechazo al estado de las cosas, con independencia del alcance de los cambios que se planteen. En nuestra interpretación, los movimientos antiglobalización rechazan la globalización capitalista neoliberal y todo lo que ello comporta, pero no se oponen a otros tipos de globalización (de las personas, de los derechos, de la justicia...) que defienden abiertamente. Porque «*antiglobalizador* quiso decir *contrario a esta globalización*» siendo la «crítica de la mala utopía neoliberal del libre mercado, de la globalización realmente existente» (Fernández Buey, 2005: 35).

Como hemos mencionado, este movimiento es denominado de forma más amplia como *nuevos movimientos globales* por Ángel Calle (2005b), que los define como la «red de actores sociales, redes de protesta, espacios estables de intercambio y reflexión como los foros sociales o determinados sitios de Internet, las personas y colectivos que les

dan vida» (23) que han puesto en marcha un nuevo ciclo de movilizaciones. Desde otro punto de vista, también complementario a los anteriormente mencionados, según este autor el movimiento antiglobalización puede verse como «una confluencia de sectores que reclaman procesos de mundialización alejados o radicalmente críticos con respecto a (determinados pilares de) la modernidad, es decir, de carácter *altermodernista*» (74). Es decir, los nuevos movimientos globales se caracterizan por su reproducción global, resultado de la globalización, que contribuye a hacer del planeta una unidad temporal, cultural y espacial de referencia para el desarrollo de los mismos (Calle, 2003).

El altermundista o antiglobalización es, a grandes rasgos, el movimiento que sigue cronológicamente a los NMS. Esta es la razón por la que a los movimientos que lo conforman también se les denomina no-vísimos movimientos sociales. Sus antecedentes son Mayo del 68 y los NMS (Taibo, 2007). Es decir, los NMS son, en buena medida, producto del Mayo de 1968 y de algún modo el germen de las redes antiglobalización. Por su parte, «Seattle es el acontecimiento fundacional, en un sentido mediático, del movimiento antiglobalización» (Echart y otros, 2005: 125). De Seattle surgió un movimiento que fue tomando dos direcciones, una más de protesta y otra más de propuesta. Como veremos más adelante, la vía del movimiento de propuesta dio lugar a la organización del FSM.

Podemos decir que hay cuatro tipos de intentos de construcción de movimientos antisistémicos (Wallerstein, 2002b): los maoísmos (inspirados en la Revolución Cultural China); los NMS (ecologistas, feministas, antirracistas...); las organizaciones de derechos humanos centrándose en su estrategia de definirse como no Estado, no gubernamentales, ya que lo identifican como controlado por pequeños grupos privilegiados; y los movimientos antiglobalización. A estos añadió Wallerstein (2003) que quienes se dan cita en el FSM son también aspirantes a ser considerados movimientos antisistémicos. Adelantamos que éste será uno de los aspectos a los que mayor atención dedicaremos a lo largo del trabajo para construir la respuesta a nuestra hipótesis inicial.

Tras el análisis realizado sobre las diferentes denominaciones de los movimientos altermundistas, a continuación vamos a centrarnos en el momento histórico en los que surgen. Los últimos treinta o cuarenta años del siglo xx pueden ser considerados como un periodo de crisis degenerativa del pensamiento y de las prácticas globales de la izquierda (Santos, 2005, 2008a y 2008b), ya que durante estos años se han producido infinidad de acontecimientos que han convulsionado a la izquierda. Entre ellos Santos (2008a y 2008b) cita el asesinato de Lumumba (1961), el del Che Guevara (1967), el movimiento estudiantil

de Mayo del 68 en Europa y América y su neutralización (1968), la invasión de Checoslovaquia (1968), el asesinato de Allende (1973), las dictaduras militares en América Latina (años 1960 y 1970), la represión de la izquierda en la Indonesia de Suharto (1965-67), la degradación y liquidación de los regímenes africanos nacionalistas, socialistas o desarrollistas (años 1980), la nueva derecha expansionista de Reagan y Thatcher (años 1980), la globalización impuesta por el Consenso de Washington (1989), la conspiración contra Nicaragua (años 80), la crisis del Partido del Congreso Indio y el ascenso del hinduismo (años 90), el colapso de los regímenes de Europa Central y del Este (años 80 y 90), la caída del muro de Berlín (1989), la conversión del comunismo chino a formas capitalistas de Deng Xiaoping (años 80), o el islamismo político y el cristianismo político de carácter fundamentalista (años 90). Sin embargo, en opinión de Santos, en los años 90 la historia de la hegemonía capitalista empezó a cambiar, tal y como se veían sus devastadores efectos.

El año 1989 es para Wallerstein el fin del periodo 1789-1989, porque es el año que marca el fin de una era político-cultural en la que se creía en los lemas de la revolución Francesa (agosto de 2003). Tras la caída del muro de Berlín, hay tres momentos simbólicos para el nuevo movimiento que aquí nos ocupa (Wallerstein, 2004): 1) la rebelión zapatista del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas en 1994, 2) las protestas de Seattle en 1999 durante la cumbre de la OMC, y 3) el primer FSM en Porto Alegre en 2001. Estos novísimos movimientos sociales se dice también que tienen como puntos de referencia, además de la eclosión del zapatismo en México en 1994 y de las protestas antiglobalización que arrancan en Seattle en 1999, las manifestaciones del invierno francés en 1995, el movimiento por la solidaridad con los países pobres, y las masivas movilizaciones contra la guerra de 2003 (Aguilar y otros, 2005). En esta línea, Callinicos y Nineham (2007) defienden que el movimiento internacional contra la globalización capitalista empezó principalmente como consecuencia de dos de los acontecimientos ya mencionados por otros autores: el levantamiento de Chiapas en 1994 y las huelgas francesas del sector público de noviembre y diciembre de 1995. Como avanzó Naomi Klein en su obra *No Logo*, la resistencia fue igual de transnacional que el capital (Klein, 2007b). El AMI en 1998, Seattle 1999, las protestas que siguieron y el FSM en 2001 perturbaron a la élite neoliberal del FEM, obligándoles a mover sus reuniones a lugares más inaccesibles.

A ello cabe añadir que la caída del muro de Berlín supuso el fin de la caricatura de socialismo que fue el régimen estaliniano (Toussaint, 2008):

- 1989 fue también el año del levantamiento popular en Venezuela, contra la aplicación de los PAE del FMI; también en 1989 se conmemoró el bicentenario de la Revolución Francesa y aconteció una gran movilización en París contra el G-7, pidiendo la anulación de la deuda externa de los países empobrecidos.
- En 1994 estalló la rebelión zapatista en Chiapas, se celebró el 50 aniversario de la fundación del Banco Mundial y del FMI en Madrid, con protestas inspiradoras de las consiguientes de Lyon de 1996 contra el G-7 y de Seattle en 1999. En 1994 estalló también la crisis Tequila en México, comienzo de una crisis financiera que afectó enormemente al sudeste asiático en 1997-1998, a Rusia en 1998, a Brasil en 1999, y a Argentina y Turquía en 2000-2001.
- En definitiva, 1989 es el comienzo de la resistencia al neoliberalismo en América Latina, 1994 el inicio de nuevas formas de resistencia y de la crisis del modelo neoliberal y 1999 cuando se hizo visible a escala mundial.

De este modo, el movimiento antiglobalización cobra entidad pública cuando *The Economist* «responsabiliza a este hasta entonces desconocido actor político y social, de «the big disaster»» (Echart y otros, 2005: 56) en relación a la reunión de la OMC en Seattle, donde se afirma que «la imagen pública del capitalismo global se empezó a desmoronar» (Fernández Durán, 2001: 94). Es decir, «Seattle, desde nuestro punto de vista, fue un éxito, pero para la Organización Mundial del Comercio fue un fracaso» (Oliveres, 2008: 47). En Seattle se dieron manifestaciones «que sacaron a la luz la constitución secreta de la economía mundial», que estaba permitiendo «que las empresas de las economías capitalistas desarrolladas vendieran e invirtieran donde se les antojara y en las condiciones que desearan, mientras que las economías del Norte cerraban sus puertas a las economías en desarrollo del Sur» (Wainwright, 2005: 193).

El movimiento de la solidaridad, el de las ONG, entró en la red de movimientos predecesores del altermundismo ya que, si bien hay algunos más radicales que otros, en su mayoría pretenden transformar las políticas de desarrollo con respecto al Sur (Martí y otros, 2002: 239) y, de hecho, son parte importante del FSM. Los principales grupos que convergieron en Seattle, además de activistas variados de todo el mundo, fueron los siguientes (Pastor, 2002):

- Quienes se movilizaron en años anteriores contra la deuda externa y las instituciones de Bretton Woods: Direct Action Network, Global Exchange, Ruckus Society, United Students Against Sweatshops, Fifty Years is Enough Network, Jubilee 2000.

- Organizaciones ecologistas, feministas, pacifistas y sindicalistas, como Greenpeace, Friends of the Earth, Women's Environment and Development Organisation.
- Las iglesias, organizaciones comunitarias, redes de amistad y asociaciones profesionales.

En Seattle, «los movimientos sociales emergentes basados en la diversidad, la autoorganización, la solidaridad y la no violencia escribieron un nuevo capítulo de la historia» (Shiva, 2004b: 88). Lo que ocurrió en Seattle (Pastor, 2002) no se reduce a las protestas en la calle, sino que hubo también infinidad de debates sobre las temáticas de lo tratado en la OMC, donde destacaron las sesiones de un Tribunal Global de los Pueblos contra los Crímenes de la Humanidad Cometidos por las ETN. En opinión del autor, Seattle tuvo tanta repercusión por su elevado número de participantes, la diversidad generacional y política en su composición, la presencia de sindicatos y el éxito en la obstaculización de los trabajos de la cumbre de la OMC. Resalta Jaime Pastor que las protestas de Seattle unieron a la vieja izquierda norteamericana, los sindicatos, los nuevos movimientos y a grupos anarquistas.

Los manifestantes de Seattle no fueron antiglobalización, sino anticorporativistas, es decir, se opusieron a la lógica de que lo que es bueno para los negocios tendrá consecuencias positivas para todos (Klein, 2003). Para la autora, la confrontación en Seattle no fue entre globalizadores y proteccionistas, sino entre dos visiones de la globalización radicalmente diferentes. En opinión de la autora, este movimiento descentralizado, que se parece a un enjambre multifacético o a una nube de mosquitos ha conseguido ya educar y radicalizar a toda una generación de activistas en todo el mundo (Klein, 2002b y 2004).

Seattle fue probablemente la primera articulación internacional donde surgió una fórmula ético-política diferente a las lógicas del capitalismo existente (Martins, 2008). En Seattle se generó «un tipo de lucha que, por primera vez en años, une a varias generaciones y procedencias de activistas en una lucha común» (Echart y otros, 2005: 33). Algunas voces que podemos considerar claramente neoliberales, como The Economist, Stephen Byers, —secretario de Comercio e Industria del Reino Unido— y C. Fred Bergsten —jefe del Instituto de Economía Internacional—, alertaron después de Seattle que la globalización no era inevitable y que el movimiento antiglobalización estaba en ascenso (Bello, 2002). Finalmente, en Seattle se dio una de las características definitorias del nuevo proceso del FSM, porque «mientras en 1968 se expresaba la equidad como igualdad, esto es, como reducción de las diferencias, entre el *pueblo de Seattle* prevalece una visión de la equidad como reconoci-

miento de la diversidad» (Ceri, 2002: 58). La diversidad como valor fundamental de los Foros y elemento de unión será tratada con mayor profundidad.

En consecuencia, «el movimiento que acechaba a las élites globales desde Seattle hasta Doha, con acampadas, manifestaciones, debates y grupos de presión, en todas las cumbres y grandes negociaciones internacionales, creó un nuevo contrapoder mundial» (Wainwright, 2005a: 193). Estas protestas y las consiguientes contra la agenda neoliberal llevaron a la construcción del FSM (Wallerstein, 2002b). A través de los Foros, el movimiento surgido en Seattle «se ha convertido en interrogador oficioso que cuestiona la legitimidad del nuevo orden mundial y recuerda constantemente que no solo existen alternativas, sino también el desafío de hacerlas prosperar» (Wainwright, 2005: 193).

Veamos cuáles fueron, antes de Seattle y a partir de entonces, las primeras protestas contra las instituciones internacionales. Tengamos en cuenta, en primer lugar, que hubo precedentes que no podemos considerar protestas antiglobalización como las de Seattle, nos referimos a las revueltas del pan contra las PAE del FMI, acontecidas desde los años 80 en Jordania, Egipto, Marruecos, Argelia, ya que se trató de protestas de carácter espontáneo con bajas dosis de coordinación entre diversos colectivos. Al contrario de lo que ocurrió en las que listamos a continuación (Calle, 2005b, Herreros, 2004, Fernández Durán, 2001; Seoane y Taddei, 2002):

- En Berlín en 1988, sectores de los centros sociales ocupados protestaron contra la cumbre del FMI y del Banco Mundial, bajo el lema *Impidamos el congreso*.
- En Toronto, también en 1988 la oposición producida tenía como objetivo al G-7, con la organización de la cumbre alternativa The Other Economic Summit.
- En 1992, las acciones fueron realizadas con motivo de la Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro, auspiciada por NNUU. «Las actividades de reflexión crítica y contestación paralelas a la Cumbre de Río significan también, en parte, la cristalización de nuevas formas organizativas de oposición a la globalización» (Fernández Durán, 2001: 84). Como ejemplo podemos citar la Action for Solidarity, Ecology, Equity and Development.
- El Foro Alternativo *Las Otras Voces del Planeta*, en Madrid en 1994, en contestación a la asamblea de las organizaciones de Bretton Woods en Madrid, con la campaña *50 años bastan*.
- En 1994 el EZLN protagonizó el levantamiento de Chiapas contra el Tratado de Libre Comercio (TLC) de Norteamérica.

- La oposición en India, Malasia, Filipinas, Francia y EEUU a la firma de la Ronda Uruguay (1994) que daría lugar a la OMC.
- En 1995 y 1997 en Francia se producen paros masivos para defender los servicios públicos y la exclusión en el mundo rico.
- En 1997 y 1998 se produjo la exitosa campaña mundial contra el AMI.
- En 1998 fue convocado un día de Fiesta Callejera Mundial por el Colectivo Reclaim the Streets, como protesta por la cumbre del G-8 en Birmingham.
- De gran relevancia para los inicios del movimiento antiglobalización fue la creación de la red de la Asamblea Global de los Pueblos (AGP), «un instrumento de coordinación de movimientos de base de todos los continentes que surge en 1998 y que se irá reuniendo, en Conferencia Internacional, cada dos años a partir de entonces» (Echart y otros, 2005: 120). En 1998, «la primera coordinación mundial, propiamente dicha, contra la globalización económica y el neoliberalismo» (Fernández Durán, 2001: 86), integrada por sindicatos alternativos, redes de ecologismo político, colectivos de parados franceses, el Movimiento de Resistencia Global (MRG), el Movimiento de los trabajadores Sin Tierra (MST), Karnataka State Farmers Union de la India, redes indígenas latinoamericanas, los maoríes de Nueva Zelanda, los indios mayas, los ogonis de Nigeria, campesinos de India, Nepal o Brasil, movimientos urbanos de lucha contra las consecuencias de las políticas del FMI y el Banco Mundial, como el movimiento de educadores en Buenos Aires, los de las barriadas de México Distrito Federal, las nuevas organizaciones clandestinas de trabajadores de las maquilas centroamericanas, sindicatos de Turquía, Corea o India, organizaciones afroamericanas de países caribeños, organizaciones estadounidenses de los sin techo, carteros canadienses, nuevos sindicatos, el movimiento *okupa*, los centros sociales autogestionados europeos, organizaciones de acción directa como Reclaim The Streets de Gran Bretaña, grupos anti-Maastrich, etc.
- En el verano de 1999 se produjo el ataque contra el establecimiento de un McDonald's por parte de la Confederación Campesina, en Millau (Francia).
- Huelgas generales en Argentina, en 2001.
- Protestas del año 2000: FEM Davos, UNCTAD (siglas en inglés de Conferencia de Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo) y Banco Mundial en Bangkok, OCDE en Bolonia, NNUU Copenhague + 5 en Ginebra, cumbres europeas en Lisboa y Oporto, UNICE (siglas en inglés de Unión de Confederaciones de Indus-

triales y Patronal de Eurpopa) y *ERT* en Bruselas, Cámara de Comercio Internacional en Budapest, 1.º mayo, FMI y Banco Mundial en Praga, Cumbre Europea en Niza.

- Protestas del año 2001: FEM en Cancún, OCDE en Nápoles, Cumbre de las Américas en Québec, y Buenos Aires, Attac contra paraísos fiscales, Banco Mundial en Barcelona, G-8 en Génova.
- Campañas por la cancelación de la deuda externa de Jubileo Sur, Jubileo 2000 y Comité para la Abolición de la Deuda del Tercer Mundo (CADTM).
- Manifestaciones de 2003 contra la guerra de Irak.

Por otra parte, no debemos dejar de mencionar que desde finales de los años 90 existe una tendencia, con epicentro en Latinoamérica, opuesta a la ofensiva capitalista neoliberal e imperialista (Toussaint, 2008a), que se ha dado, según el autor, con la elección de presidentes opuestos al neoliberalismo (Hugo Chávez, Evo Morales y Rafael Correa), la suspensión del pago de la deuda (en Argentina), nuevas constituciones democráticas (en Venezuela, Bolivia y Ecuador), control público de las grandes empresas, de los recursos naturales y de los servicios esenciales, el fracaso del Acuerdo de Libre Comercio de las Américas (ALCA), el refuerzo de Petrocaribe, el lanzamiento del Banco del Sur, el final de la base estadounidense de Manta, etc. Para otros autores, el mayor impacto del movimiento antiglobalización en la arena política internacional fue el papel que jugaron en la campaña que acabó con el Tratado para la Constitución Europea en el referéndum francés del 29 de mayo de 2009 (Callinicos y Nineham, 2007).

En paralelo a las movilizaciones contra las cumbres del G-8, FMI, Banco Mundial, OMC, etc., no hay que olvidar las contestaciones a diferentes conflictos como las guerras de Bosnia, Chechenia, Grandes Lagos, Kosovo, embargo a Irak, represiones en Colombia y Palestina; así como también hay que recordar la influencia de grandes organizaciones como Amnistía Internacional, Greenpeace, Médicos del Mundo, Médicos sin Fronteras, Oxfam o Pax Christi (Taibo, 2007). Como afirma Oliveres (2005), en los años 90 es de gran relevancia el papel de las Organizaciones No Gubernamentales (ONG) clásicas en los movimientos altermunistas (70). Tampoco hay que dejar de mencionar el gran impacto de las primeras campañas de denuncia a multinacionales de los años noventa.

Pero los movimientos antiglobalización no se limitan a los países occidentales, sino que han estado y están presentes en todo el mundo, algunos ejemplos son los siguientes (Taibo, 2007):

- En África algunos ejemplos de protestas enmarcadas en el movimiento antiglobalización son las de Nigeria y Sudáfrica, donde a

- raíz de la cumbre sobre el racismo de Durban de 2001 hubo movilizaciones sindicales contra el FMI. También hubo contracumbres y foros durante la conferencia en Dakar en 2000 y en la reunión en Dar Es Salaam contra el FMI en 2001.
- En América Latina han sido muchas las protestas. Sirvan de ejemplo las de los piqueteros de Argentina, las del MST en Brasil, las redes de indígenas en Bolivia y Ecuador, los movimientos emergentes en Venezuela o el EZLN en México. Destacan también las huelgas generales en Argentina, Bolivia, Colombia, Ecuador u Honduras.
 - En Asia, destacan las movilizaciones en India, Corea del Sur y Tailandia. Sin olvidar la presencia del movimiento antiglobalización durante estos años en Japón, donde se dieron protestas contra el G-8 en Okinawa en 2000. Destaca también el Third World Network en Malasia y Focus on the Global South en Tailandia.
 - En el mundo árabe también se han organizado protestas contra el FMI en Argelia y Jordania.
 - En Europa Central y del Este ha habido una menor presencia de protestas antiglobalización. Aun así las ha habido en República Checa, Hungría, Polonia, y Rusia, destacando las protestas contra la cumbre del Banco Mundial en Praga en 2000.
 - Como hemos indicado anteriormente, en los países occidentales las protestas han sido muy numerosas. En América del Norte se produjeron protestas contra el FMI y el Banco Mundial en Washington en 2000, en Windsor en Canadá contra la Organización de Estados Americanos (OEA), en EEUU hubo movilizaciones contra convenciones de los partidos demócrata y republicano en el año 2000, ante la victoria de George W. Bush, y en Québec se produjeron protestas contra el ALCA en 2001. Finalmente Taibo recuerda que en Europa Occidental se han producido en mayor o menor medida en Alemania, España, Francia, Grecia, Italia, Reino Unido, Suecia, en Atenas, Barcelona, Birmingham, Colonia, Florencia, Génova, Gotemburgo, Londres, Niza, París, Salónica, Sevilla... Por lo que respecta a Oceanía, en Australia tuvo lugar la contracumbre de 2000 en Melbourne, ante el FEM.

Este movimiento, llamado por Fernández Buey alterglobalización, «es propiamente un movimiento de resistencia global, un *movimiento de movimientos*, en el que se puede considerar superada la anterior distinción entre viejos y nuevos movimientos sociales» (Fernández Buey, 2005: 123) porque por primera vez en él concurren sindicatos, partidos políticos, ecologistas, pacifistas y feministas, indigenistas, antirracis-

tas defensores de los derechos humanos, de los derechos sociales y de los derechos civiles, con lo que resulta anacrónica la anterior diferenciación entre movimientos viejos y nuevos, principalmente porque se están incorporando al movimiento sindicatos importantes y algunos partidos políticos cercanos a los movimientos sociales. Continúa Fernández Buey exponiendo que entre quienes en este movimiento se dan lugar, existe una coincidencia muy amplia en priorizar lo social frente a lo político; así como una crítica compartida a la democracia representativa; a través de una clara conciencia de rechazo del autoritarismo; y la creación de redes propias de contrainformación, diálogo y discusión. Lo que mantiene la unidad de acción entre fuerzas tan diversas es, por tanto, «la resistencia al nuevo autoritarismo implicado en las políticas neoliberales y, por otra, la dimensión prepolítica (social, ética, o contracultural) de algunas de sus reivindicaciones principales» (Fernández Buey, 2005: 124).

Las virtudes de los movimientos contra la globalización son, para Carlos Taibo (2007), que aportan un horizonte de resistencia global diferente al parcializado de los NMS (pacifismo, ecologismo y feminismo); que incorporan conceptos comunes con el movimiento obrero, como la explotación, exclusión o feminización de la pobreza; que crean redes transnacionales, donde la presencia del Sur es incluso mayoritaria; y que en ellos se encuentra mucha gente joven. Para Echart y otros (2005), este movimiento ha tenido, más allá de la visibilización de la protesta, una incidencia política, porque en el campo ideológico ha forzado «la redefinición del eje izquierda-derecha, cuyo centro se había desplazado hacia la derecha. Resurgen así la extrema izquierda y los partidos comunistas, barridos por la caída del muro de Berlín, al tiempo que se consolida la socialdemocracia» (186).

En el movimiento antiglobalización el eje ideológico va del centro-izquierda hasta la extrema izquierda, sus actitudes ante al sistema se mueven de los partidarios de la reforma hasta quienes demandan un cambio radical; su actitud ante el Estado también se mueve de las posiciones de cariz socialdemócrata de vinculación con las instituciones estatales, a las de carácter ácrata o libertario; en él aparecen tanto movimientos campesinos como urbanos; también aparecen partidos políticos del ala más izquierdista (comunistas, troskistas, verdes); sindicatos no oficialistas; las ONG, los colectivos de resistencia global, como el MRG en España, y una de sus peculiaridades más relevantes, está compuesto por individuos, carentes de adscripción a ningún colectivo o entidad (Echart y otros, 2005). El rasgo que impregna, por encima de todo al movimiento antiglobalización es la diversidad en el origen y en las sensibilidades de las gentes que de él forman parte, ya que «en ellos se han dado cita personas procedentes de las tradiciones socialista, co-

munista y anarquista. Trabajan codo con codo estudiantes, campesinos y obreros. Están presentes, en fin, creyentes y no creyentes» (Taibo, 2007: 59). En efecto, una de las principales novedades que incorpora el movimiento surgido en Seattle es, como plantea el MST, uno de los inspiradores e impulsores del movimiento antiglobalización, que a los pobres ya no se les percibe primordialmente como víctimas y objeto de compasión y de caridad, sino como los sujetos de su propia historia, los actores de su propia liberación. Cabe añadir que entre las nuevas fuerzas que se oponen al neoliberalismo están los nuevos excluidos o nuevos proletarios, como ocurrió en las *banlieu* de Francia en 2005 (Tousaint, 2008). Es decir, insistimos en que los movimientos que se oponen a la globalización son de una gran diversidad (Sader, 2005: 60): sindicatos, movimientos de mujeres, indígenas, de negros, de deficientes físicos, de homosexuales, que luchan por el desarrollo sostenible, por el medio ambiente, estudiantes... que bajo lemas como *el mundo no está en venta* se oponen a la mercantilización del mundo promovida por el neoliberalismo, que no tiene otro objetivo que conseguir que todo se compre o se venda, que todo tenga precio o sea sometido al mercado.

Las de los movimientos antiglobalización son movilizaciones colectivas que utilizan las nuevas tecnologías como forma de comunicación e incluso como instrumento de lucha (Feixá y otros, 2002). En ellos se traslada el conflicto burguesía-proletariado al conflicto Norte-Sur, sus activistas y simpatizantes tienen valores postmaterialistas, junto con demandas materialistas como el fin de la pobreza, toman clara conciencia de la conexión entre las luchas locales y las globales (Echart y otros, 2005: 59) y ejercen de forma clara «una función en la escena internacional, aunque solo sea bajo la forma de un control ciudadano de las decisiones de los Estados y organizaciones internacionales, y de sus consecuencias» (83). Este movimiento se caracteriza por su heterogeneidad de concepciones, estrategias, intereses, recursos, organizaciones, señas de identidad y representaciones sociales, geográficas y culturales (Gómez, 2004).

Los movimientos antiglobalización nacen inicialmente con «el designio de dar réplica a una globalización capitalista marcada por la pervivencia de la explotación y de las exclusiones» (Taibo, 2007: 55). Sin embargo, para el autor también son buenas razones para que surja este movimiento: plantar cara al endurecimiento de las condiciones de trabajo, enfrentarse a los problemas de la democracia liberal, garantizar los derechos de las minorías, para así hacer frente al descrédito de la globalización capitalista y contestar la deriva belicista que le acompaña, así como denunciar las amenazas a la democracia amenazada por el creciente poder de las multinacionales y buscar alternativas a las estra-

teguas de la izquierda tradicional (Sampedro y Taibo, 2006: 109-110 y Taibo, 2007).

A raíz del éxito de las acciones de protesta del movimiento antiglobalización, aumentó la presión criminalizadora hacia este movimiento, del mismo modo que los reproches de intelectuales y políticos señalando a los antiglobalizadores como carentes de propuestas, caricaturizándolo por su diversidad y multitud de reivindicaciones, lo que le obligó a caminar hacia lo que se ha llamado la fase de propuesta del movimiento (Echart y otros, 2005).

A este respecto, cabe recordar que los ciclos de protesta constituyen puntos álgidos de la acción colectiva, en los que se expanden nuevas formas de desafiar al poder (Tarrow, 1998) como ha ocurrido con las contracumbres. Entonces, si los ciclos de movilización albergan necesariamente manifestaciones que muestran los cambios introducidos en la movilización social, los llamados ciclos de protesta de Tarrow (1998) —en este caso los eventos de Seattle y similares, acontecidos desde 1999— darán lugar a la aparición de estos novísimos movimientos sociales, «agrupados en varias familias: «ecologismo, pacifismo, feminismo, estudiantiles, movimientos alternativos urbanos (...), de solidaridad internacional, etc» (Calle, 2005b: 24-25), que conforman el gran conglomerado que supone el movimiento altermundista. Partiendo, además, de que los ciclos de protesta se centran en hitos puntuales, visibles y medibles de la acción colectiva y que los ciclos de movilización lo hacen en períodos en los que las redes sociales renuevan sus formas, discurso, formas de acción y organización, podemos afirmar que el ciclo de protesta iniciado en 1999 en Seattle ha disminuido, pero no lo ha hecho así el ciclo de movilización, que comienza su desarrollo en el momento en que las redes empiezan a explicar nuevas formas de movilización, que no es otro que el alzamiento zapatista de 1994 (Calle, 2005a).

De este modo, las dos grandes transformaciones culturales que desde finales de los años ochenta han dado pie al desarrollo de una nueva cultura de protesta han sido la «crisis ideológica que se produjo tras la crisis del socialismo, que significó la separación del gran imaginario utópico de transformación del siglo xx» y el «peso político-cultural adquirido por los medios de comunicación» (Echart y otros, 2005: 45). Así, «el período que va desde finales de los años ochenta hasta la actualidad puede ser conceptualizado como un nuevo ciclo de movilización, que podemos llamar «ciclo de acción global»» (90). En éste ciclo de movilización los autores identifican cinco fases: una fase embrionaria o de gestación del movimiento desde finales de los años ochenta hasta 1992; una segunda fase que denominan *cumbre paralela*, hasta 1999,

donde se dan las primeras campañas con vocación internacionalista (500 años de resistencia) y las primeras contracumbres contra el FMI y el Banco Mundial; la tercera fase la denominan *ciclo de protesta* y ocupa tres años, de 1999 a 2002, comienza con la contracumbre de Seattle y en ella se dan infinidad de acciones de protesta frente a las cumbres de las instituciones identificadas como las que comandan la globalización; la cuarta fase la sitúan de 2001 en adelante, en la que además de la creciente represión contra el movimiento antiglobalización, con su punto álgido en Génova, se consolida la vertiente de propuesta de los foros sociales; finalmente destacan una fase relevante, aunque coyuntural, a partir de la guerra de Afganistán en 2002 y de la de Irak en 2003, con las masivas protestas surgidas mundialmente y que fueron promovidas desde los foros sociales.

Herreros (2004) lo denomina el *ciclo de protesta del capitalismo global*, del que sitúa su origen en 1994 con la revuelta zapatista en Chiapas. Aunque matiza que, desde 1999, en Seattle, hasta el 11-S ocurrieron las protestas que marcaran el nacimiento de este nuevo ciclo de protesta, que para el autor son las de Washington DC, Praga, Melbourne, Québec, Barcelona, Niza, Gotenburgo, Roma, Génova, México Distrito Federal, Acapulco, Nueva York, Davos, Porto Alegre o Bruselas. Los movimientos implicados serían las ONG, los movimientos de solidaridad y los NMS que provienen del Mayo del 68; grupos de extrema izquierda, en forma de partidos y sindicatos alternativos, de tinte troskista; movimientos urbanos; y los movimientos antisistémicos juveniles, antimilitarista, contra el trabajo temporal, antifascistas, anti-racistas y okupas; así como, grupos de denuncia y ayuda a la exclusión social (sin papeles, sin techo, prisiones, etc.); y movimientos en los países periféricos, como el MST o el Zapatismo (Herreros, 2004). Siguiendo con Herreros, el ciclo de protesta del capitalismo global ha traído una nueva forma de hacer política en cuanto a que no va dirigido a las autoridades o a conquistar el poder. Ha dado lugar a una actividad política a favor de una transformación desde abajo, combinada con la experimentación de alternativas inmediatas y con la construcción de nuevas realidades y contrapoderes al margen del capitalismo. Para ello, continúa el autor, los movimientos sociales actuales están abriendo ateneos, centros sociales, espacios diversos, herramientas de información alternativa, cooperativas de consumo, mercados de intercambio e infinidad de actividades cotidianas del mundo que quiere construirse. Por otra parte, se podría decir también que las experiencias democráticas de Seattle, Praga o Génova fueron institucionalizadas en el proceso del FSM (Bello, 2007). De Seattle surgió un movimiento que fue tomando dos direcciones, una más de protesta y otra más de propuesta y la vía del mo-

vimiento de propuesta dio lugar a la organización de los foros sociales (Oliveres, 2005: 72).

La Declaración de los Movimientos Sociales propuso la denominación *movimiento global por la justicia y la solidaridad*, para designar la oleada general de protesta en contra de la globalización controlada por las empresas, del neoliberalismo/neoconservadurismo y la guerra auspiciados por EEUU (Waterman, 2004). En opinión del autor, este movimiento: no es un movimiento obrero o socialista internacional, a pesar de que sindicatos y socialistas participan en él; no es una red de defensa transnacional, aunque las ONG internacionales participan en él; no es una reencarnación de la protesta internacional del 68, aunque están presentes claros ecos de los 60 y 70; no es un movimiento anarquista, aunque participan anarquistas, autónomos y libertarios; no es un movimiento nacionalista o tercermundista, aunque participan corrientes nacionalistas, tercermundistas y anti-imperialistas. Para el autor, «está surgiendo y está tomando forma un nuevo internacionalismo» (114).

Por tanto, la propuesta es una nueva denominación de este ciclo de acciones contra el sistema hegemónico, que trata de conjugar las dos anteriores y de abarcar todo el proceso de creación de un nuevo movimiento, inicialmente llamado antiglobalización, por nosotros rebautizado altermundista. La denominación propuesta es la de *ciclo de movilización contra la globalización capitalista neoliberal*, del que situaríamos sus orígenes a finales de los años 80, que tuvo un claro ciclo de protesta, que va de las movilizaciones de Seattle de 1999 hasta las multitudinarias manifestaciones contra la guerra de 2003. A partir de este momento, el movimiento ha sustituido su vertiente de protesta en el ámbito global por un talante más propositivo, canalizado principalmente a través de los Foros. Sin embargo, las protestas no han dejado de existir, aunque han sido redireccionadas de nuevo a ámbitos más locales o sectoriales.

Una vez establecido el marco del origen del movimiento altermundista y de su denominación, veamos los rasgos que lo caracterizan y comprobemos si aporta innovaciones suficientes como para merecer el calificativo de novísimos movimientos sociales (Calle, 2005b; Fernández Buey, 2005 y Panitch, 2005):

- Rechazo a toda subalternidad respecto de la política institucional y los partidos políticos.
- Compromiso con la globalización de los derechos de las personas y pueblos.
- Apuesta por profundizar en la democracia local.

- Es un movimiento social y político que elude el terrorismo y la lucha armada.
- Es un tipo novedoso de protesta política caracterizado por la acción directa, la descentralización, la autonomía organizativa y la práctica de la democracia participativa. Sin olvidar la democratización de las propias organizaciones de los movimientos y de sus formas de actuar.
- Es un movimiento sin un programa institucional de futuro.
- Es internacionalista a través de foros sociales, nuevas redes y cumbres alternativas.
- Concatenan discursos que en los NMS y el movimiento obrero tradicional aparecían por separado (militarismo, patriarcado, medio ambiente, autonomía, relaciones capital-trabajo).

A ello cabe añadir que Jeffrey Ayres (2004) considera que los movimientos de protesta antineoliberales estaban compuestos por activistas de la sociedad civil, organizaciones nacionales y transnacionales de los movimientos sociales, centros independientes de comunicación y sitios de Internet. Además, «la novedad de este movimiento de movimientos respecto de otros movimientos sociales anteriores es su carácter no solo internacionalista sino realmente mundial, su aspiración a una ciudadanía planetaria» (Fernández Buey, 2005: 134). Añade el autor como novedad de este movimiento la «facilidad con que integra en sus encuentros la sofisticada cultura crítica del discurso dominante y el lenguaje claro, sencillo y radical de las culturas indígenas y campesinas» (139). El movimiento altermundista es un movimiento global e interdependiente que aprende mediante la práctica, sin un modelo teórico previo (Masllorens, 2004: 54) Se caracteriza por actuar sectorialmente pero pensar globalmente, por la transversalidad de los movimientos, por la organización en red, por la democracia participativa, por la imaginación al poder, por al apartidismo, por el uso de los foros sociales y por practicar la *noviolencia*. Para este autor «es un movimiento de movimientos, sin un ideario común ni un objetivo único» (56).

Partiendo de las características de los viejos, los NMS y los nuevos movimientos globales de Calle (2005b), por lo que respecta a las razones de la existencia de los movimientos altermundistas, destacamos su carácter de búsqueda del consenso en la globalidad, así como su enfrentamiento al capitalismo como sistema colonizador de todos los ámbitos de la vida. En cuanto a la estructura de oportunidades en que se enmarca, ésta va más allá del marco estatal, incorporando las instituciones y entidades globales supranacionales y transnacionales, teniendo en cuenta en todo caso la realidad local. En relación a la identidad y

valores, destacamos el carácter epistemológico multidimensional y la complementariedad entre movimientos que le da un carácter de movimiento de movimientos. Cabe añadir, sin embargo, un elemento clave para que esto sea así. Se trata de la asunción de la diversidad y el respeto a la diferencia como elemento primordial de unión de los movimientos altermundistas.

Respecto a la organización y composición del movimiento, es de relevancia que se trata por primera vez en la historia de una red de redes, en las que participan tanto clases medias como clases obreras, a las que habría que añadir los colectivos de excluidos que se van incorporando cada vez con más fuerza al entorno de transformación del Foro y a los movimientos altermundistas, como es el caso de los indígenas. De hecho, podemos adelantar que uno de los objetivos principales del Foro es hacer partícipes de su proceso a quienes están en situaciones de mayor exclusión en el capitalismo neoliberal global. También en este apartado deberíamos tener en cuenta que si bien es cierto que los altermundistas se dirigen a la ciudadanía y que buscan la participación de la misma por encima de todas las cosas, su intención de sumar cada vez más adeptos es una de sus prioridades, del mismo modo que ocurre con su objetivo de presionar a las instituciones globales gracias a la visibilidad que esta suma nos puede llegar a dar. De hecho, la elección de la fecha de celebración de los encuentros periódicos del FSM tienen como uno de sus principales objetivos esta visibilidad y capacidad de ofrecer un discurso alternativo al del FEM de Davos.

La acción del movimiento altermundista está ciertamente basada en la rebeldía y en la autonomía personal y global, aunque no hay que obviar los elementos revolucionarios, principalmente de carácter cultural, que buscan y promueven a través de la práctica de alternativas al sistema hegemónico. Destacamos también de la tabla analizada que en los nuevos movimientos altermundistas se da una extraordinaria confluencia y complementariedad de repertorios, entre los que destaca la utilización de la desobediencia civil no violenta y socialmente pedagógica, como estrategia de gran poder transformador social y personal. La reformulación en positivo de las manifestaciones, superando las expresiones violentas surgidas del movimiento es otra de las características a destacar de los movimientos altermundistas, que los diferencian de algunas de las estrategias de los movimientos que les preceden y del movimiento antiglobalización en sus inicios, que atrajo y sigue atrayendo a grupos violentos que encuentran en el marco de las protestas contra la globalización un extraordinario escaparate donde mostrarse.

En último lugar, es de gran relevancia destacar la ideología abierta altermundista, que pretende a través de las relaciones en red, hacer vá-

lidos todos los matices que por diferencias culturales o incluso políticas pudieran darse entre los movimientos que la forman. Destacamos también la búsqueda de la democracia radical en el discurso altermundista que incorpora elementos postmaterialistas de los NMS, aunque también materialistas bajo una nueva conceptualización del desarrollo, continuamente en construcción, ya que la participación de los excluidos del sistema exige que en las demandas se incluyan en muchos casos elementos materialistas, ya alcanzados por la gran parte de activistas de las clases medias y algunas de las clases trabajadoras participantes en el proceso del Foro.

La elección de la denominación movimientos altermundistas tiene mucho que ver con el movimiento inspirador del FSM, el nuevo zapatismo del EZLN de Chiapas. En 1994 una nueva generación de explotados y oprimidos entró en escena después de que sucedieran los acontecimientos de 1994, en el Sur (México) y en 1995 en el Norte (Francia), que supusieron el punto de inflexión y el inicio del nuevo ciclo de movilización en el que todavía nos encontramos (Aguilar y otros, 2005). El inicio lo podríamos situar, por tanto, en la rebelión en Chiapas, donde se dan cita los nuevos zapatistas, organizados a través del EZLN. En cierto modo, el zapatista es un movimiento de nuevo cuño que ha marcado las tendencias para los movimientos posteriores. De hecho, a partir del año de la insurrección zapatista, 1994, surgieron episodios de acción colectiva con su lógica, incorporando una acción política innovadora, inclusiva, dirigida contra la nueva configuración mundial y las organizaciones económicas supranacionales que la fundamentan. Situe-mos, pues, históricamente la eclosión de tan trascendente movimiento para nuestra elección de la denominación altermundista del movimiento que se enmarca en el proceso del FSM.

Tras el colapso de la Unión Soviética y sus satélites de Europa del Este y Central, en 1989-1991, la confusión de la vieja y nueva izquierdas llegó a su punto más álgido y se sumieron en una profunda desilusión, sin embargo, a mediados de los 90, cuando la ola neoliberal alcanzaba su clímax, se produjo la rebelión zapatista de 1994 en Chiapas. «Desde 1994, la rebelión zapatista en Chiapas ha sido el movimiento social más importante en el planeta —barómetro y desencadenador de movimientos antisistémicos desarrollados a través de todo el mundo—» (Wallerstein, 2008: 220). Uno de sus logros más destacable es su lenguaje incluyente «de todos los estratos y de todos los pueblos, pero sobre todo, de todos los grupos oprimidos» (224). Por otra parte, desde un inicio, las y los zapatistas han hecho sus objetivos y preocupaciones mundiales (e incluso intergalácticas), ofreciendo ayuda a otros movimientos en diferentes lugares del mundo y pidiendo apoyo de los mo-

vimientos de todo el mundo a la causa zapatista. «Los zapatistas han estado proclamando que la lucha por los derechos de *todos* los grupos oprimidos es igualmente importante, y que la lucha debe ser llevada a cabo en todos los frentes al mismo tiempo» (245). Insisten en que los movimientos deben ser siempre democráticos y horizontales. Usan la terminología de *mandar obedeciendo* y no tiene ningún interés por hacerse con el poder (Wallerstein, 2008a). El desarrollo de la rebelión zapatista «ha sido un movimiento por medio de eventos» y estos eventos son «festivales de los no subordinados, carnavales de los oprimidos» (Holloway, 2002: 293).

Las novedades del zapatismo (Herreros, 2004) son la emergencia de una nueva forma de hacer política que debe ser inclusiva, participativa, de consenso, abierta, para dar voz a la sociedad civil, que no busca apoyar un supuesto programa del zapatismo, sino que el llamamiento es a organizarse, a discutir conjuntamente sociedades mejores, *un mundo donde quepan muchos mundos*. Es una lucha local que hace un llamamiento a los movimientos de todo el mundo porque todas las reivindicaciones están conectadas, sean locales o globales, de un lugar y otro del mundo.

De hecho, en Chiapas la insurrección se concentró primariamente en cuestiones locales (Hardt y Negri, 2001), en «problemas de exclusión y falta de representación específicos de la sociedad mexicana y del Estado mexicano» (66). No obstante, la rebelión zapatista fue también, en el plano inmediato, «una lucha contra el régimen social impuesto por el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y, de manera más general, por la exclusión y subordinación sistemáticas propias de la construcción regional del mercado mundial» (66). Los zapatistas identificaron un nuevo adversario, el nuevo orden global. Debe entenderse como «una reacción contra la globalización en nombre de la identidad colectiva de unas personas que ven que están perdiendo el control sobre sus vidas y sus destinos» (Javaloy y otros, 2001: 379). Los zapatistas se dirigen a la humanidad (las personas sin techo, sin trabajo, sin derechos, sin papeles, discriminadas —inmigrantes, indígenas, homosexuales— a las mujeres, asalariadas explotadas, campesinas condenadas a la pobreza, etc.) (Taibo, 2007).

Por otra parte, la cultura zapatista tiene rasgos del 68, porque exploran nuevos lenguajes diferentes al cientifista presente en discursos marxistas; critica a partidos de izquierda y a regímenes autoritarios de ideologías comunistas; y aún tradiciones de la modernidad política, del indigenismo, del simbolismo mediático de los NMS y del movimiento obrero (Calle, 2005b). En efecto, el Primer Encuentro por la Humanidad y contra el Neoliberalismo de julio de 1996 en Chiapas tuvo, en relación

con los movimientos antiglobalización, una importancia parecida a la de la contracumbre de Seattle.

El carácter mundial e inclusivo del zapatismo inspiró el espíritu —plasmado en el lema del FSM, *otro mundo es posible*— que sirvió de motivación para que se acercaran ininidad de organizaciones, individuos y movimientos menos enfocados a la protesta contra el sistema y a los grupos y colectivos que protestaban en los movimientos antiglobalización. Con lo que se amplió el espectro de participantes e implicados en la transformación del sistema hegemónico que conforman lo que se ha llamado un movimiento de movimientos que, como venimos diciendo, pudiera denominarse altermundista.

En esta línea, es de interés para nuestra argumentación tener en cuenta una clasificación del movimiento que vaya más allá de los dos grandes grupos mayoritarios que se dan cita en el proceso del FSM. Ya que existe una aceptada clasificación que divide el movimiento altermundista entre reformadores (gran parte de las ONG) y revolucionarios (prácticamente la totalidad de movimientos que participan en el Foro). Taibo (2007) amplía esta visión dicotómica y distingue entre reformadores, radicales, alternativos, resistentes y reaccionarios:

- Los *reformadores* aceptan el marco institucional existente con quien preconiza el diálogo, apuestan por una globalización de los derechos y no son decididamente anticapitalistas. Están compuestos principalmente por las ONG.
- Los *radicales* son críticos con el orden internacional existente, reivindican modelos de acción colectiva y nuevas políticas.
- Los *alternativos* rechazan los centros de poder global y promulgan una globalización desde abajo, desde lo local.
- Los *resistentes* rechazan cualquier globalización, defendiendo el marco estatal, mientras reclaman redes de cooperación internacional. Están más presentes en los países del Sur.
- Los *reaccionarios* idealizan las comunidades locales y nacionales, donde defienden una uniformización social y cultural.

El FSM incorpora rasgos de las diferentes culturas de movilización y, por tanto, de cada uno de los tipos de movimientos que en él se dan cita. Aunque raramente se dan cita en el Foro movimientos reaccionarios, y de hacerlo, probablemente dejaran de hacerlo en cuanto no se sintieran cómodos con el resto de movimientos del Foro, ya que todos ellos tienen un decidido talante internacionalista, aunque respetuoso con los nacionalismos y la autodeterminación.

Por otra parte, para comprender mejor a los movimientos altermundistas, constatamos que últimamente existe una tendencia a una rela-

tiva desarticulación de la protesta global, replegada en lo local en Occidente, pero manteniéndose potente en el Sur, y un declive de la rama de la propuesta, por los límites encontrados en el FSM y su descentralización (Bringel y otros, 2008). Ello repercute en beneficio de una acción colectiva más local, aunque manteniendo la conexión *glocal*, relacionada con la presencia en medios de comunicación, ya que siguen ausentes de los grandes medios convencionales, así como identitaria, en tanto en cuanto otros movimientos sociales transnacionales han adoptado identidades antiglobalización (Bringel y otros, 2009).

En definitiva, los movimientos altermundistas prolongan y renuevan sus tres movimientos históricos precedentes: el movimiento de la descolonización, el de las luchas obreras y el de la lucha por la democracia a partir de los años 60 y 70, así como incorporan a los movimientos antiglobalización (Massiah, 2007). La descolonización, las luchas sociales, el imperativo democrático y las libertades constituyen la cultura de referencia histórica del denominado por este autor *movimiento altermundialista*. Este movimiento, continúa Massiah, ha concretado una alternativa al neoliberalismo enfrentándose a él, sus modalidades combinan las luchas de las resistencias, las campañas y movilizaciones, las prácticas sociales innovadoras y las alternativas, creando una cultura política nueva que avanza en los Foros. Para Massiah, los movimientos altermundistas no se limitan a los foros sociales, pero ocupan un lugar importante en él. En opinión de este autor, la cuestión más importante a la que se enfrentan hoy en día es la articulación entre su crecimiento y la radicalidad.

Por su parte, este movimiento ha conseguido crear una nueva conciencia ciudadana frente al pensamiento único (Riera y Marx, 2007). Pero cabe no olvidar que la vieja tradición de la izquierda solo veía en la conquista del poder la superación del capitalismo, ocho décadas después vemos que esta idea reprodujo las ideas del viejo sistema que querían superar (Martins, 2008), y el poder es un instrumento de gran utilidad pero no el objetivo de la mayoría de los movimientos sociales vinculados al proceso del FSM.

La herencia de los movimientos altermundistas es realmente significativa, porque suponen una ruptura con las teorías clásicas de acción colectiva limitadas a su papel en el marco del Estado-nación, apostando por nuevos mecanismos transnacionales de contestación política. Por otro lado, el nuevo discurso de que otro mundo es posible y sus nuevas formas de organización y acción son cada vez con más frecuencia incorporadas por diferentes actores (Bringel y otros, 2009). Este nuevo movimiento está llamado a perseverar en el tiempo porque tiene la «capacidad de propiciar el reencuentro de tradiciones enfrentadas» (Taibo,

2007: 102), gracias a que su proyecto es emancipador, ni socialdemócrata, ni leninista, sino anticapitalista y antiburocrático.

Tras la aparición del movimiento antiglobalización, los movimientos se han dotado de unas «gafas globales» cuando analizan las problemáticas locales (Pastor, 2002: 30).

Es de gran relevancia también no dejar de mencionar que un movimiento antisistémico no puede olvidar actuar a corto plazo, mediante las acciones electorales defensivas, que eviten la llegada al poder de los movimientos contrarrevolucionarios o involucionarios. Además debe insistir en que ya sabe cómo debe ser este nuevo sistema, discutiéndolo abiertamente, sin tapujos, experimentando nuevas alternativas para llevarlo a cabo (Wallerstein, 2002b). Los movimientos sociales actuales tienen la propuesta de generar un «procedimiento moral mínimo que haga compatible la unidad de la razón humana con la multiplicidad de voces con que es expresada» (Martínez Guzmán, 2001: 263). Estas intuiciones contenidas en el FSM no son nuevas en el mundo, sino que son resultado de al menos cuarenta años de pensamiento sobre prácticas políticas, críticas al autoritarismo, que aparecieron con fuerza a partir de Mayo del 68, del zapatismo de 1994 y de la explosión movimientista de Seattle en 1999 (Whitaker, 2008).

Por otra parte, enlazando Seattle con el FSM, podemos decir que «mientras Seattle fue la sede de la primera gran victoria de la lucha contra la globalización empresarial, Porto Alegre representa la transferencia al Sur del centro de gravedad de un nuevo movimiento mundial» que cumple tres funciones (Bello, 2004: 53):

- 1) Representa un espacio para que ese movimiento mundial se reúna, se conozca y reafirme.
- 2) Es un momento en que el movimiento recupera sus energías y establece las direcciones para enfrentarse a las instituciones que comandan la globalización capitalista.
- 3) Porto Alegre sirve para que el movimiento describa, elabore y debata la visión, los valores y las instituciones de un orden mundial alternativo.

4. Conclusiones

4.1. Sobre la globalización capitalista neoliberal

La globalización capitalista neoliberal es, por tanto, la fase del capitalismo en la que por su propia evolución ahora nos encontramos. Empezó su máxima expansión a raíz de la caída del muro de Berlín, aunque sus raíces conceptuales e ideológicas se encuentran en las alternativas que surgieron al keynesianismo hegemónico tras la Segunda Guerra Mundial y que empezaron a fraguarse en la Escuela de Austria y en la Escuela de Chicago. En los años ochenta su rápida expansión promovida por el Reino Unido y EEUU tuvo la ayuda de las teorías denominadas de *pensamiento único*, que dibujaron un futuro en el que no quedaba otro remedio que ahondar en una única opción de profundización capitalista liberal donde la mano invisible del mercado, con una mínima intervención estatal, llevaría el progreso a todos los rincones del planeta. Por contra, lo ocurrido es que el mundo, después de varias décadas de globalización neoliberal es más desigual y se ha producido, al menos en su primera fase de expansión, un menor crecimiento económico en comparación con la fase keynesiana.

Las políticas impulsadas en esta fase neoliberal del capitalismo se resumen en la llamada trinidad del libre mercado: desregulación, privatización y reducción del gasto social. Con la desregulación se eliminaron aranceles y otras medidas proteccionistas a la entrada de productos foráneos, con lo que en el mercado local competían en igualdad de condiciones los productos producidos en cualquier lugar del mundo, en lo que pretendía acercarse a la competencia perfecta mundial, que en la teoría neoliberal llevaría a conseguir los mejores productos al precio más bajo posible. Sin embargo, la desregulación de los mercados se hace en función de la capacidad de que las grandes transnacionales sean capaces de dominar los mercados de que se trate. La privatización de las

empresas y servicios públicos, bajo la premisa de conseguir una mayor eficiencia en su gestión, ha puesto en manos privadas sectores antes gestionados bajo supervisión pública (recursos naturales, educación o sanidad, entre otros). La privatización de bienes públicos o comunes ha favorecido la mercantilización de otros aspectos de la vida como pueda ser el ocio o incluso las relaciones interpersonales. Finalmente, el recorte del gasto social ha supuesto una reducción del Estado a aquellos sectores que no pueden ser mercantilizados —al menos todavía no— por encontrarse fuera de los parámetros de mercado, es decir, de dar beneficios en un período razonable de tiempo, bien sea por la necesidad de grandes inversiones en infraestructuras o porque los clientes de tales servicios no tengan capacidad de compra suficiente para que una empresa rentabilice dicha actividad.

Para conseguir tales avances de la globalización capitalista neoliberal es de gran relevancia el papel que juegan las grandes instituciones internacionales. Entre las que destacan las económicas y financieras (FMI, Banco Mundial y OMC), aunque no deberíamos obviar la inestimable ayuda de organismos políticos de carácter supraestatal e incluso militares (OTAN). El papel de estas instituciones y la libertad de acción de las grandes empresas han dibujado una economía neoliberal conocida como la del *Consenso de Washington* que ha impulsado la economía financiera, en detrimento de la economía real, en la que la libertad de circulación de capitales ha conseguido que la economía financiera sea cuarenta veces superior a la economía real. Por otra parte, los procesos de fusión de capitales y empresas se han multiplicado, con el lógico objetivo empresarial de conseguir mayores ventajas competitivas en un mundo globalizado de libre mercado. Con ello se ha dado paso a un modelo económico en el que se huye de la competencia perfecta, aquél en el que ninguna empresa es capaz de controlar los precios de mercado y en el que la mano invisible de Adam Smith aplicaría. Al contrario, se ha dibujado un mapa empresarial oligopolístico, en el que un grupo reducido de grandes empresas controlan el mercado, como si de una situación de monopolio se tratara, a través de acuerdos sobre producción y precios entre ellas. Es decir, la mano que controla el mercado es perfectamente visible y no es otra que la de las ETN.

Con todo ello, podemos afirmar que la globalización capitalista neoliberal trata de crear un marco mundial que maximiza la obtención de beneficios de las grandes empresas, a corto y medio plazo mediante las políticas de ajuste estructural impuestas por los organismos internacionales y a largo plazo a través del componente ideológico y de valores que la acompañan, como es el caso de la mercantilización de la vida y de la competitividad como valor supremo en un mundo de libre mercado.

Pero el neoliberalismo no solo es una opción de política económica, sino una forma de creación de una sociedad muy determinada que esconde una ideología claramente definida que da cobertura a los intereses capitalistas. Porque la lógica del mercado se ha integrado no solo en las relaciones comerciales, en las que tiene evidentemente cabida, sino que también lo ha hecho en las relaciones entre seres humanos, en tanto en cuanto las relaciones sociales basadas en el trabajo se encuentran regidas por una lógica de mercado en el llamado mercado laboral, en el que se compra y vende mano de obra en función de parámetros de productividad, alejados de la realidad de las necesidades humanas. Los valores mercantiles, en los que prima la búsqueda del beneficio económico basado en el intercambio de bienes y servicios, han sido introducidos en nuestra cotidianidad de tal forma que hemos puesto precio no solo a aquello que consumimos para vivir, sino también a los sentimientos y las emociones.

La ideología neoliberal utiliza instituciones sociales y políticas, normas culturales, argumentaciones científicas y demás líneas de pensamiento que han conseguido que actualmente sintamos como condición natural y normal que el ser humano se comporte en todos sus ámbitos vitales en base a parámetros de mercado. De tal modo que los intereses humanos se encuentran supeditados a los intereses de mercado. La globalización neoliberal se percibe como algo natural, como una lógica e incuestionable evolución de la humanidad y no como una producción histórica. Cuando en realidad, como toda ideología y construcción social, el neoliberalismo es resultado de un minucioso y constante trabajo de pensamiento y propaganda que ha ganado la batalla de las ideas de los últimos años, convirtiéndolo en hegemónico en la mayor parte del planeta.

La ideología neoliberal nos dice que somos competitivos por naturaleza y naturaliza los fallos que genera el sistema en que se basa (pobreza, guerra, exclusión, marginación). La ciencia moderna es utilizada en muchos casos como religión, como justificación moral del comportamiento humano que legitima la doctrina neoliberal. El mercado libre es mostrado como la mejor opción desde un punto de vista científico y la competitividad y el egoísmo entre los humanos son mostrados como la mejor manera de relacionarnos para alcanzar cotas de desarrollo de nuestra especie cada vez mayores.

La ideología neoliberal trata de mercantilizar todo lo que tiene a su alrededor, ya que quienes la promueven alcanzan mayores cotas de poder, porque su poder se sustenta en la compra y venta de productos y servicios y cuanto más tengan para comprar y vender más se enriquecerán y más poder atesorarán en un mundo que idolatra la riqueza ma-

terial. El poder de quienes promueven el neoliberalismo, tal y como ha ocurrido con el capitalismo en sus anteriores fases, no es moral ni carismático, sino que se basa en la diferenciación social, en las relaciones jerárquicas de dueño y esclavo, de jefe y empleado. En el que la autoridad viene determinada por la riqueza que posees. El capitalista necesita de la obediencia de sus trabajadores y de sus clientes tanto como el general de su tropa. Pero no busca una obediencia basada en la fuerza o en la tradición —aunque si es necesario hace uso de ella— sino que trata de que obedezcamos por voluntad propia, que trabajemos en las condiciones que nos dicte y que consumamos los bienes que nos vende sin cuestionamientos, voluntariamente, conformes con nuestra función social, conscientes de nuestra inferioridad y de nuestra incapacidad de alcanzar su estatus. Es básico en la ideología capitalista neoliberal el mantenimiento de una estructura en la que haya dominadores y dominados, opresores y oprimidos, existentes y no existentes, superiores e inferiores. Lo es tanto como la aceptación de que esto debe ser así. Las relaciones paternalistas, el asistencialismo y la naturalización de la existencia de excluidos de las reglas del juego del mercado mantienen la lógica de este sistema social, en el que imitamos las estructuras de antaño (esclavismo y feudalismo), rechazadas categóricamente —al menos en la teoría— por las generaciones nacidas en el capitalismo.

En definitiva, la ideología neoliberal valora y promueve el individualismo, el egoísmo y el interés particular como elemento que llevado al extremo cubrirá las necesidades de todas las personas, como resultado de una confrontación de intereses continua entre todos los seres humanos, mediante relaciones competitivas en las que inevitablemente siempre hay ganadores y perdedores. Esta ideología confronta la importancia de la autonomía individual frente a la inoperancia del colectivismo, generando falta de compromiso por objetivos comunes. Dicho individualismo crea personas hedonistas, narcisistas, banales e insolidarias, sin convicciones, que se convierten en espectadoras pasivas de su propia vida, incapaces de posicionarse, entregadas a cubrir sus creadas necesidades individuales en el mercado correspondiente. Esta ideología se basa, insistimos, en la mercantilización de la vida, gracias a la que todo tiene un precio, un valor dinerario. En este sentido se promulga la libertad de consumo a la vez que se crean nuevas necesidades de consumo, donde somos libres para elegir entre aquellos bienes y servicios que nuestro dinero puede comprar. La ideología neoliberal va acompañada además de una uniformización cultural que se corresponde con la cultura de quienes son más fuertes en el libre mercado. La cultura de los fuertes es hoy por hoy la occidental, que es de donde proceden la mayoría de grandes ETN que se expanden imparablemente en el marco de

la globalización. La uniformización cultural es muy provechosa para las grandes transnacionales, ya que conseguir consumidores que demanden los mismos productos les reportará mayores retornos a su inversión en investigación y desarrollo de nuevos productos, al colocar un mismo producto en muchos más mercados.

Sobre la existencia de un gobierno económico mundial, podemos concluir que éste existe y que está realmente estructurado. Pero se trata de un gobierno informal, de diferentes foros tradicionales o de nueva creación, en los que coinciden sistemáticamente personajes que forman parte de la élite económica y política actual. Un hecho clave en la construcción explícita de un gobierno económico mundial fue el resultado de la Segunda Guerra Mundial, de donde salió victorioso EEUU y que hizo que en todas las instituciones, creadas entonces para favorecer una gobernabilidad mundial, apareciera EEUU en una situación preponderante y con la capacidad de controlar la futura evolución de las mismas. Es por esto que el FMI, el Banco Mundial, la OMC, el G-8, el G-20, e incluso NNUU y, por supuesto, la OTAN, están controladas en gran medida por EEUU. Por esta razón, las decisiones que se toman en las instancias públicas formadas por Estados, que hoy en día identificamos como las instancias de gobierno global, favorecen a EEUU y, en algunos casos, a sus aliados.

Los programas de ajuste estructural impulsados por el FMI y el Banco Mundial han promovido aquellas características principales que hemos identificado como definitorias de las políticas neoliberales, impulsoras por tanto de la ideología neoliberal. Los grandes beneficiados de éstas han sido, evidentemente, los países más industrializados, poseedores de las empresas más fuertes y competitivas en un marco de libre mercado. Paradójicamente, aunque no por ello menos lógico, los países industrializados han protegido sus industrias en aquellos casos en que la competencia exterior pudiera ganar la batalla en los mercados totalmente liberalizados. Como fue el caso del Acuerdo Multifibras por el que la industria estadounidense textil se protegía de la competencia extranjera o la Política Agraria Común de la UE, que protege la agricultura europea frente a la pujante competencia agrícola exterior. Cabe decir que todo ello muestra la hipocresía de quienes comandan la globalización capitalista neoliberal, ya que incumple los principios básicos de la OMC y, claro está, las políticas neoliberales ortodoxas.

Gracias a la expansión del capitalismo por todo el planeta se ha dado la posibilidad a un crecimiento exponencial de las grandes ETN, en número, pero sobre todo en tamaño. El mundo actual está compuesto por empresas que anualmente manejan más dinero que muchos Estados, con lo que su poder de influencia no solo en términos

económicos, sino también en aspectos políticos e incluso culturales, es enorme. El hecho de que sean las grandes transnacionales quienes acudan en masa a los principales foros de poder informal y que tengan poderosos grupos de presión en los centros de decisión política, hace que su opinión influya de manera decisiva en las políticas que los gobiernos llevan a cabo en sus marcos territoriales. El problema de que esto sea así no es otro que la razón de ser y objetivo principal de las empresas, y por tanto, de las transnacionales: la maximización del beneficio económico. Objetivo que suele referirse a conseguir los máximos beneficios a corto plazo, por la enorme presión de la economía financiera sobre los resultados empresariales, que servirán de termómetro anual para valorar la rentabilidad de una empresa y su cotización en Bolsa, y por la lejanía entre la propiedad empresarial y sus gestores, que lleva a que éstos prioricen el máximo beneficio actual, para conseguir así mayores retribuciones dinerarias, ya que sus sueldos vienen determinados en gran parte por la consecución de objetivos en términos de beneficios inmediatos. Es decir, conseguir generar el marco adecuado, político, social, cultural y, por supuesto, económico, en cada Estado y en el ámbito global, para alcanzar los mayores beneficios empresariales a corto y medio plazo, es la razón de ser de las políticas que se promueven desde el FMI, el Banco Mundial, la OMC, el FEM, los lobbys empresariales, los *think tank* financiados por estas empresas y los secretos o públicos clubs donde se encuentran y comparten sus inquietudes y visión del mundo, grandes empresarios, aristócratas, banqueros, políticos, directivos de medios de comunicación y algunos académicos.

4.2. Sobre los movimientos antisistémicos

Los movimientos sociales han luchado de diferentes formas y desde hace ya dos siglos contra el sistema capitalista. De las primeras estrategias mayoritarias de los movimientos tradicionales se pasó en la segunda mitad del siglo xx a buscar alternativas también a las estrategias de lucha social tradicionales. En este sentido, de las diferentes clasificaciones que podemos hacer de los movimientos sociales tradicionales, cabe mencionar la distinción entre aquellos que optaron por conseguir el poder para sus objetivos de transformación social y quienes decidieron que la transformación debía hacerse en la sociedad, sin necesidad de ostentar el poder de las instituciones existentes. En los movimientos sociales tradicionales ganaron la batalla dialéctica quienes pretendieron alcanzar el poder y además tuvieron éxito en su cometido. En un buen número de países los partidos socialistas o comunistas llegaron al poder.

Sin embargo, los resultados que su gestión del poder ofrecieron fueron decepcionantes y no consiguieron su objetivo original de transformación del sistema capitalista. Es decir, una vez se encontraron con el poder en sus manos, los movimientos autodenominados revolucionarios se convirtieron, en el mejor de los casos, en reformistas. Ello dio paso a un desencanto en la base social de los movimientos sociales que estalló en el proceso revolucionario de Mayo del 68, abriendo camino a los NMS.

Los NMS son nuevos porque aportan diferencias sustanciales con los considerados viejos movimientos. Son considerados nuevos los movimientos surgidos en los años 60 que tuvieron su momento de mayor visibilidad en la explosión revolucionaria del 68. Entre ellos se encuentran principalmente el movimiento feminista, el pacifista y el ecologista. Son considerados nuevos por el sujeto que lo protagoniza, ya que en sustitución de las clases desfavorecidas que luchaban y luchan por mejorar su situación en el sistema existente a través del movimiento obrero tradicional, aparecen nuevos sujetos de carácter revolucionario que se convierten en protagonistas de los NMS, entre los que encontramos trabajadores técnicos, personal cualificado, intelectuales y estudiantes que forman parte de la clase media ilustrada que en principio se beneficia del orden social y político capitalista. Otra diferencia sustancial entre los nuevos y los viejos movimientos es su crítica al sistema capitalista. Porque mientras los viejos movimientos no lo cuestionan de manera sustancial, los NMS niegan todo aquello que no les gusta del ordenamiento social, político y económico, declarándose ampliamente antisistémicos (antiautoritarios, antiburocráticos, antimilitaristas, antiimperialistas, antiproduccionistas, antipatriarcales e incluso anticapitalistas y antisocialistas). Critican tanto el capitalismo de Occidente, como el socialismo del Este, sin dejar fuera de la crítica las prácticas políticas de los nuevos países creados al calor de la descolonización, que en plena Guerra Fría abrazaban uno de los dos sistemas hegemónicos de la época.

Los NMS son diferentes también a los viejos movimientos en lo que respecta a su vinculación con los partidos políticos y sindicatos tradicionales, ya que el movimiento social obrero organiza su lucha a través de estructuras de participación social existentes, mientras los NMS no han sido creados por partidos políticos ni sindicatos, no dependen de sus recursos y tampoco pretenden hacerlo. Esta estrategia aleja a los NMS del poder establecido, que en su opinión es quien ha deslegitimado a la vieja izquierda, ya que cuando ha accedido a él se ha comportado con debilidad a la hora de hacer reformas sustanciales, ha aceptado y promovido el propio sistema de explotación capitalista, ha escandalizado con continuos casos de corrupción y se ha mostrado negligente a la hora de cubrir las necesidades de los sectores oprimidos, marginados

y excluidos de la lógica capitalista. Esta crítica les obliga a cambiar sus formas organizativas y de acción para ser coherentes con su discurso transformador. Es por ello que rechazan la democracia representativa, las estructuras centralizadas, jerárquicas y burocráticas e incluso las relaciones con los partidos y los gobiernos. Ofrecen, por tanto, alternativas democráticas participativas, una organización de sus movimientos descentralizada, horizontal y autónoma, además de no relacionarse con los partidos políticos o con las entidades gubernamentales para evitar ser cooptados.

Los NMS ofrecen, como alternativa a los viejos movimientos, nuevas formas de ser y de hacer. Su propuesta innovadora en cuanto a sus formas de ser es el rechazo del materialismo de la sociedad de consumo capitalista, el altruismo frente a este materialismo y la lucha por la identidad en contraposición a la lucha por el poder. Sus nuevas formas de hacer se basan en el impulso del cambio personal como parte consustancial del cambio social y de la acción directa de protesta, ofreciendo dinámicas y alternativas de transformación al margen del sistema, que sirven de ejemplo e inspiración a quien no quiere formar parte del mismo. Aunque, si bien es cierto que un amplio desarrollo de esta estrategia y un creciente aumento de su influencia puede llevar a cambios sustanciales en el modelo de sociedad actual, la experiencia nos muestra que el sistema que quieren cambiar ha encontrado la manera de invisibilizarlos y criminalizarlos, cuando no ha encontrado la forma de cooptarlos.

En las calles de Seattle coincidieron una diversidad de grupos inédita en cuanto a la afiliación de sus participantes, a sus sensibilidades, generaciones e incluso creencias. Las protestas a que dio lugar Seattle se dirigieron, como venía ocurriendo en años inmediatamente anteriores, contra algunos de los principales exponentes del gobierno económico mundial: el FMI, el Banco Mundial, el G7/8, el ALCA, la OMC, el FEM, la OCDE, la OEA, algunos gobiernos de Estados que pretendían implantar medidas neoliberales y ETN. Los movimientos contra la globalización capitalista neoliberal son resultado de la actual fase del que hemos denominado *ciclo de movilización contra la globalización capitalista neoliberal*, que empezó a finales de los años 80 y que tuvo su momento álgido en el ciclo de protesta de los años que siguieron a Seattle. Este pico de protestas alcanzado en los años que siguieron a Seattle dio lugar a fases propositivas, canalizadas a través del FSM lo que, tras unos años de experiencias basadas en encuentros, intercambios y aprendizaje entre activistas, ha dado paso a la conformación de lo que hemos denominado movimientos altermundistas. Es decir, el FSM institucionalizó las experiencias de Seattle y del resto de protestas acontecidas en el cambio de siglo, creando un nuevo marco para la movilización social

en el que confluyen viejos y nuevos movimientos, los antiglobalización y movimientos y organizaciones sociales de todo tipo, conformando lo que se ha venido a llamar como sociedad civil global. Nosotros hemos denominado a la diversidad de la nueva sociedad global como movimientos altermundistas, porque incorpora elementos novedosos fruto del encuentro de diferentes corrientes y tradiciones sociales y políticas y porque nace con un talante claramente antisistémico, al contrario de lo que pudiera deducirse de una hipotética sociedad civil global.

Los movimientos altermundistas superan la distinción entre viejos y nuevos movimientos, e incorporan una dimensión social, ética y contracultural, además de la política. Es un movimiento global, no parcializado como los NMS y se sitúa en el arco ideológico que va del centro izquierda a la extrema izquierda. Una de sus principales reivindicaciones es la lucha contra la mercantilización, la incorporación de valores post-materialistas junto con demandas materialistas de estos colectivos marginados por el sistema, la conexión entre lo local y lo global y la sustitución del conflicto entre burguesía y proletariado por el de Norte-Sur. Los movimientos altermundistas muestran recelos con respecto a la política institucional y los partidos políticos, razón por la que no tienen, ni pretenden tener, un programa institucional, ya que su ideología es abierta a quien se quiera sumar. Por otra parte, abogan por una globalización de los derechos mostrando un carácter internacionalista y mundial, a través de una estrategia de red de redes que es posible gracias a su descentralización y autonomía organizativas. La democracia es otro de sus pilares, participativa en el seno de sus organizaciones y redes, local porque la reclaman y practican en sus entornos más cercanos. Une discursos viejos y nuevos, sofisticados y sencillos, buscando el consenso de la diversidad en la globalidad. La práctica de la acción directa es la manera en que construyen uno o varios nuevos movimientos y alternativas al sistema, siendo la desobediencia civil una de sus prácticas de protesta más extendidas, ya que de este modo ponen en cuestión algunas de las leyes que estructuran el sistema y se enfrentan, teóricamente sin violencia, a las fuerzas de seguridad que se encargan de hacer cumplir la ley.

Los movimientos altermundistas tienen un carácter epistemológico multidimensional, que practica y busca nuevas alternativas en cuanto al saber y al conocimiento. Cuestionan la cultura cientifista, dando valor a la diversidad y al respeto de la diferencia por encima de tentaciones unificadoras desde un punto de vista político o cultural. En este aspecto ha tenido gran influencia el nuevo zapatismo del EZLN, que realmente ha marcado tendencia entre quienes conforman los movimientos altermundistas. Desde Chiapas se propuso al mundo una acción política innovadora, inclusiva, que tuviera como enemigo principal el que hemos

identificado como gobierno económico mundial. Entre sus propuestas, de las que podemos comprobar que ha bebido el altermundismo, se encuentra dar el protagonismo a todos los grupos oprimidos del mundo, que sus objetivos y preocupaciones sean mundiales, aun partiendo de una experiencia local, así como el rechazo del poder a través de la fórmula *mandar obedeciendo*, que supone una verdadera práctica democrática horizontal en la que prima la participación y el consenso. El llamamiento del zapatismo es a organizarse, juntarse, discutir, aprender, no a seguir un programa determinado, construyendo así un mundo donde quepan muchos mundos, sin dogmas predeterminados. El zapatismo usa nuevos lenguajes, los de la gente corriente, sencillos, claros, basados en las experiencias vitales.

Los sujetos de los movimientos altermundistas son o deberían ser las nuevas capas excluidas de la sociedad, aunque también lo conforman tanto clases medias como obreras. Una nueva generación de personas oprimidas, marginadas, discriminadas y explotadas entra en escena en los movimientos altermundistas. En ellos participan y se encuentran quienes participaron en los movimientos de descolonización, el movimiento obrero y los NMS, además de los antiglobalización y las ONG. Estos movimientos sociales crearon el FSM y el mismo Foro ha propiciado la creación de estos movimientos.

Cabe tener en cuenta que existe cierta controversia en lo que se refiere a la denominación de los movimientos que se enmarcan en el proceso del FSM. Es por ello que insistimos en una definición integradora, que pensamos que incluye todas las vertientes anteriormente expuestas y que podría definirse de tal manera que puedan sentirse cómodos tanto quienes abogan por una clara tendencia revolucionaria como quienes proponen alternativas más reformistas. La definición *altermundista* será, por tanto, la de los movimientos que pretenden transformar el sistema hegemónico y superar la ideología neoliberal capitalista, es por ello que deben ser en todo caso antisistémicos. Estos movimientos buscan ser el nexo entre quienes abogan por acabar con la globalización como fase ineludible del desarrollo capitalista —y que defienden tesis netamente anticapitalistas y por tanto revolucionarias— y entre aquellas otras organizaciones, principalmente las ONG, que en algunos casos pretenden a través de suaves reformas poco más que aliviar los efectos devastadores sobre la vida de las personas excluidas del sistema actual. En un término medio encontramos una gran diversidad de colectivos, organizaciones y movimientos que, dependiendo de sus actuaciones puntuales o de coyunturas determinadas, radicalizan o moderan su discurso. Todos ellos, salvo las excepciones evidentes que suponen los movimientos u organizaciones reaccionarios, conforman este amplio

movimiento que ha conseguido hacer confluir con cierta continuidad a viejos y nuevos movimientos con nuevas corrientes sociales globales. La clave de su éxito es, sin embargo, firmeza en sus principios y formas de hacer, que suponen un aprendizaje y un cambio para una mayoría que se maneja todavía con estructuras jerárquicas y elitistas en los mismos movimientos y en las organizaciones sociales.

En definitiva, los movimientos altermundistas son resultado tanto de los NMS y Mayo del 68 como de las protestas inmediatamente anteriores y posteriores a Seattle, que conformaron el movimiento antiglobalización. Engloban a todos los movimientos existentes en los años 80 y 90 por separado, al movimiento antiglobalización que unió a buena parte de ellos y a aquellos que no se sentían identificados con ninguno, pero que trabajan igualmente por construir alternativas al sistema. Podríamos decir que los movimientos altermundistas se componen de la mayor parte de los movimientos antisistémicos actuales.

Bibliografía

- AGOSTO, Patricia (2003): *Wallerstein y la crisis del Estado-nación*, Madrid, Campo de Ideas.
- AGUILAR, Salvador y otros (2005): «Presentación», en EPSTEIN, Barbara y otros (2005): *Movimientos de resistencia al capitalismo global*, Barcelona, Hacer editorial, 9-24.
- AMIN, Samir (2007): *El virus liberal*. Barcelona. Hacer Editorial.
- ARRIGHI, Giovanni y otros (1999): *Movimientos antisistémicos*, Madrid, Akal.
- AYRES, Jeffrey M. (2004): «Framing Collective Action Against Neoliberalism: The Case of the "Anti-Globalization" Movement», *Journal of World-Systems Research*, vol. X Núm. 1 winter, 10-34.
- BECK, Ulrich (1998): *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Barcelona, Paidós.
- BELLO, Walden (2002): «La contraofensiva global» en GALDON, Gemma (ed.) (2002): *Mundo, S.A. Voces contra la globalización*, Barcelona, La Tempestad, 181-193.
- BELLO, Walden (2004): *Desglobalización. Ideas para una nueva economía mundial*, Barcelona, Icaria.
- BELLO, Walden (2007): «The Forum at the crossroads», en Forum Social Mundial, disponible en http://www.forumsocialmundial.org.br/noticias_textos.php?cd_news=395, Fecha de consulta, 8-03-09.
- BERGER, Peter L. (1989): *La revolución capitalista*, Barcelona, Península.
- BETTO, Frei (2009): «Nuevos valores para una nueva civilización», en Alainet, disponible en <http://alainet.org/active/29038>, Fecha de consulta, 24-04-10.
- BLANCO, Rogelio (1995): *La pedagogía de Paulo Freire*, Madrid, Endymion.
- BLOM, Amélie (2003): «Redes internacionales de protesta», en VIDAL BENEYTO, José (dir.) (2003): *Hacia una sociedad civil global*, Madrid, Taurus, 321-345.
- BOFF, Leonardo (2002): «¿Cuál globalización?», en *Forum Social Mundial*, disponible en http://Forum Social Mundial.br/dinamic/esp_LeonardoBoff.php, Fecha de consulta, 12-07-07.
- BRAND, Karl-Werner (1992): «Aspectos cíclicos de los nuevos movimientos sociales: fases de crítica cultural y ciclos de movilización del nuevo radicalismo de clases medias», en DALTON, Russell J. y Manfred KUECHLER (eds.)

- (1992): *Los nuevos movimientos sociales*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 45-69.
- BRINGEL, Breno y otros (2008): «Movimiento antiglobalización. Del actor en movimiento a los movimientos en acción: la rearticulación de la lucha antiglobalización», en GRAU, Elena y Pedro IBARRA (coords.) (2008): *La red en la ciudad. Anuario de movimientos sociales 2008*, Barcelona, Icaria, 178-187.
- BRINGEL, Breno y otros (2009): «Movimiento antiglobalización. Crisis globales y luchas transnacionales», en GRAU, Elena y Pedro IBARRA (coords.) (2009): *Crisis y respuestas en la red. Anuario de movimientos sociales 2009*, Barcelona, Icaria, 210-218.
- BROWNE, Robert S. (1994): «Alternativas al Fondo Monetario Internacional», en CAVANAGH, John y otros (1994): *Alternativas al orden económico global*, Barcelona, Icaria, 27-47.
- CALLE, Ángel (2003): «Los Nuevos Movimientos Globales», *Papeles del CEIC*, 7, marzo, 1-13.
- CALLE, Ángel (2005a): «Nuevos movimientos globales. Tiempo de reflujos y sedimentación», en GRAU, Elena y Pedro IBARRA (coords.) (2005): *La política en la red. Anuario de movimientos sociales 2003*, Barcelona, Icaria, 179-184.
- CALLE, Ángel (2005b): *Nuevos movimientos globales. Hacia la radicalidad democrática*, Madrid, Editorial Popular.
- CALLINICOS, Alex y Chris NINEHAM (2007): «At an Impasse? Anti-capitalism and the Social Forums Today», *International Socialism Journal*, 115.
- CALVO RUFANGES, Jordi (2008a): *El Foro Social Mundial, nuevas formas de hacer política*, Bilbao, Deusto.
- CALVO RUFANGES, Jordi (2008b): *El Fòrum Social Mundial. Nous camins per canviar el món*, Barcelona, Justícia i Pau.
- CALVO RUFANGES, Jordi (2010): *El Fòrum Social Català 2008 i 2010. Reptes i perspectives de futur*, Barcelona: Justícia i Pau.
- CASTELLS, Manuel (2001): *La era de la información. La sociedad red. Vol. I*, Madrid, Alianza.
- CAVANAGH, John y otros (2004): *Alternativas al orden económico global*, Barcelona, Icaria.
- CERI, Paolo (2002): *Movimenti globali. La protesta nel XXI secolo*, Bari, Laterza.
- CHOMSKY, Noam (2001): *El miedo a la democracia*, Barcelona, Crítica.
- CHOMSKY, Noam (2007): «Crisis inminentes: el legado del neoliberalismo», en CHOMSKY, Noam y otros (2007): *25 años de neoliberalismo*, Barcelona, Hacer editorial, 115-136.
- CHOMSKY, Noam (2009): *El beneficio es lo que cuenta*, Barcelona, Crítica.
- CHOMSKY, Noam y otros (2007): *25 años de neoliberalismo*, Barcelona, Hacer editorial, 115-136.
- DALTON, Russell J. y Manfred KUECHLER (eds.) (1992): *Los nuevos movimientos sociales*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim.
- DALTON, Russell J. y otros (1992): «El reto de los movimientos sociales», en DALTON, Russell J. y Manfred KUECHLER (ed.) (1992): *Los nuevos movimientos sociales*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 19-42.

- DIANI, Mario (1992): «The Concept of Social Movement», *The Sociological Review*, 40 (1).
- DÍAZ-SALAZAR, Rafael (2003): *Justicia Global*, Barcelona, Icaria.
- DOUTHWAITE, Richard (1996): *Short circuit strenghtening local economies for security in an unstable world, a resurgence book*, Devon, Green Books.
- ECHART, Enara y otros (2005): *Origen, protestas y propuestas del movimiento antiglobalización*, Madrid, Catarata.
- EPSTEIN, Barbara y otros (2005): *Movimientos de resistencia al capitalismo global*, Barcelona, Hacer editorial, 61-85.
- ESTULIN, Daniel (2009): *Los secretos del Club Bilderberg*, Barcelona, Books-4Pocket.
- ETXEZARRETA, Miren (2001): «Algunos rasgos de la globalización», en FERNÁNDEZ DURÁN, Ramón y otros (2001): *Globalización capitalista. Luchas y resistencias*, Barcelona, Virus, 13-41.
- FEIXÁ, Carles y otros (eds.) (2002): *Movimientos juveniles: de la globalización a la antiglobalización*, Barcelona, Ariel.
- FERNÁNDEZ BUEY, Francisco (2005): *Guía para una globalización alternativa*, Barcelona, Ediciones B.
- FERNÁNDEZ DURÁN, Ramón (2001): «Capitalismo global, resistencias sociales y estrategias del poder», en FERNÁNDEZ DURÁN, Ramón y otros (2001): *Globalización capitalista. Luchas y resistencias*, Barcelona, Virus, 61-216.
- FERNÁNDEZ DURÁN, Ramón y otros (2001): *Globalización capitalista. Luchas y resistencias*, Barcelona, Virus.
- FERRARI, Sergio (2003): «Universalizar la Otra Mundialización», en Forum Social Mundial, disponible en http://Forum Social Mundial.br/dinamic.php?pagina=bal_toussaint_esp, Fecha de consulta, 13-07-07.
- FINK, Carole y otros (1998): *1968. The world transformed*, Cambridge, Cambridge University Press.
- FREIRE, Paulo (1980): *Pedagogía del oprimido*, Madrid, Siglo veintiuno de España editores S.A.
- FREIRE, Paulo (2007): *Pedagogía de la esperanza*, México D.F., Siglo veintiuno editores.
- FRIEDMAN, Thomas (1999): *The lexus and the olive tree*, New York, Farrar Straus Giroux.
- FROMM, Erich (1984): *Sobre la desobediencia*, Barcelona, Paidós.
- FROMM, Erich (1989): *El miedo a la libertad*, Barcelona, Paidós Studio.
- FROMM, Erich (2003): *El arte de amar*, Barcelona, Paidós Contextos 90.
- FUKUYAMA, Francis (1992): *The end of History and the Last Man*, New York, Avon Books.
- GALDON, Gemma (ed.) (2002): *Mundo, S.A. Voces contra la globalización*, Barcelona, La Tempestad.
- GALEANO, Eduardo (2002): «Es posible y necesario luchar», en Forum Social Mundial, disponible en http://Forum Social Mundial.br/dinamic/esp_bgaleano.php, Fecha de consulta, 12-07-07.
- GARCÍA DE LEÓN, Antonio (2001): *EZLN. Documentos y comunicados 2*, México D.F., Ediciones Era.

- GEORGE, Susan (1997): «How to Win the War of Ideas: Lessons from the Gramscian Right», *Dissent*, Verano.
- GEORGE, Susan (2004a): *Otro mundo es posible si...*, Barcelona, Icaria.
- GEORGE, Susan (2004b): «Del neoliberalismo a la globalización capitalista», en Ramonet, Ignacio y otros (2004): *Los desafíos de la globalización*, Madrid, Ediciones Hoac, 29-40.
- GEORGE, Susan (2004c): «De cómo una locura colectiva se ha apoderado del mundo», en RODDICK, Anita (2004): *Tómalo como algo personal*, Barcelona, Icaria, 184-190.
- GEORGE, Susan (2007): *El pensamiento secuestrado*, Barcelona, Icaria.
- GESTER, Richard (1994): «Un nuevo marco de responsabilidades para el Fondo Monetario Internacional (FMI)», en CAVANAGH, John y otros (2004): *Alternativas al orden económico global*, Barcelona, Icaria, 49-64.
- GIDDENS, Anthony (1999): *Un mundo desbocado*, Taurus, Madrid.
- GODÀS I PÉREZ, Xavier (2007): *Política del disenso. Sociología de los movimientos sociales*, Barcelona, Icaria.
- GÓMEZ, José María (2004): «De Porto Alegre a Mumbai. El Foro Social Mundial y los retos del movimiento altermundista», en *Forum Social Mundial*, disponible en http://www.forumsocialmundial.org.br/noticias_textos.php?cd_news=75, Fecha de consulta, 8-03-09.
- GONÇALVES, Reinaldo y Luis Carlos DELORME (1994): «Alternativas al sistema de comercio mundial», en CAVANAGH, John y otros (1994): *Alternativas al orden económico global*, Barcelona, Icaria, 93-105.
- GRAU, Elena y Pedro IBARRA (coords.) (2005): *La política en la red. Anuario de movimientos sociales 2003*, Barcelona, Icaria.
- GRAU, Elena y Pedro IBARRA (coords.) (2008): *La red en la ciudad. Anuario de movimientos sociales 2008*, Barcelona, Icaria.
- GRAU, Elena y Pedro IBARRA (coords.) (2009): *Crisis y respuestas en la red. Anuario de movimientos sociales 2009*, Barcelona, Icaria.
- HARDT, Michael y Antonio NEGRI (2001): *Imperio*, Madrid, Paidós.
- HART-LANDSBERG, Martin (2007): «Neoliberalismo. Mitos y realidades», en CHOMSKY, Noam y otros (2007): *25 años de neoliberalismo*, Barcelona, Hacer editorial, 21-40.
- HERRERA, Rémy (2007): «La teoría económica neoliberal y el desarrollo», en CHOMSKY, Noam y otros (2007): *25 años de neoliberalismo*, Barcelona, Hacer editorial, 55-69.
- HERREROS, Tomás (2004): *Moviments socials i cicles de protesta: el cicle de protesta en el capitalisme global, 1994-2003*, Alicante, Ponencia Congreso Español de Sociología.
- HOLLOWAY, John (2002): *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Barcelona, El Viejo Topo.
- HOUTART, François (2001): «Alternativas plausíveis ao capitalismo globalizado», en CATTANI, Antonio David (2001): *Fórum Social Mundial. A construção de um mundo melhor*, Porto Alegre, Editora da Universidade/UFRGS, Editora Vozes Ltda., Unitrabalho y Veraz Comunicação, 165-178.
- IBARRA, Pedro (2000): «Los Estudios sobre los Movimientos Sociales: Estado de la Cuestión», *Revista Española de Ciencia Política*, Vol. 1, Núm. 2, Abril, 271-290.

- IBARRA, Pedro y otros (2002a): *Creadores de democracia radical. Movimientos sociales y redes de políticas públicas*, Barcelona, Icaria, 23-56.
- IBARRA, Pedro y otros (2002b): «Los nuevos movimientos sociales. El estado de la cuestión», en IBARRA, Pedro y otros (2002a): *Creadores de democracia radical. Movimientos sociales y redes de políticas públicas*, Barcelona, Icaria, 23-56.
- INGLEHART, Ronald (1992): «Valores, ideología y movilización cognitiva en los nuevos movimientos sociales», en DALTON, Russell J. y Manfred KUECHLER (eds.) (1992): *Los nuevos movimientos sociales*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 71-99.
- JAVALOY, Federico y otros (2001): *Comportamiento colectivo y movimientos sociales*, Madrid, Prentice Hall.
- KLANDERMANS, P. Bert (1992): «La unión de lo "viejo" con lo "nuevo": el entramado de los movimientos sociales en los países bajos», en DALTON, Russell J. y Manfred KUECHLER (eds.) (1992): *Los nuevos movimientos sociales*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 173-192.
- KLEIN, Naomi (2002a): «Memorias de Porto Alegre y Nueva York. La revuelta desde las "costuras"», en *Forum Social Mundial*, disponible en http://ForumSocialMundial.br/dinamic/esp_b_NaomiKlein.php, Fecha de consulta, 12-07-07.
- KLEIN, Naomi (2002b): «Como una nube de mosquitos» en GALDON, Gemma (ed.) (2002): *Mundo, S.A. Voces contra la globalización*, Barcelona, La Tempestad, 169-180.
- KLEIN, Naomi (2003): *Barreres i finestres. Notes des de la trinxera contra la globalització*, Barcelona, Empúries.
- KLEIN, Naomi (2004), «Bienvenidos a la generación en red», en RODDICK, Anita (2004): *Tómalo como algo personal*, Barcelona, Icaria, 32-38.
- KLEIN, Naomi (2007): *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, Barcelona, Paidós.
- LENIN, Vladimir Ilich (1977): *Obras escogidas*, Moscú, Editorial Progreso.
- MARCHA MUNDIAL DE LAS MUJERES (2008): «Dónde se necesita el cambio», en *Forum Social Mundial*, disponible en http://www.forumsocialmundial.org.br/noticias_textos.php?cd_news=493, Fecha de consulta, 8-03-09.
- MARTÍ, Salvador y otros (2002): «¿Otro mundo es posible?: El movimiento de solidaridad internacional», en IBARRA, Pedro y otros (2002a): *Creadores de democracia radical. Movimientos sociales y redes de políticas públicas*, Barcelona, Icaria, 83-112.
- MARTÍN, Cristina (2007): *El Club Bilderberg. Los amos del mundo*, Barcelona, Books4pocket.
- MARTÍNEZ DE BRINGAS, Asier (2001): *Globalización y derechos humanos*, Bilbao, Universidad de Deusto.
- MARTÍNEZ GUZMÁN, Vicent (2001): *Filosofía para hacer las paces*, Barcelona, Icaria.
- MARTÍNEZ, Juan (2002): «Desarrollar el subdesarrollo» en GALDON, Gemma (ed.) (2002): *Mundo, S.A. Voces contra la globalización*, Barcelona, La Tempestad, 45-56.

- MARTINS, Antonio (2008): «Cuatro hipótesis sobre un nuevo Foro Social Mundial», en Choike, disponible en <http://www.choike.org/nuevo/informes/6065.html>, Fecha de consulta, 24-04-10.
- MARX, Karl y Friedrich ENGELS (1998): *Manifiesto comunista*, Barcelona, Crítica.
- MASLLORENS, Xavier (2004): *El cinquè poder. La solidaritat activa*, Barcelona, Intermón Oxfam.
- MASSIAH, Gustave (2007): «Evolution globale et altermondialisme», en *Forum Social Mundial*, disponible en http://www.forumsocialmundial.org.br/noticias_textos.php?cd_news=422, Fecha de consulta, 8-03-09.
- McADAM, Dough (2003): «Movimientos iniciadores y movimientos derivados: procesos de difusión en los ciclos de protesta», en TRAGOUTT, Mark (comp.) (2003): *Protesta Social*, Barcelona, Editorial Hacer, 243-269.
- McADAM, Dough y otros (eds.) (1999): *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Itsmo.
- MELUCCI, Alberto (1985): «The Symbolic Challenge of Contemporary Social Movements», *Social Research*, Vol. 52, n.º 4.
- MINÀ, Gianni (2002): «Como nasce um movimento», en MINÀ, Gianni y otros (2002): *Um outro mundo é possível*, Río de Janeiro, Editora Record, 75-98.
- MINÀ, Gianni y otros (2002): *Um outro mundo é possível*, Río de Janeiro, Editora Record.
- MONEDERO, Juan Carlos (2008): *Disfraces del Leviatán. El papel del estado en la globalización neoliberal*, Caracas, Escuela Latinoamericana de Gobierno, Políticas Públicas y Ciudadanía.
- MONEREO, Manuel (2002): «Propuestas para un nuevo internacionalismo», en Forum Social Mundial, disponible en http://Forum Social Mundial.br/dinamic/esp_1bal1.php, Fecha de consulta, 12-07-07.
- MOUSSAOUI, Rosa (2008): «El nuevo reto del internacionalismo de los pueblos», en Rebelión, disponible en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=62978>, Fecha de consulta, 10-03-10.
- NAVARRO, Vicenç (2007): «La lucha de clases a escala mundial», en CHOMSKY, Noam y otros (2007): *25 años de neoliberalismo*, Barcelona, Hacer editorial, 71-88.
- NEVEU, Erik (2002): *Sociología de los movimientos sociales*, Barcelona, Editorial Hacer.
- OFFE, Claus (1985): «New Social Movements: Changing Boundaries of the Political», *Social Research*, 52, 817-868.
- OFFE, Claus (1992): «Reflexiones sobre la autotransformación institucional de la actividad política de los movimientos: un modelo provisional según estadios», en DALTON, Russell J. y Manfred KUECHLER (eds.) (1992): *Los nuevos movimientos sociales*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 19-42.
- OLIVERES, Arcadi (2002): «La democracia amenazada» en GALDON, GEMMA (ed.) (2002): *Mundo, S.A. Voces contra la globalización*, Barcelona, La Tempes-tad, 138-143.
- OLIVERES, Arcadi (2005): *Contra el hambre y la guerra*, Barcelona, Angle Editorial.
- OLIVERES, Arcadi (2008): *El meu camí cap a la utopia*, Barcelona, Angle Editorial.

- OLIVERES, Arcadi (2009): *¡En qué mundo vivimos!*, Barcelona, Icaria.
- OLIVERES, Arcadi (2010): *Aturem la crisi. Les perversions d'un sistema que és possible canviar*, Barcelona, Angle Editorial.
- PANITCH, Leo (2005): «La violencia como instrumento de orden y de cambio: la "guerra contra el terrorismo" y el movimiento antiglobalización», en EPSTEIN, Barbara y otros (2005): *Movimientos de resistencia al capitalismo global*, Barcelona, Hacer editorial, 61-85.
- PASTOR, Jaime (2002): *Qué son los movimientos antiglobalización*, Barcelona, Integral.
- PETRELLA, Ricardo (2004): «Los principales retos de la globalización actual», en RAMONET, Ignacio y otros (2004): *Los desafíos de la globalización*, Madrid, Ediciones Hoac, 85-104.
- PODOBNIK, Bruce y Thomas REIFER (2004): «The Globalization Protest Movement in Comparative Perspective», *Journal of World-Systems Research*, vol. X, Núm. 1, invierno, 3-9.
- RAMONET, Ignacio (1997): «Editorial», *Le Monde diplomatique, edición española*, Núm. 26, Diciembre.
- RAMONET, Ignacio (2002): «El Consenso de Porto Alegre», en *Forum Social Mundial*, disponible en http://Forum Social Mundial.br/dinamic/esp_balanco_IgnacioR.php, Fecha de consulta, 12-07-07.
- RAMONET, Ignacio (2004): «Globalización, desigualdades y resistencias», en RAMONET, Ignacio y otros (2004): *Los desafíos de la globalización*, Madrid, Ediciones Hoac, 15-40.
- RAMONET, Ignacio y otros (2004): *Los desafíos de la globalización*, Madrid, Ediciones Hoac, 15-40.
- RIECHMANN, Jorge y Francisco FERNÁNDEZ BUEY (1995): *Redes que dan libertad. Una introducción a los nuevos movimientos sociales*, Barcelona, Paidós.
- RIERA, Carles y Vanessa MARX (2007): «Estrategias: el debate necesario para el futuro del FSM», en *Forum Social Mundial*, disponible en http://www.forumsocialmundial.org.br/noticias_textos.php?cd_news=469, Fecha de consulta, 8-03-09.
- RODDICK, Anita (2004): *Tómatelo como algo personal*, Barcelona, Icaria.
- ROMANO, Vicente (2007): *La formación de la mentalidad sumisa*, Barcelona, El Viejo Topo.
- ROY, Arundhaty (2004): «¿Los pavos disfrutaron el día de acción de gracias? Una resistencia global», en VIVAS, Esther (ed.) (2004): *Mumbai (Foro Social Mundial 2004)*, Barcelona, Icaria, 113-123.
- RUCHT, Dieter (1992): «Estrategias y formas de acción de los nuevos movimientos», en DALTON, Russell J. y Manfred KUECHLER (ed.) (1992): *Los nuevos movimientos sociales*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 19-42.
- SAAVEDRA, Jorge Eduardo (2001): «Começando o balanço do Fórum Social Mundial», en *Forum Social Mundial*, disponible en http://Forum Social Mundial.br/dinamic/por_bdurao.php, Fecha de consulta, 12-07-07.
- SADER, Emir (2005): *Os porquês da desorden mundial*, Rio de Janeiro, Editora Record.
- SAMPEDRO, José Luís y Carlos TAIBO (2006): *Sobre política, mercado y convivencia*, Madrid, Catarata.

- SANTOS, Boaventura de Sousa (1998): «Las tensiones de la modernidad» en MONEREO, Manuel y Miguel RIERA (2001): *Porto Alegre : otro mundo es posible*, Barcelona, El Viejo Topo, 163-190.
- SANTOS, Boaventura de Sousa (2004): «El Foro Social Mundial: hacia una globalización contrahegemónica», en SEN, Jai y otros (2004): *El foro social mundial: desafiando imperios*, Málaga, Cedma, 330-343.
- SANTOS, Boaventura de Sousa (2005): *El Forum Social Mundial. Manual de uso*, Barcelona, Icaria.
- SANTOS, Boaventura de Sousa (2008a): «A esquerda no século XXI: as lições do Fórum Social Mundial - Parte I», en *Forum Social Mundial*, disponible en http://www.forumsocialmundial.org.br/noticias_textos.php?cd_news=431, Fecha de consulta, 8-03-09.
- SANTOS, Boaventura de Sousa (2008b): «Informe. El Foro Social Mundial y la Izquierda Global», *El Viejo topo*, Núm. 240, 39-62.
- SEN, Jai y otros (2004): *El foro social mundial: desafiando imperios*, Málaga, Cedma.
- SHIVA, Vandana (2002): «La violencia de la globalización», en ABIN, Carlos y otros (2002): *Porto Alegre (Foro Social Mundial 2002)*, Barcelona, Icaria, 78-83.
- SHIVA, Vandana (2004a): «Globalización, medio ambiente y pobreza», en RAMONET, Ignacio y otros (2004): *Los desafíos de la globalización*, Madrid, Ediciones Hoac, 41-51.
- SHIVA, Vandana (2004b): «La lucha épica contra el capital», en VIVAS, Esther (ed.) (2004): *Mumbai (Foro Social Mundial 2004)*, Barcelona, Icaria, 87-90.
- SEOANE, José y Emilio TADDEI (2002): «From Seattle to Porto Alegre: The Anti-Neoliberal Globalization Movement», *Current Sociology*, Núm. 50, 99-122.
- SMITH, Adam (1989): *La riqueza de las naciones*, Madrid, Alianza Editorial.
- TAIBO, Carlos (2002): *Cien preguntas sobre el nuevo desorden*, Madrid, Punto de Lectura.
- TAIBO, Carlos (2007): *Movimientos antiglobalización. ¿Qué son? ¿Qué quieren? ¿Qué hacen?*, Madrid, Catarata.
- TAIBO, Carlos (2009): *En defensa del decrecimiento. Sobre capitalismo, crisis y barbarie*, Madrid, Catarata.
- TARROW, Sidney (1998): *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Editorial.
- TARROW, Sidney (2002): «Ciclos de acción colectiva: entre los momentos de locura y el repertorio de contestación», en TRAUGOTT, Mark (comp.) (2002): *Protesta social*, Barcelona, Hacer Editorial 99-109.
- TORTOSA, José María (2001): *El juego global*, Barcelona, Icaria.
- TOURAINÉ, Alain (1981): *The voice and the eye: An analysis of social movements*, Cambridge, Cambridge University Press.
- TOUSSAINT, Eric (2008): «De las resistencias a las alternativas», en *Forum Social Mundial*, disponible en http://www.forumsocialmundial.org.br/noticias_textos.php?cd_news=465, Fecha de consulta, 8-03-09.
- TRAUGOTT, Mark (comp.) (2002): *Protesta social*, Barcelona, Hacer Editorial.
- UDALL, Lori (1994): «Desvincular la Agencia Internacional para el Desarrollo (IDA) de la gestión del Banco Mundial», en CAVANAGH, John y otros (1994): *Alternativas al orden económico global*, Barcelona, Icaria, 65-69.

- VAN DEN EYNDE, Arturo (2001): *Globalització. La dictadura mundial de 200 empreses*, Barcelona, Edicions de 1984.
- VERGER, Antoni (2003): *El sutil poder de las transnacionales*, Barcelona, Icaria.
- VIDAL BENEYTO, José (dir.) (2003): *Hacia una sociedad civil global*, Madrid, Taurus.
- VIVAS, Esther (ed.) (2004): *Mumbai (Foro Social Mundial 2004)*, Barcelona, Icaria.
- WAINWRIGHT, Hilary (2005): *Como ocupar el estado. Experiencias de democracia participativa*, Barcelona, Icaria.
- WALLERSTEIN, Immanuel (2002a): «Porto Alegre 2002», en *Forum Social Mundial*, disponible en http://Forum Social Mundial.br/dinamic/esp_b_ImmanuelWal_PO.php, Fecha de consulta, 12-07-07.
- WALLERSTEIN, Immanuel (2002b): *Un mundo incierto*, Buenos Aires, Libros del Zorzal.
- WALLERSTEIN, Immanuel (2003): «Nuevas Revueltas Contra el Sistema», *New left review*, Núm. 18, 93-104.
- WALLERSTEIN, Immanuel (2004): *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos*, Madrid, Akal.
- WALLERSTEIN, Immanuel (2005): «Intercambio: ¿hacia dónde vamos?», en EPSTEIN, Barbara y otros (2005): *Movimientos de resistencia al capitalismo global*, Barcelona, Hacer editorial, 145-152.
- WALLERSTEIN, Immanuel (2008): *Historia y dilemas de los movimientos antisistémicos*, Ciudad de México, Contrahistorias.
- WATERMAN, Peter (2004): «El movimiento por la solidaridad y la justicia global y el foro social mundial: un repaso», en SEN, Jai y otros (2004): *El foro social mundial: desafiando imperios*, Málaga, Cedma, 100-114.
- WEISBROT, Marck y otros (2004): «Los resultados sociales y económicos de la globalización», en RAMONET, Ignacio y otros (2004): *Los desafíos de la globalización*, Madrid, Ediciones Hoac, 53-81.
- WHITAKER, Francisco (2002): «Lecciones de Porto Alegre», en *Forum Social Mundial*, disponible en http://Forum Social Mundial.br/dinamic/esp_balanco_ChicoW.php, Fecha de consulta, 12-07-07.
- WHITAKER, Francisco (2008): «Answering CACIM'S call for an WSF Evaluation», en *Forum Social Mundial*, disponible en http://www.forumsocialmundial.org.br/noticias_textos.php?cd_news=420, Fecha de consulta, 8-03-09.
- ZIBECCHI, Raúl (2006): *Dispersar el poder*, La Paz, Textos Rebeldes.
- ZUBERO, Imanol (1996): *Movimientos sociales y alternativas de sociedad*, Madrid, Ediciones HOAC.

Cuadernos Deusto de Derechos Humanos, núm. 65

Desde la caída del muro de Berlín y a partir de la creación del Foro Social Mundial en Porto Alegre, se han visibilizado prácticamente por todo el mundo protestas de los movimientos sociales ante diversos aspectos del sistema hegemónico actual, denominado la globalización capitalista neoliberal. Pero, ¿de qué sistema estamos hablando, cuáles son sus características e ideología, quién toma las decisiones en la globalización? La globalización capitalista neoliberal no es resultado de la evolución natural de la humanidad, sino que ha sido promovida por quienes de ella se benefician. ¿De qué manera pretenden los movimientos sociales enfrentarse a quienes gobiernan el mundo, qué son los movimientos antisistémicos, quiénes los conforman, cuáles son sus objetivos y características, qué hacen para *construir otro mundo posible*?

Jordi Calvo Rufanges es Doctor en Paz, Conflictos y Desarrollo (Universitat Jaume I), así como Máster en Acción Humanitaria (Universidad de Deusto). Investigador del Centro por la Paz JM Delàs de Justicia i Pau y del IUDESP (Universitat Jaume I de Castelló). Experiencia en cooperación internacional y ayuda humanitaria con *Médicos sin Fronteras* en Mauritania, Uganda, RDC, Zambia y Nigeria y con el *Movimiento por la Paz, el Desarme y la Libertad* en Liberia y Costa de Marfil. Participante y organizador en diversos foros sociales mundiales, regionales y locales.



EUSKO JAURLARITZA
GOBIERNO VASCO

JUSTIZIA ETA HERRI
ADMINISTRAZIO SAILA
Justizia Sailburuordetza
Giza Eskubideen Zuzendaritza

DEPARTAMENTO DE JUSTICIA
Y ADMINISTRACIÓN PÚBLICA
Vicesecretaría de Justicia
Dirección de Derechos Humanos

HURI-AGE
Consolider-Ingenio 2010



Deusto

Publicaciones
Universidad de Deusto